

PRIMERA PARTE

2015

Jules

Querías decirme algo, ¿no? ¿Qué era? Tengo la sensación de que me desconecté de esta conversación hace mucho tiempo. Perdí la concentración, estaba pensando en otras cosas, preocupándome de mis asuntos, dejé de escucharte y perdí el hilo. Bueno, ahora ya tienes mi atención. Pero no puedo dejar de pensar que me he perdido algunas de las cuestiones más significativas.

Cuando han venido a decírmelo, me he enojado. Al principio me he sentido aliviada, pues cuando dos agentes de policía aparecen en la puerta de tu casa justo cuando tú estás buscando el boleto del tren para salir e ir a trabajar, temes lo peor. He temido que le hubiera sucedido algo a alguien que me importara: mis amigos, mi ex, la gente con la que trabajo. Pero no tenía nada que ver con ellos, me han dicho, sino contigo. De modo que, por un momento, me he sentido aliviada, y luego me han contado lo que había pasado, lo que habías hecho, que te habías arrojado al agua, y me he sentido furiosa. Furiosa y asustada.

He comenzado a pensar en lo que te diría cuando llegara, pues sabía que lo habías hecho para fastidiarme, para molestarme, para asustarme, para desestabilizar mi vida. Para llamar mi atención y llevarme de vuelta allí adonde querías que estuviera. Pues aquí lo tienes, Nel, ya lo has conseguido: estoy en el lugar al que nunca quise regresar para ocuparme de tu hija y para tratar de poner orden en el maldito lío que has organizado.

LUNES, 10 DE AGOSTO

Josh

Algo me ha despertado. Cuando me he levantado de la cama para ir al cuarto de baño, he visto que la puerta del dormitorio de mamá y papá estaba abierta y, al mirar dentro, me he dado cuenta de que mamá no estaba en la cama. Papá estaba roncando como siempre. El despertador indicaba que eran las 4:08. He supuesto que mamá debía de haber ido a la planta baja. Le cuesta dormir. Últimamente les cuesta a ambos, pero él toma unas pastillas tan fuertes que uno podría acercarse a su cama y gritarle al oído y no conseguiría despertarlo.

He ido a la planta baja procurando no hacer ruido porque por lo general enciende la televisión y se queda dormida viendo esos anuncios realmente aburridos sobre máquinas que lo ayudan a uno a perder peso o a limpiar el suelo o a cortar los vegetales de muchas formas distintas. Pero la televisión no estaba encendida y ella no se encontraba en el sofá, de modo que debía de haber salido de casa.

Lo ha hecho algunas veces. Pocas, que yo sepa, aunque tampoco puedo estar al tanto de dónde se encuentra todo el mundo a cada momento. La primera vez me dijo que sólo había ido a dar un paseo para aclararse la cabeza, pero hubo otra mañana en la que me desperté y, al mirar por la ventana, vi que el coche no estaba estacionado donde solía.

Seguramente va a dar paseos a la orilla del río o a visitar la tumba de Katie. Yo lo hago de vez en cuando, aunque no en mitad de la

noche. Me daría miedo hacerlo en la oscuridad y, además, me sentiría raro, pues eso es lo que hizo la propia Katie: se levantó en mitad de la noche y fue al río y ya no volvió. Aun así, comprendo por qué lo hace mamá: es lo más cerca de ella que puede estar en la actualidad, aparte de, tal vez, sentarse en su dormitorio, otra cosa que sé que en ocasiones hace. El dormitorio de Katie está al lado del mío y a veces puedo oír llorar a mamá.

Me he sentado en el sofá para esperarla, pero debo de haberme quedado dormido porque cuando he oído la puerta ya había luz fuera y, al mirar el reloj de la repisa de la chimenea, he visto que eran las siete y cuarto. He oído cómo mamá cerraba la puerta tras de sí y luego subía corriendo la escalera.

La he seguido al piso de arriba y me he parado delante de su dormitorio, mirando a través de la puerta entreabierta. Ella estaba de rodillas junto a la cama, en el lado de papá, y tenía el rostro enrojecido como si hubiera estado corriendo. Con la respiración jadeante y sin dejar de sacudirle el hombro, ha dicho:

—Alec, despierta. Despierta ya. Nel Abbott está muerta. La han encontrado en el agua. Se ha arrojado.

No recuerdo haber dicho nada, pero debo de haber hecho algún ruido, porque ella se ha volteado hacia mí y se ha puesto de pie.

—¡Oh, Josh! —ha exclamado acercándose a mí—. Oh, Josh... —Las lágrimas han comenzado a caer por su rostro y me ha abrazado con fuerza. Cuando me he apartado de ella todavía estaba llorando, pero también sonreía—. Oh, querido —ha dicho.

Papá se ha incorporado en la cama, frotándose los ojos. Le cuesta horrores despertarse del todo.

—No lo entiendo. ¿Cuándo...? ¿Quieres decir anoche? ¿Cómo lo sabes?

—He salido a comprar leche —ha respondido ella—. Todo el mundo estaba comentándolo... en la tienda. La han encontrado esta mañana. —Se ha sentado en la cama y ha empezado a llorar otra vez.

Papá le ha dado un abrazo, pero ella estaba mirándome a mí, y él tenía una extraña expresión en el rostro.

—¿Adónde has ido? —le he preguntado yo—. ¿Dónde has estado?

—A comprar, Josh. Acabo de decirlo.

«Estás mintiendo —he querido contestarle—. Has estado fuera varias horas. No has ido a comprar leche.» He querido decirle eso pero no he podido, porque mis padres estaban sentados en la cama mirándose entre sí, y parecían felices.

MARTES, 11 DE AGOSTO

Jules

Lo recuerdo. Cojines apilados en el centro del asiento trasero del cámper para delimitar la frontera entre tu territorio y el mío, de camino a Beckford para pasar el verano, tú nerviosa y excitada — te morías de ganas por llegar—, y yo con el rostro verde a causa del mareo e intentando no vomitar.

No es sólo que lo haya recordado, es que además lo he sentido. Esta tarde he sentido ese mismo mareo mientras iba encorvada sobre el volante como una anciana, conduciendo rápido y mal, desplazándome al centro de la carretera al tomar las curvas, frenando con excesiva brusquedad, corrigiendo el rumbo cada vez que veía un coche en dirección contraria. He notado esa cosa, esa sensación que tengo cuando veo una camioneta blanca viniendo en sentido contrario por una de esas estrechas carreteras y pienso: «Voy a dar un volantazo, voy a hacerlo, voy a invadir su carril. No porque quiera, sino porque debo hacerlo», como si en el último momento perdiera la voluntad. Es como esa sensación que una tiene cuando se acerca al borde de un precipicio o del andén de una vía de tren y nota que la empuja una mano invisible. ¿Y si...? ¿Y si diera un paso adelante? ¿Y si girara el volante?

(Al fin y al cabo, tú y yo no somos tan distintas.)

Lo que me ha sorprendido es lo bien que lo he recordado. Demasiado bien. ¿Cómo es que puedo recordar con semejante perfección las cosas que me sucedieron cuando tenía ocho años y, en cambio, me resulta imposible recordar si he hablado o no con

mis colegas sobre el cambio de fecha de la evaluación de un cliente? Las cosas que quiero recordar se me olvidan, y las que intento olvidar no dejan de acudir a mi mente. Cuanto más me acercaba a Beckford, más incontestable se ha vuelto eso, y el pasado, sorprendente e ineludible, ha salido disparado hacia mí como los gorriones de un seto.

Toda esa exuberancia, ese increíble verde, el reluciente e intenso amarillo de la aulaga de la colina, ha penetrado en mi cerebro y ha traído consigo un torrente de recuerdos: papá llevándome al agua cuando yo tenía cuatro o cinco años; tú saltando de las rocas al río, cada vez desde más y más altura; pícnicos en la arenosa ribera de la poza; el sabor de la crema de protección solar en la lengua; ese gordo pez café que pescamos en las lentas y cenagosas aguas que hay río abajo, más allá del Molino; tú regresando a casa con un hilo de sangre en una pierna tras haber calculado mal uno de esos saltos y, después, mordiendo un trapo mientras papá te limpiaba el corte porque no ibas a llorar, no delante de mí; mamá ataviada con un vestido veraniego de color azul celeste, descalza en la cocina, preparando avena para desayunar, con las plantas de los pies de un oscuro y herrumbroso color café. Papá sentado en la ribera del río, dibujando. O, más adelante, cuando éramos algo mayores, tú vestida con unos *shorts* y la parte de arriba de un bikini bajo la camiseta, escapándote de noche para ver a un chico. No uno cualquiera, sino *el* chico. Mamá, más delgada y frágil, durmiendo en el sillón de la sala, papá desapareciendo para dar largos paseos con la esposa del pastor, rolliza, pálida y usando una pamelita. Recuerdo también un partido de fútbol. Los calientes rayos del sol sobre el agua, todas las miradas sobre mí y yo parpadeando para contener las lágrimas, con sangre en los muslos y las risas de los demás resonando en mis oídos. Todavía puedo oírlas. Y, por debajo de todo eso, el rumor de la corriente.

Estaba tan profundamente absorta en esas aguas que no me he dado cuenta de que había llegado. Ahí estaba, en el corazón del

pueblo. Había sucedido tan de repente como si hubiera cerrado los ojos y me hubieran trasladado por arte de magia y, cuando he querido darme cuenta, estaba recorriendo despacio sus estrechas calles repletas de vehículos cuatro por cuatro y atisbando con el rabillo del ojo las fachadas de piedra y los rosales, avanzando en dirección a la iglesia, en dirección al viejo puente, con cuidado ahora. He mantenido los ojos puestos en el asfalto y he intentado no mirar los árboles ni el río. He intentado no hacerlo, pero no he podido evitarlo.

Tras estacionarme a un lado de la carretera y apagar el motor, he levantado la mirada. Ahí estaban los árboles y los escalones de piedra, cubiertos de musgo verde y resbaladizos a causa de la lluvia. Se me ha puesto la piel de gallina. Y he recordado esto: la lluvia glacial cayendo sobre el asfalto, unas centelleantes luces azules compitiendo con los relámpagos para iluminar el río y el cielo, nubes de aliento formándose delante de unos rostros asustados y un niño pequeño, pálido como un fantasma y que no deja de temblar, subiendo los escalones en dirección a la carretera de la mano de una mujer policía que tiene los ojos abiertos como platos y voltea la cabeza a un lado y a otro mientras llama a alguien a gritos. Todavía puedo sentir lo que sentí esa noche, el terror y la fascinación. Todavía puedo oír tus palabras en mi cabeza: «¿Qué debe de sentirse al ver morir a tu propia madre? ¿Puedes imaginártelo?».

He apartado la mirada y, tras arrancar de nuevo el coche, he vuelto a la carretera y he cruzado el puente donde el carril da la vuelta. He esperado la llegada de la curva. ¿En la primera a la izquierda? No, en ésta no, en la segunda. Ahí estaba, esa vieja mole de piedra, la Casa del Molino. Sintiendo un escozor en la fría y húmeda piel y con el corazón laténdome peligrosamente rápido, he cruzado la reja abierta y he enfilado el camino de entrada.

Había un hombre mirando su celular. Un policía uniformado. Se ha acercado al coche y yo he bajado la ventanilla.

—Soy Jules —he dicho—. Jules Abbott. Soy... su hermana.

—¡Oh! —Parecía incómodo—. Sí, claro. Por supuesto. Verá, ahora mismo no hay nadie en la casa —ha dicho volteándose hacia ella—. La chica..., su sobrina... ha salido. No estoy seguro de dónde... —Ha tomado la radio de su cinturón.

Yo he abierto la puerta del coche y he bajado.

—¿Le importa que entre en la casa? —he preguntado con la mirada puesta en la ventana abierta de la que solía ser tu antigua habitación. Todavía podía verte ahí, sentada en el alféizar con los pies colgando. Daba vértigo.

El policía se ha mostrado indeciso. Se ha apartado un momento y ha dicho algo en voz baja a través de su radio. Luego se ha dirigido otra vez a mí.

—Sí, está bien. Puede entrar.

La oscuridad me impedía ver la escalera, pero podía oír el agua y oler la tierra que quedaba a la sombra de la casa y debajo de los árboles, de los lugares a los que no llegaba la luz del sol, así como el hedor acre de las hojas pudriéndose, unos olores que me transportaban a otra época.

Al abrir la puerta casi esperaba oír la voz de mamá llamándome desde la cocina. Sin siquiera pensarlo, he sabido que tenía que terminar de abrirla con la cadera porque rozaba con el suelo y se atasca. He entrado en el vestíbulo y he cerrado tras de mí al tiempo que mis ojos trataban de acostumbrarse a la oscuridad y tiritaba a causa del repentino frío.

En la cocina había una mesa de roble bajo la ventana. ¿Era la misma? Lo parecía, pero no podía ser, el lugar ha cambiado de manos muchas veces desde entonces. Podría haberlo averiguado si me hubiera metido debajo y hubiera buscado las marcas que tú y yo dejamos ahí, pero la sola idea ha hecho que se me acelerara el pulso.

Recuerdo el modo en que los rayos del sol la iluminaban por las mañanas, y que tú te sentabas en el lado izquierdo, de cara a la cocina integral, desde donde podías ver el viejo puente perfectamente

enmarcado por la ventana. «Qué bonita», decía todo el mundo sobre la vista, aunque no llegaban a ver nada. Nunca abrían la ventana y se asomaban, nunca bajaban los ojos a la rueda, pudriéndose en su sitio, nunca miraban más allá de los dibujos que trazaban los rayos del sol en la superficie del agua, nunca veían lo que en realidad era ésta, con su color negro verdoso y llena de seres vivos y cosas muertas.

He salido de la cocina y, recorriendo el pasillo, he pasado junto a la escalera y me he internado en la casa. Me he topado con ellas tan repentinamente que me he sobresaltado: las enormes ventanas que daban al río y casi parecían meterse en él. Era como si, al abrirlas, el agua fuera a entrar y a derramarse sobre el amplio asiento de madera que había debajo.

Recuerdo. Todos esos veranos, mamá y yo sentadas en ese asiento, recostadas en pilas de cojines con los pies en alto y los dedos gordos casi tocándose, algún libro en las rodillas y un plato con tentempiés cerca, aunque ella nunca los tocaba.

No he podido mirarlo; verlo otra vez así me ha hecho sentir desconsolada y desesperada.

El yeso de las paredes había sido retirado para dejar a la vista el ladrillo desnudo que había debajo, y la decoración era típica de ti: alfombras orientales en el suelo, pesados muebles de ébano, grandes sofás y sillones de piel y demasiadas velas. También, por todas partes, las pruebas de tus obsesiones: enormes reproducciones enmarcadas de la *Ofelia* de Millais, hermosa y serena, con los ojos y la boca abiertos y flores en la mano, la *Hécate* de Blake, *El aquelarre* de Goya, o el *Perro semihundido* de ese mismo pintor. Esta reproducción es la que más odio de todas, con ese pobre animal esforzándose en mantener la cabeza por encima de la marea.

Ha comenzado a sonar un teléfono. Los timbrazos parecían proceder de debajo de la casa. Siguiendo su sonido, he cruzado la sala y he descendido unos escalones; creo que antes ahí había un desván lleno de cachivaches. Un año se inundó y todo quedó cu-

bierto de lodo, como si la casa hubiera pasado a formar parte del lecho del río.

He entrado en lo que habías convertido en tu estudio. Estaba lleno de cosas: equipo fotográfico, pantallas, lámparas y cajas difusoras, una impresora. En el suelo se apilaban papeles, libros y carpetas, y contra la pared había una hilera de archiveros. Y fotografías, claro está. Tus fotografías cubrían cada centímetro de yeso. A un ojo inexperto podría parecerle que estabas obsesionada con los puentes: el Golden Gate, el puente de Nankín sobre el río Yangtsé, el viaducto Prince Edward... Pero si una miraba con atención, podía ver que lo importante no eran los puentes, y que las fotos no mostraban ninguna fijación por esas obras maestras de la ingeniería. Si una miraba bien podía ver que, además de puentes, también había imágenes del cabo Beachy, el bosque de Aokigahara, Preikes-tolen... Lugares a los que personas sin esperanza iban a poner fin a sus vidas. Catedrales de la desesperación.

Frente a la entrada, imágenes de la Poza de las Ahogadas. Una tras otra, desde todos los ángulos y todas las perspectivas posibles: pálido y cubierto de hielo en invierno, con el acantilado negro y severo; o centelleante en verano, convertido en un oasis exuberante y verde; o apagado y silíceo, con nubes grises de tormenta en el cielo. Montones de imágenes que terminaban fundiéndose en una sola y que suponían un mareante asalto a los ojos. Me he sentido como si estuviera ahí, en ese lugar, como si me encontrara mirando al agua desde lo alto del acantilado, percibiendo ese terrible estremecimiento, la tentación del olvido.

Nickie

Algunas se habían metido en el agua voluntariamente y otras no y, en opinión de Nickie —aunque nadie se lo preguntaría, pues nunca nadie lo había hecho—, Nel Abbott lo hizo resistiéndose. Pero nadie se lo iba a preguntar, ni tampoco nadie iba a escucharla, así que no había ninguna razón para que ella dijera nada. Y menos todavía a la policía. Aunque no hubiera tenido problemas con ellos en el pasado, no podía hablarles de eso. Era demasiado arriesgado.

Nickie tenía un departamento encima de la tienda. En realidad, era poco más que una habitación con una cocina abierta a la sala comedor y un cuarto de baño tan pequeño que apenas merecía ese nombre. Nada especialmente destacable, y menos aún después de toda una vida, pero contaba con un cómodo sillón junto a la ventana desde el que veía el pueblo, y ahí era donde se sentaba y comía e incluso a veces dormía, porque últimamente apenas podía dormir, de modo que no tenía mucho sentido meterse en la cama.

Se sentaba y observaba el ir y venir de la gente y, si no lo veía, lo *sentía*. Incluso antes de que las luces de las sirenas tiñeran de azul los alrededores del puente, ella había sentido algo. No sabía que se trataba de Nel Abbott. Al principio, no. La gente piensa que las visiones son cristalinas, pero no es tan sencillo como eso. Lo único que sabía era que alguien había vuelto a aparecer en el agua. Con la luz apagada, Nickie permaneció sentada, observando: un hombre con unos perros subió corriendo la escalera y luego llegó un coche; no de los de policía, sino uno normal, de color azul oscuro. El ins-

pector Sean Townsend, pensó ella, y tenía razón. Éste y el hombre de los perros descendieron los escalones y luego llegó toda la caballería con las luces destellantes encendidas pero las sirenas apagadas. No hacían falta. No había ninguna prisa.

El día antes, al amanecer, Nickie salió a buscar leche y el periódico y todo el mundo estaba hablando sobre ello y diciendo cosas como: «Otra, es la segunda de este año». Pero cuando mencionaron de quién se trataba, cuando mencionaron el nombre de Nel Abbott, Nickie supo al instante que la segunda no era como la primera.

Por un momento estuvo tentada de ir a ver a Sean Townsend y decírselo. Pero, por amable y educado que fuera el joven, seguía siendo un policía y el hijo de su padre, de modo que no era de fiar. Nickie ni siquiera lo habría considerado si no hubiese sentido cierta debilidad por él. La vida del inspector había estado marcada por la tragedia y sólo Dios sabía qué más después de eso, y siempre se había portado bien con ella; había sido el único que lo había hecho la vez que la arrestaron.

La segunda vez, para ser sincera. Eso había sucedido ya hacía tiempo, unos seis o siete años. Ella prácticamente había renunciado al negocio después de su primera condena por fraude, y sólo atendía a algunos clientes regulares y a las aficionadas a la brujería que acudían de vez en cuando para presentarles sus respetos a Libby, a May y a las demás mujeres del agua. Hacía algunas lecturas de tarot, un par de sesiones de espiritismo en verano y, en raras ocasiones, le pedían que contactara con algún pariente o alguna de las nadadoras. No obstante, no tenía ningún negocio propiamente dicho, no desde hacía mucho.

Pero entonces le recortaron la prestación por segunda vez, de modo que tuvo que volver a trabajar. Con la ayuda de uno de los chicos que hacían de voluntarios en la biblioteca, creó una página web en la que ofrecía lecturas a un precio de 15 libras por media hora. En comparación, era un buen precio: Susie Morgan, la de la

televisión, que tenía de vidente lo que ella de bombero, cobraba 29.99 por veinte minutos, y por ese precio los clientes ni siquiera llegaban a hablar con ella, sino con un miembro de su «equipo de videntes».

A las pocas semanas de tener en funcionamiento la página web, un empleado de la oficina del consumidor la denunció a la policía por «no haber proporcionado las debidas cláusulas de exclusión de responsabilidad exigidas por la Ley de Protección del Consumidor». ¡Ley de Protección del Consumidor! Nickie dijo que no sabía que tenía que proporcionar dichas cláusulas de exclusión de responsabilidad. La policía le explicó que la ley había cambiado. Ella les preguntó que cómo demonios iba a saberlo, y eso les hizo mucha gracia, claro está: «¡Pensábamos que habrías tenido una visión! ¿Es que sólo puedes ver el futuro? ¿El pasado no?».

El inspector Townsend —por aquel entonces, un mero agente— fue el único que no se rio. Fue amable con ella y le explicó que el cambio se debía a las nuevas regulaciones de la Unión Europea. ¡Regulaciones de la Unión Europea! ¡Protección del Consumidor! Tiempo atrás, las mujeres como Nickie eran procesadas (*perseguidas*) a causa de las leyes en contra de la brujería y los médiums fraudulentos. Ahora eran víctimas de los burócratas europeos. ¡Cómo habían caído los poderosos!

De modo que Nickie clausuró la página web, renegó de la tecnología y volvió al sistema tradicional, si bien últimamente ya casi nadie iba a visitarla.

Tenía que admitir que el hecho de que fuera Nel la mujer que habían encontrado en el agua le había supuesto cierto sobresalto. Se sentía mal. No exactamente culpable, porque no había sido culpa suya, pero no podía evitar preguntarse si no habría contado demasiado, si no habría revelado demasiadas cosas. Aun así, nadie podía culparla por haber iniciado todo eso. Nel Abbott había estado jugando con fuego, estaba obsesionada con el río y sus secretos, y ese tipo de obsesión nunca termina bien. No, Nickie jamás le

había dicho a Nel que fuera en busca de problemas, ella sólo le había señalado la dirección adecuada. Y no era como si no se lo hubiera advertido, ¿verdad? Lo que ocurría era que nadie la escuchaba. Nickie le había dicho que había hombres en ese pueblo que la condenaban a una nada más ponerle los ojos encima, siempre los había habido. Pero la gente optaba por mirar hacia otro lado. A nadie le gustaba pensar en el hecho de que el agua de ese río estaba infectada con la sangre y la bilis de mujeres perseguidas e infelices; todos la bebían a diario.

Jules

Nunca cambiaste. Debería haberlo sabido. De hecho, lo sabía. Adorabas la Casa del Molino y el agua y estabas obsesionada con esas mujeres, con lo que hicieron y con las personas que dejaron atrás. Y ahora esto. Sinceramente, Nel, ¿de verdad hacía falta llevarlo tan lejos?

En el piso de arriba, he vacilado ante la puerta del dormitorio principal. Mis dedos han rodeado la manija y he respirado hondo. Era consciente de lo que me habían dicho, pero también te conocía y me costaba creerles. Estaba convencida de que, al abrir, te encontraría dentro, alta y delgada y nada contenta de verme.

La habitación estaba vacía. Daba la sensación de que había sido desocupada hacía poco, como si acabaras de escabullirte y hubieras ido corriendo a la planta baja para preparar una taza de café. Como si fueras a regresar en cualquier momento. Todavía podía oler tu perfume en el aire, rico, dulce y anticuado, como uno de los que solía llevar mamá, Opium o Yvresse.

—¿Nel? —He dicho tu nombre en voz baja, como si quisiera invocarte como a un demonio. Sólo he obtenido silencio por respuesta.

Al fondo del pasillo estaba «mi dormitorio», la habitación en la que solía dormir yo: la más pequeña de la casa, como correspondía a la más joven de las dos. Parecía aún más pequeña de lo que recordaba; también más oscura y triste. Estaba vacía salvo por una única cama sin hacer y olía a humedad, como la tierra.

Nunca llegué a dormir bien en esta habitación, nunca me sentí relajada en ella. Algo nada sorprendente, teniendo en cuenta lo mucho que a ti te gustaba aterrorizarme. Te recuerdo sentada al otro lado de la pared arañando el yeso con las uñas, o pintando símbolos en la parte posterior de la puerta con esmalte de color rojo sangre, o escribiendo los nombres de las mujeres muertas en la condensación de la ventana. Y luego estaban todas esas historias que contabas de brujas siendo llevadas a rastras al agua, de mujeres desesperadas arrojándose de los acantilados, de un niño aterrorizado que se escondió en el bosque y vio cómo su madre se suicidaba lanzándose al vacío.

Yo no me acuerdo de eso. Claro que no. Cuando examino mi recuerdo del niño, me doy cuenta de que carece de sentido: es tan inconexo como un sueño. Lo de que me susurraras al oído no sucedió una fría noche en el agua. De hecho, nunca estuvimos aquí en invierno y nunca hubo frías noches en el agua. Y yo nunca vi a un niño asustado en el puente en mitad de la noche. ¿Qué habría estado haciendo ahí yo, que también era una niña? No, se trataba de una historia que me habías contado tú. Me dijiste que el niño se escondió entre los árboles y que, al levantar la mirada, vio a su madre arrojándose al silencioso vacío con los brazos extendidos como si fueran alas y que el grito que escapó de los labios de la mujer se apagó en cuanto impactó con el agua.

Ni siquiera sé si realmente hubo un niño que vio morir a su madre o si te lo inventaste todo.

He salido de mi antigua habitación y he regresado a la tuya; el lugar que ocupabas tú y el lugar que, a juzgar por su aspecto, ocupa ahora tu hija. Un auténtico caos de ropa y libros. Había una toalla húmeda tirada en el suelo, tazas sucias en la mesita de noche, y el aire estaba viciado por el humo rancio y el empalagoso olor de unos lirios que estaban marchitándose en un jarrón junto a la ventana.

Sin pensarlo, he comenzado a ordenar la habitación. He hecho la cama y he colgado la toalla en el baño contiguo. Estaba de rodillas, recogiendo un plato sucio que había debajo de la cama, cuando he oído tu voz y ha sido como si un puñal me atravesara el pecho.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Jules

Me he puesto de pie con una sonrisa triunfal porque lo sabía. Sabía que estaban equivocados, sabía que no estabas realmente muerta. Ahí estabas tú, en el umbral de la puerta, diciéndome que me largara de una PUTA vez de tu habitación. Tenías dieciséis o diecisiete años, me habías agarrado de la muñeca y tus uñas pintadas se clavaban en mi piel: «¡He dicho que te LARGUES, Julia! ¡Vaca!».

Mi sonrisa se ha desvanecido porque obviamente no eras tú, sino tu hija, cuyo aspecto era prácticamente el mismo que tú tenías cuando eras adolescente. Estaba de pie en el umbral, con una mano en la cadera.

—¿Qué estás haciendo? —ha vuelto a preguntar.

—Lo siento —he dicho—. Soy Jules. No nos conocemos, pero soy tu tía.

—No te he preguntado quién eres —ha replicado ella, mirándome como si yo fuera estúpida—, sino qué estás haciendo. ¿Qué es lo que estás buscando? —Ha echado un vistazo a la puerta del cuarto de baño y, antes de que pudiera responder, ha añadido—: La policía está en el piso de abajo —y, tras dar media vuelta, ha vuelto a marcharse por el pasillo con sus largas piernas, un andar perezoso y las chanclas golpeando el suelo de baldosas a cada paso.

Yo he salido corriendo tras ella.

—Lena —he dicho, poniendo una mano sobre su brazo. Ella lo ha apartado de golpe como si la hubiera quemado y me ha fulminado con la mirada—. Lo siento.

La adolescente ha agachado la mirada al tiempo que se masajeaba con los dedos el lugar en el que la había tocado. En las uñas había restos de una vieja laca azul y las yemas parecían pertenecer a un cadáver. Ha asentido sin mirarme a los ojos.

—La policía tiene que hablar contigo —ha afirmado.

Lena no es como esperaba. Supongo que había imaginado que me encontraría a una niña apesadumbrada y necesitada de consuelo. Pero no es así, claro está. No es una niña, tiene quince años y ya casi es una adulta. En cuanto a lo del consuelo, no parecía necesitarlo para nada; o, al menos, no de mí. Al fin y al cabo, es hija tuya.

Los detectives estaban esperándome en la cocina, de pie junto a la mesa, mirando el puente por la ventana. Un hombre alto con una incipiente barba entrecana y, a su lado, una mujer unos treinta centímetros más baja que él.

El hombre ha dado un paso adelante con la mano extendida mientras me miraba fijamente con unos ojos de color gris pálido.

—Inspector Sean Townsend —se ha presentado. Al estrecharle la mano, he advertido en ella un ligero temblor. Su piel era fría y ajada, como si perteneciera a un hombre mucho mayor—. Lamento su pérdida.

Qué extraño me resulta oír esas palabras. Me las dijeron ayer, cuando vinieron a comunicármelo. Y yo casi se las digo a Lena, pero ahora parecían tener otro sentido. «Su pérdida.» «Ella no está perdida —he querido decirles—. No puede estarlo. No conocen a Nel, no saben cómo es.»

El inspector Townsend ha permanecido un momento a la espera de que yo dijera algo. Era alto, delgado y de facciones afiladas. Parecía como si una pudiera cortarse si se acercaba demasiado a él. Todavía estaba mirándolo cuando me he dado cuenta de que la mujer me observaba con una expresión de compasión en el rostro.

—Sargento Erin Morgan —ha dicho—. Lo siento mucho.

Tenía la piel aceitunada, los ojos oscuros y el pelo tan negro como el ala de un cuervo. Lo llevaba recogido, pero algunos rizos habían escapado y le caían por la frente y por detrás de las orejas, dándole una apariencia algo desarreglada.

—La sargento Morgan será su enlace con la policía —me ha informado el inspector Townsend—. Ella la mantendrá informada de los avances de la investigación.

—¿Hay una investigación? —he preguntado estúpidamente.

La mujer ha asentido y, con una sonrisa, me ha indicado que me sentara a la mesa de la cocina, cosa que he hecho. Los policías se han sentado frente a mí. El inspector Townsend ha bajado la mirada y se ha frotado la muñeca izquierda con la palma derecha con unos movimientos rápidos y bruscos: uno, dos, tres.

La sargento Morgan ha comenzado a hablar. Su tono tranquilo y reconfortante no encajaba con las palabras que salían de su boca.

—El cuerpo de su hermana fue descubierto ayer por la mañana en el río por un hombre que había salido a pasear a los perros —ha empezado. Su acento era londinense, y su voz tan suave como el humo—. Las pruebas preliminares sugieren que llevaba en el agua apenas unas horas. —Se ha volteado hacia el inspector y luego otra vez hacia mí—. Iba completamente vestida y sus heridas son consistentes con las de una caída del acantilado que se eleva por encima de la poza.

—¿Creen que se *cayó*? —he preguntado.

Mi mirada ha pasado de los dos policías a Lena, que me había seguido a la planta baja y se encontraba en el otro lado de la estancia, apoyada en la barra de la cocina. Iba descalza y vestida con unas mallas y una camiseta interior en la que se marcaban sus pronunciadas clavículas y unos incipientes pechos. Nos ignoraba como si todo eso fuera normal y banal. Como si fuera algo que sucediera todos los días. Sujetaba un celular en la mano derecha y navegaba con el pulgar mientras envolvía su pequeño cuerpo con el brazo izquierdo, que apenas tenía la anchura de mi muñeca. Tenía una boca grande

y de expresión severa, las cejas negras, y unos mechones de pelo rubio oscuro le caían por la cara.

Debe de haber notado que estaba mirándola, porque de repente ha levantado los ojos hacia mí y los ha abierto como platos, de modo que he apartado la vista.

—Tú no crees que se *cayera*, ¿verdad? —ha dicho haciendo una mueca con los labios—. Sabes que no fue así.

Lena

Estaban todos mirándome y yo quería gritarles y decirles que se largaran de nuestra casa. De *mi* casa. Es mi casa, nuestra casa, nunca será de ella. De la *tía Julia*. Me la he encontrado en mi habitación, registrando mis cosas antes incluso de que nos hubiéramos conocido. Luego ha intentado mostrarse simpática y me ha dicho que lo sentía, como si yo fuera a creer que le importa una mierda.

No he dormido en dos días y no quiero hablar con ella ni con nadie. No quiero su ayuda ni sus estúpidas condolencias. Tampoco se me antoja nada escuchar absurdas teorías sobre lo que le pasó a mamá elaboradas por gente que *ni siquiera la conocía*.

He procurado mantener la boca cerrada, pero cuando han dicho que probablemente se había caído me he enojado porque estaba claro que no había sido así. No se cayó. Ellos no lo comprenden. No fue un accidente fortuito, *lo hizo adrede*. Bueno, supongo que ahora ya no importa, pero creo que todos deberían al menos admitir la verdad.

—No se cayó. Se tiró —les he dicho.

La mujer policía ha comenzado entonces a hacerme estúpidas preguntas sobre por qué aseguraba yo algo así, y que si mi madre estaba deprimida y si lo había intentado alguna otra vez con anterioridad, y, mientras tanto, la *tía Julia* me miraba con sus tristes ojos castaños como si yo fuera una especie de bicho raro.

—Ya saben que estaba obsesionada con la poza, con todo lo que sucedió ahí y la gente que murió en él. Lo saben. Incluso *ella* lo sabe —he dicho mirando a la tía Julia.

Ella ha abierto la boca y ha vuelto a cerrarla, igual que un pez. Una parte de mí quería contárselo todo, explicárselo con todo lujo de detalles, pero ¿de qué serviría? No creo que sean capaces de comprenderlo.

Sean —el *inspector Townsend*, como se supone que he de llamarlo cuando se trata de asuntos oficiales— ha empezado entonces a hacerle preguntas a Julia: ¿cuándo habló con mi madre por última vez? ¿Cuál era el estado de ánimo de ésta? ¿Había algo que la preocupara? Y la tía Julia le ha mentido como si nada.

—Hacía años que no hablaba con ella —ha dicho, y su rostro se ha sonrojado al hacerlo—. No teníamos relación.

Ella sabía que estaba mirándola y era consciente de que yo sabía que estaba mintiendo, de modo que ha ido poniéndose cada vez más y más colorada. Luego ha intentado desviar la atención dirigiéndose a mí:

—¿Por qué, Lena, por qué dirías tú que se arrojó?

Me he quedado mirándola un largo rato antes de contestar. Quería hacerle saber que la tenía medida.

—Me sorprende que me hagas esa pregunta —he dicho—. ¿No fuiste tú quien le dijo a mi madre que sentía impulsos suicidas?

—No, no, no lo hice, no así exactamente... —ha comenzado a decir ella, negando con la cabeza.

«Mentirosa.»

La mujer policía ha empezado a explicar entonces que por el momento no tenían ninguna prueba que indicara que hubiera sido un acto deliberado y que no habían encontrado ninguna nota.

No he podido evitar reírme.

—¿Creen que dejaría una *nota*? Mi madre nunca habría dejado una absurda nota. Eso habría sido algo demasiado prosaico para ella.

Julia ha asentido.

—Eso es... es cierto. No me cuesta imaginarme a Nel queriendo que todo el mundo se preguntara... Le encantaban los misterios, y le habría encantado ser el centro de uno.

Al oír eso me han entrado ganas de abofetearla. «Zorra estúpida —me habría gustado decirle—. Esto también es culpa tuya.»

Entonces la mujer policía se ha levantado y ha comenzado a servir vasos de agua para todo el mundo y, cuando me ha ofrecido uno, ya no he podido soportarlo más. Sabía que estaba a punto de llorar y no pensaba hacerlo delante de ellos.

Me he ido a mi habitación y, tras cerrar la puerta con el seguro, me he envuelto con una ancha bufanda y he empezado a llorar tan silenciosamente como he podido. He estado intentando no sucumbir al impulso de dejarme llevar y venirme abajo, porque temo que, si lo hago, ya no podré dar marcha atrás.

He tratado de no pensar en ello, pero aun así las palabras no dejan de dar vueltas en mi cabeza: «Lo siento, lo siento, lo siento, ha sido culpa mía». Mirando la puerta de mi habitación, me he puesto a pensar en ese momento del domingo por la noche en el que mamá vino a darme las buenas noches.

—Pase lo que pase, sabes lo mucho que te quiero, ¿verdad, Lena? —dijo.

Yo me di la vuelta y me puse los audífonos, pero sabía que ella seguía ahí de pie, mirándome. Era como si pudiera sentir su tristeza, y en ese momento me alegré porque creía que se la merecía. Ahora daría cualquier cosa, lo que fuera, por poder levantarme y abrazarla y decirle que yo también la quiero y que no fue culpa suya en absoluto y que nunca debería haber dicho que lo era. Si ella tenía la culpa de algo, también yo.

Mark

Ha sido el día más caluroso del año hasta la fecha y, como la Poza de las Ahogadas no era una opción viable por razones obvias, Mark ha optado por ir a nadar río arriba. Había un tramo delante de la casita de los Ward con guijarros de color herrumbroso en la orilla donde el río se ensanchaba y la corriente era rápida y fresca. En el centro, sin embargo, las aguas eran profundas y lo suficientemente frías para dejarte sin respiración y hacer que te ardiera la piel. Un frío de esos que te hacen soltar una carcajada de la impresión.

Y lo ha hecho, ha soltado una carcajada. Era la primera vez que lo hacía en meses. También era la primera vez en todo ese tiempo que iba a nadar. El río había pasado de ser una fuente de placer a un lugar trágico, pero hoy ha vuelto a ser como antes. Hoy le ha parecido adecuado ir a nadar. Desde el momento en el que se ha despertado —más ligero, con la cabeza más despejada, más relajado—, ha sabido que era un buen día para ello. No era tanto como si se hubiera quitado un peso de encima, sino más bien como si al fin se hubiera aflojado una pinza que parecía haber estado presionándole las sienes y amenazando su cordura y su vida.

Una mujer policía fue a verlo a casa. Una agente muy joven de apariencia dulce y un tanto aniñada que le hizo querer contarle cosas que no debería. Callie Algo, se llamaba. Mark la invitó a entrar y le explicó la verdad. Le dijo que había visto a Nel salir del pub el domingo por la tarde. No mencionó que él había ido ahí con la in-

tención de encontrársela, eso no era importante. También le dijo que habían hablado, pero que sólo lo habían hecho un momento porque Nel tenía prisa.

—¿De qué hablaron? —preguntó la policía.

—Su hija, Lena, es una de mis alumnas. El semestre pasado tuve algunos problemas con ella; asuntos de disciplina, ese tipo de cosas... En septiembre volverá a estar en mi clase. Es un año muy importante para Lena porque se graduará de la secundaria, de modo que quería asegurarme de que no íbamos a tener más problemas.

Suficientemente cierto.

—Me dijo que no tenía tiempo, que tenía otras cosas que hacer. —Eso también era verdad, aunque no toda ni nada más que la verdad.

—¿No tenía tiempo para comentar los problemas de su hija en la escuela? —le preguntó la agente.

Mark se encogió de hombros con una sonrisa triste.

—Algunos padres se involucraban bastante más que otros —dijo.

—¿Sabe adónde fue cuando se marchó del pub? ¿Tomó el coche?

Él negó con la cabeza.

—No, creo que se fue a casa. Se alejó a pie en esa dirección.

La agente asintió.

—Y ¿después de eso ya no volvió a verla? —preguntó.

Mark negó con la cabeza.

De modo que una parte era cierta y otra mentira, pero en cualquier caso la agente pareció quedar satisfecha: le dio una tarjeta con un número de teléfono para que pudiera llamarla y le dijo que se pusiera en contacto con ella si quería añadir algo más.

—Así lo haré —afirmó él con una sonrisa de oreja a oreja, y ella dio un respingo. Él se preguntó si no la habría exagerado demasiado.

Mark se ha metido en el agua y se ha sumergido hasta que sus

dedos han acariciado el suave y limoso lecho del río. Una vez ahí, ha encogido el cuerpo hasta hacerse un ovillo y, luego, con un repentino movimiento explosivo, ha salido de nuevo a la superficie para tomar aire.

Extrañará el río, pero ha llegado el momento de marcharse. Tiene que ponerse a buscar un trabajo, tal vez en Escocia o quizá más lejos aún: Francia, o puede que Italia. Algún lugar en el que nadie sepa de dónde proviene o qué ha sucedido. Sueña con hacer *tabula rasa* y comenzar de nuevo sin imperfección alguna en su pasado.

Al llegar a la orilla ha empezado a notar que la pinza volvía a apretarle las sienes. Todavía no está fuera de peligro. Todavía no. Aún está el asunto de la chica. Ésta aún puede causarle problemas, aunque si ha estado callada todo ese tiempo, no parece probable que ahora vaya a romper su silencio. Pueden decirse muchas cosas sobre Lena Abbott, pero es leal y mantiene su palabra. Y tal vez ahora, libre de la tóxica influencia de su madre, acabe convirtiéndose en una persona decente.

Ha permanecido un rato sentado en la orilla del río con la cabeza inclinada, escuchando el melódico rumor de las aguas y sintiendo los rayos del sol en los hombros. La euforia que sentía se ha ido evaporando junto con el agua que mojaba su espalda, pero en su lugar ha quedado otra cosa. No exactamente esperanza, pero sí la silenciosa premonición de que ésta es al menos posible.

De repente ha oído un ruido y ha levantado la mirada. Alguien se estaba acercando a mí. Ha reconocido su figura y la agonizante lentitud de su paso, y el corazón ha comenzado a latirle con fuerza. Louise.

Louise

Había un hombre sentado a la orilla del río. Al principio ella ha pensado que estaba desnudo, pero cuando se ha puesto de pie ha podido ver que llevaba un traje de baño, corto y ajustado. Ha notado asimismo que se fijaba en él, en su carne, y se ha sonrojado. Era el señor Henderson.

Para cuando ha llegado a su lado, él ya se había atado una toalla a la cintura y, tras ponerse una camiseta, ha dado un paso hacia ella con la mano extendida.

—¿Cómo está, señora Whittaker?

—Louise —ha dicho ella—. Por favor.

Él ha agachado la cabeza con una media sonrisa.

—¿Cómo estás, Louise?

Ella ha intentado devolverle la sonrisa.

—Ya sabes... —Pero él no lo sabía. Nadie lo sabía—. Ellos te dicen... ¡Ellos, hay que ver cómo hablo! Me refiero a los terapeutas... Te dicen que habrá días buenos y días malos, y que hay que sobrellevarlos.

Mark ha asentido, pero luego ha apartado la mirada y ella se ha dado cuenta de que sus mejillas se sonrojaban. Se sentía violento.

Le ocurría a todo el mundo. Antes de que su vida se hiciera añicos no se había percatado de lo incómodo que era el dolor, de lo inoportuno que resultaba para todos aquellos con quienes la persona de luto interactuaba. Al principio era algo que la gente reconocía, respetaba y tenía en cuenta. Al cabo de un tiempo, sin

embargo, se convertía en un obstáculo y se interponía en la conversación, en las risas, en la vida normal. Todo el mundo quería olvidarse de ello y seguir con su vida, y ahí se quedaba una, en medio del camino, impidiendo el paso, con el cadáver de su hija muerta a rastras.

—¿Qué tal está el agua? —ha preguntado ella, y él se ha sonrojado todavía más. El agua, el agua, el agua... En ese pueblo era imposible escapar de ella—. Supongo que fría...

Él ha sacudido la cabeza como un perro mojado.

—¡Brrr! —ha dicho, y se ha reído con timidez.

Entre ambos había un asunto que estaban evitando y ella ha tenido la sensación de que debía abordarlo.

—¿Te has enterado de lo de la madre de Lena? —Como si hubiera podido no hacerlo. Como si alguien pudiera vivir en ese pueblo y no haberse enterado.

—Sí, es terrible. Realmente terrible. Estoy en *shock* —ha dicho él, y se ha quedado callado. Pero como Louise no ha contestado, ha seguido hablando—: Bueno..., es decir..., sé que tú y ella... —Sus palabras han ido apagándose y ha echado un vistazo a su coche por encima del hombro. Se moría de ganas de marcharse, el pobrecillo.

—¿No nos llevábamos muy bien? —ha señalado Louise, quien no dejaba de jugar con la cadenita que llevaba al cuello, jalando adelante y atrás del colgante, un pájaro azul—. No, en efecto. Pero de todos modos...

«De todos modos» era lo máximo que estaba dispuesta a decir al respecto. Lo de que no se llevaban bien era un ridículo eufemismo, pero tampoco hacía falta entrar en detalles. El señor Henderson conocía la enemistad que había entre ambas y ella no pensaba fingir que se sentía infeliz porque Nel Abbott hubiera encontrado su final en las aguas del río. No podía ni quería.

Louise opinaba que los terapeutas no decían más que tonterías, y estaba convencida de que no volvería a disfrutar de un día bueno

el resto de su vida. Sin embargo, en las últimas veinticuatro horas había habido ocasiones en las que le había costado que no se notara la alegría que sentía.

—Supongo que, de un modo retorcido, resulta extrañamente adecuado, ¿no? —ha dicho el señor Henderson.

Louise ha asentido con gesto adusto.

—Tal vez es lo que le habría gustado. Tal vez es lo que quería. Mark ha fruncido el ceño.

—¿Crees que...? ¿Crees que fue deliberado?

Louise ha negado con la cabeza.

—La verdad es que no tengo ni idea.

—No. No. Claro que no. —Él se ha quedado un momento callado y luego ha proseguido—: Bueno, al menos ahora lo que estaba escribiendo no se publicará, ¿no? El libro ese en el que estaba trabajando sobre la poza..., no llegó a terminarlo, ¿verdad? Así que no puede ser publicado...

Louise lo ha fulminado con la mirada.

—¿Eso crees? Yo diría que la forma en la que ha muerto lo ha vuelto todavía más publicable. ¿La mujer que estaba escribiendo un libro sobre la gente que ha muerto en la Poza de las Ahogadas se ahoga en el mismo? Estoy segura de que alguien querrá publicarlo.

Mark se ha mostrado horrorizado.

—Pero Lena... Seguro que Lena... Ella no querrá que...

Louise se ha encogido de hombros.

—¿Quién sabe? —ha dicho—. Supongo que en ese caso sería ella quien recibiera las regalías. —Tras decir eso, ha exhalado un suspiro—. Bueno, debería ir volviendo a casa, señor Henderson.

Ella le ha dado unas palmaditas en el brazo y él ha colocado la mano encima de la de Louise.

—Lo siento mucho, señora Whittaker —ha dicho, y ella no ha podido evitar sentirse conmovida al ver que había lágrimas en los ojos del pobre.

—Louise —ha replicado ella—. Llámame Louise. Y, lo sé, sé que lo sientes.

Louise ha emprendido el camino de vuelta a casa. Ese paseo arriba y abajo del sendero del río le llevaba horas —y con ese calor parecía todavía más largo—, pero no se le ocurría otra forma de ocupar sus días. No era que no tuviera cosas que hacer. Debía ponerse en contacto con los agentes inmobiliarios y buscar escuelas. Tenía asimismo una cama que deshacer y un armario lleno de ropa que meter en cajas. Y también un hijo que necesitaba los cuidados de una madre. Mañana, quizá. Mañana haría todas esas cosas. Hoy se limitaría a pasear junto al río y a pensar en su hija.

Hoy ha hecho lo que hacía todos los días. Ha rebuscado en su inútil memoria señales que se le hubieran podido pasar por alto. Banderas rojas que hubiera ignorado despreocupadamente. Ha buscado pruebas o indicios de tristeza en la feliz vida de su hija. Porque la verdad era que nunca se habían preocupado por Katie. Ésta era inteligente, capaz, resuelta, y poseía una voluntad de hierro. Se había zambullido en la adolescencia como si nada, sin dejarse llevar por sus vaivenes emocionales. En todo caso, era Louise quien a veces se había sentido triste porque Katie apenas parecía necesitar a sus padres. Nada conseguía alterarla. Ni la escuela, ni la empalagosa atención que requería su emocionalmente necesitada mejor amiga, ni su repentina y casi sorprendente entrada en la belleza adulta. Louise todavía podía recordar con claridad la intensa y afrentosa vergüenza que ella había sentido cuando los hombres comenzaron a mirar su cuerpo al llegar a la adolescencia. Katie, en cambio, no había mostrado nada de eso. Eran épocas diferentes, solía decirse Louise a sí misma. Ahora las chicas eran distintas.

No, ella y su marido Alec no se habían preocupado por Katie. Lo habían hecho por Josh. Éste siempre había sido un niño sensible y nervioso, pero algo parecía haber cambiado ese año. Había

algo que lo inquietaba. Se había vuelto más reservado, más introvertido. Se diría incluso que cada día lo era un poco más. Temían un posible acoso escolar, el empeoramiento de sus calificaciones, las oscuras sombras que había bajo sus ojos por las mañanas.

Y la verdad es —la verdad debe ser— que, mientras estaban preocupándose de su hijo, había sido su hija quien había tropezado. Y no se habían dado cuenta. No habían estado ahí para sujetarla. La culpa que sentía Louise era como una piedra en la garganta. Siempre tenía la sensación de que terminaría ahogándola, pero nunca llegaba a hacerlo. Ni lo haría. De modo que tenía que seguir respirando. Respirando y recordando.

La noche anterior a su muerte, Katie estuvo muy callada. Josh se había quedado a dormir en casa de su amigo Hugo. Entre semana no solían permitírsele, pero ese día hicieron una excepción porque estaban preocupados por él y querían aprovechar la oportunidad para hablar de ello con Katie. Le preguntaron a ésta si se había dado cuenta de lo inquieto que parecía su hermano últimamente.

—Supongo que está preocupado por tener que ir a la preparatoria el año que viene —dijo ella, pero lo hizo sin mirar a sus padres, manteniendo la mirada en el plato y con un ligero temblor en la voz.

—Pero la secundaria no debería asustarlo —repuso Alec—. La mitad de su salón estará ahí. Y tú también.

Y Louise recordaba que, cuando Alec dijo eso, los dedos de la mano de su hija apretaron con un poco más de fuerza el vaso de agua que sujetaban. Y también que tragó saliva y cerró los ojos por un segundo.

Fregaron los platos juntas porque el lavaplatos estaba estropeado. Louise los lavaba y Katie los secaba. Recordaba haberle dicho a su hija que no pasaba nada, que podía hacerlo ella sola si tenía tarea, y que ella le había contestado que ya la había terminado. Louise recordaba asimismo que cada vez que su hija tomaba uno de los platos que le daba para secarlo parecía dejar que sus dedos rozaran los de su madre un poco más de lo necesario.

Pero ahora Louise no podía estar segura de si realmente recordaba todas esas cosas. ¿Había bajado Katie la mirada al plato? ¿Había tomado con más fuerza el vaso de agua o dejado que sus dedos rozaran más tiempo los de su madre? Ahora le resultaba imposible saberlo con seguridad. Todos sus recuerdos parecían estar sujetos a la duda, a la malinterpretación. No sabía si eso se debía al *shock* de haberse dado cuenta de que todo lo que había dado por hecho no lo era para nada, o si su mente había quedado permanentemente empañada a causa de todos los medicamentos que había tomado los días y las semanas posteriores a la muerte de Katie. Louise había engullido puñados y puñados de pastillas en busca de unas pocas horas de alivio tras las que, inevitablemente, terminaba encontrándose de nuevo en plena pesadilla. Al cabo de un tiempo tomó la decisión de que esos ratos de olvido no compensaban el horror que suponía redescubrir una y otra vez la ausencia de su hija.

Tenía la sensación de que podía estar segura de una cosa: cuando Katie le dio las buenas noches, sonrió y la besó como siempre. Luego la abrazó, no más fuerte ni más rato de lo habitual, y dijo:

—Que duermas bien.

¿Cómo pudo, sabiendo lo que estaba a punto de hacer?

El camino ante Louise se ha desdibujado a causa de las lágrimas que oscurecen su vista, de modo que no ha reparado en el acordonado hasta que ha llegado a su lado: «CORDÓN POLICIAL. NO PASAR». Se hallaba ya a medio camino de la cima de la colina y ha tenido que dar un amplio rodeo por la izquierda para no perturbar el último trozo de tierra que Nel Abbott había pisado.

Con los pies doloridos y el cuero cabelludo empapado de sudor, Louise ha seguido avanzando pesadamente hasta llegar a la cima y luego ha empezado a descender la colina en dirección a la bienvenida sombra donde el sendero atravesaba la arboleda que había a la orilla de la poza. Más o menos un kilómetro y medio después, ha llegado por fin al puente y ha subido los escalones que conducían a la carretera. Un grupo de chicas se acercaba por la iz-

quiera y, como siempre hacía, no ha podido evitar buscar a su hija entre ellas y ha mirado a ver si descubriría su reluciente cabello castaño u oía el sonido de su risa. Se le ha vuelto a romper el corazón.

Las chicas avanzaban con los brazos alrededor de los hombros de sus compañeras, formando un confuso amasijo de carne aterciopelada, y Louise ha visto que en el centro estaba Lena Abbott. Lena, tan solitaria en esos últimos meses, se había encontrado con una repentina fama. Ahora ella también sería observada, compadecida y, poco después, dejada de lado.

Louise les ha dado la espalda a las chicas y ha comenzado a subir la colina de vuelta a casa. Ha agachado los hombros y la barbilla con la esperanza de pasar desapercibida y que no la vieran, pues la visión de Lena Abbott era para ella algo terrible que llevaba a su mente imágenes espantosas. La chica, sin embargo, la ha divisado y ha empezado a llamarla a gritos:

—¡Louise! ¡Señora Whittaker! ¡Por favor, espere!

Louise ha intentado caminar más rápido, pero le pesaban las piernas, su corazón estaba tan desinflado como un viejo globo, y Lena era joven y fuerte.

—Me gustaría hablar con usted, señora Whittaker.

—Ahora no, Lena, lo siento.

Ella la ha tomado de un brazo, pero Louise lo ha apartado. No podía mirarla.

—Lo siento mucho. Ahora no puedo hablar contigo.

Louise se había convertido en un monstruo. Una criatura vacía que no era capaz de consolar a una chica que acababa de quedarse sin madre, o que —peor, mucho peor— no podía mirarla sin pensar: «¿Por qué no tú? ¿Por qué no fuiste tú la que apareció en el agua, Lena? ¿Por qué no fuiste tú? ¿Por qué mi Katie? Ella era amable, dulce, generosa, trabajadora y resuelta. Mejor que tú en todos los aspectos. Nunca debería haber terminado en el agua. Deberías haber sido tú».

La Poza de las Ahogadas,
de Danielle Abbott
(Inédito)

Prólogo

Cuando tenía diecisiete años, salvé a mi hermana de morir ahogada.

Pero, lo crean o no, no fue ahí donde empezó todo esto.

Hay personas que se sienten atraídas por el agua, que conservan un sentido vestigial y primigenio del lugar por el que fluye. Creo que yo soy una de ellas. Las ocasiones en las que me siento más viva son aquellas en las que estoy cerca del agua, aquellas en las que estoy cerca de esta agua. Éste es el lugar en el que aprendí a nadar, el lugar en el que aprendí a habitar la naturaleza y mi cuerpo de la forma más dichosa y placentera.

Desde que me mudé a Beckford en el año 2008, he nadado en el río casi a diario, en invierno y en verano, a veces con mi hija y otras sola, y ha terminado por obsesionarme la idea de que este lugar, para mí de éxtasis, pueda ser para otros un lugar de temor y horror.

Cuando tenía diecisiete años, salvé a mi hermana de morir ahogada, pero mucho antes de eso yo ya estaba obsesionada con la poza de Beckford. A mis padres les gustaba contar historias, sobre todo a mi madre, y fue en boca de ésta que oí por primera vez la trágica historia de Libby, el estremecedor asesinato que tuvo lugar en la casita de campo de los Ward o el terrible relato del chico que vio saltar al vacío a su madre. Le pedía que me contara esas historias una y otra vez, y recuerdo la consternación de mi padre («Esas historias no son para niñas») y la resistencia de mi madre («¡Claro que lo son! Forman parte del folclore del pueblo»).

Eso plantó una semilla en mí y, mucho antes de que mi hermana se metiera en el agua, mucho antes de que yo tomara una cámara o mi pluma surcara el papel, me pasé horas soñando despierta e imaginando cómo debieron de suceder esas historias, qué debieron de sentir sus protagonistas, cuán fría debía de estar el agua ese día para Libby.

De adulta, el misterio que me ha consumido es, claro está, el de mi propia familia. No debería ser un misterio, pero lo es, pues a pesar de mis esfuerzos por construir puentes entre ambas, mi hermana hace años que no me dirige la palabra. En el pozo de su silencio, he intentado imaginar qué fue lo que la llevó al río en mitad de la noche, pero ni siquiera yo, con mi singular imaginación, he conseguido averiguarlo. Y es que mi hermana nunca fue dada al dramatismo ni a los gestos exagerados. Podía, eso sí, ser taimada, maliciosa y tan vengativa como el agua misma, pero sigo confundida. Me pregunto si siempre lo estaré.

Durante el proceso de intentar comprenderme a mí misma, así como a mi familia y las historias que nos contábamos, decidí que trataría de encontrarles un sentido a todas las historias de Beckford y que escribiría los últimos momentos de todas las vidas de las mujeres que acudieron a la Poza de las Ahogadas de Beckford tal y como yo los imaginaba.

El nombre mismo del lugar ya está cargado de connotaciones, y, sin embargo, ¿qué es? Un recodo del río, eso es todo. Un meandro. Lo hallarás si lo sigues en todas sus curvas y sus giros, sus crecidas y sus inundaciones, dando y también quitando vida. El río está alternativamente frío y limpio o estancado y contaminado. Serpentea a través del bosque, corta como el acero las colinas Cheviot y, entonces, justo al norte de Beckford, su corriente se ralentiza y, por un momento, descansa en la Poza de las Ahogadas.

Éste es un paraje idílico: los robles dan sombra al sendero, las hayas y los plátanos salpican las laderas de las colinas y, en la ribera sur, hay una orilla arenosa en pendiente. Un lugar para jugar tenis de

playa o llevar a los niños; el sitio idóneo para hacer un picnic un domingo soleado.

Pero las apariencias engañan, pues se trata de un lugar mortal. El agua, oscura y espejeante, oculta lo que hay debajo: algas que pueden enredarse en tus extremidades y arrastrarte al fondo, o puntiagudas rocas que pueden clavarse en tu carne. Y, a un lado, se eleva el gris acantilado de pizarra: un desafío, una provocación.

Éste es el lugar que a lo largo de los siglos se ha cobrado las vidas de Libby Seeton, Mary Marsh, Anne Ward, Ginny Thomas, Lauren Slater, Katie Whittaker y más, muchas más, anónimas y sin rostro. Yo quería preguntar por qué y cómo; saber qué es lo que sus vidas y sus muertes nos dicen sobre nosotros mismos. Hay quienes preferirían no hacer esas preguntas, quienes preferirían acallar, ocultar, silenciar. Pero yo nunca he sido de las que se quedan con la boca cerrada.

En este trabajo, estas memorias de mi vida y de la poza de Beckford, he querido comenzar no con mujeres ahogándose, sino nadando. Porque ahí es donde empieza: con las brujas y su ordalía del agua. Allí, en mi poza, este paraje pacífico y hermoso a menos de un kilómetro de donde me encuentro sentada ahora mismo, es adonde las llevaban, las ataban y las tiraban al río para que se hundieran o nadaran.

Algunos dicen que esas mujeres dejaron algo de sí mismas en el agua y que ésta retiene parte de su poder, pues desde entonces ha atraído a sus orillas a las desafortunadas, las desesperadas, las infelices, las perdidas. Vienen aquí a nadar con sus hermanas.

Erin

Beckford es una localidad absolutamente extraña. Es hermosa y tiene partes impresionantes de verdad, pero es extraña. Parece estar desconectada de cuanto la rodea. Por supuesto, se encuentra a kilómetros de todo y hay que conducir durante horas para llegar a algún lugar civilizado. Eso, en el caso de que se considere Newcastle un lugar civilizado, algo de lo que yo misma no estoy tan segura. Beckford es, pues, una localidad extraña, llena de gente peculiar y con una historia realmente insólita. Y en medio de la misma está ese río, y eso es lo que resulta más extraño de todo: parece que, allá adonde vaya una, sea cual sea la dirección que tome, de algún modo siempre termina topándose con el río.

También hay algo un poco extraño en el inspector. Es de la localidad, de modo que cabía esperarlo. Lo pensé nada más verlo ayer por la mañana, cuando sacaron el cadáver de Nel Abbott del agua. Estaba de pie en la orilla, con los brazos en la cintura y la cabeza agachada. Estaba hablando con alguien —que resultó ser el médico forense—, pero desde lejos parecía que estuviera rezando. Eso fue lo que pensé: un cura. Un hombre alto y delgado ataviado con ropa oscura y con el agua negra al fondo, el acantilado de pizarra a su espalda y, a sus pies, una mujer pálida y serena.

No estaba serena, por supuesto, sino muerta. No obstante, su rostro no parecía estar deformado por ninguna mueca ni tenía magulladuras. Si una no miraba el resto de su cuerpo, las extremidades rotas o la columna partida, supondría que se había ahogado.

Me presenté y de inmediato pensé que había algo extraño en el inspector: sus ojos llorosos y el ligero temblor de sus manos, que intentaba reprimir frotándose la palma de una contra la muñeca de la otra, me hicieron pensar en mi padre esas mañanas «después de», en las que había que mantener la voz baja y la cabeza agachada.

Mantener la cabeza así parecía una buena idea en cualquier caso. Me había trasladado apresuradamente desde Londres tras una desafortunada relación con una colega y llevaba en el norte menos de tres semanas. Para ser honesta, lo único que quería era dedicarme a mis casos y olvidarme de todo el asunto. Estaba convencida de que al principio sólo me encargarían tareas rutinarias, de modo que me sorprendió cuando me incluyeron en el equipo que investigaba el caso de una muerte sospechosa. Una mujer cuyo cadáver había sido encontrado por un hombre que estaba paseando a sus perros. Iba completamente vestida, de modo que no había ido a nadar.

—Lo más seguro es que se haya tirado —me aseguró el inspector—. La han encontrado en la Poza de las Ahogadas de Beckford.

Fue una de las primeras cosas que le pregunté al inspector Townsend:

—¿Cree que se ha tirado?

Él me miró un momento, como si me estudiara, y luego señaló lo alto del acantilado.

—Vayamos ahí arriba —dijo—, busque al agente de la policía científica y pregúntele si han descubierto algo: pruebas de que hubiera alguna pelea, sangre, un arma... Su celular sería un buen punto de partida, ya que no lo lleva consigo.

—Voy.

Mientras comenzaba a caminar, le dirigí un vistazo a la mujer y pensé en lo triste que parecía su rostro desnudo y sin maquillaje.

—Se llama Danielle Abbott —dijo Townsend alzando un poco la voz—. Vive en el pueblo. Es una escritora y fotógrafa bastante exitosa. Tiene una hija de quince años. Así que, respondiendo a su pregunta: no, no creo que sea probable que se haya tirado.

Subimos juntos a lo alto del acantilado. Para hacerlo hay que tomar el sendero que sale de la pequeña playa y bordea la poza hasta que tuerce a la derecha, atraviesa una pequeña arboleda y luego inicia una pronunciada pendiente que lleva a la cima. Algunas partes del sendero estaban enlodadas y podían verse las marcas que habían dejado las botas al pisar y resbalar, borrando los rastros de las huellas de pies que hubiera podido haber con anterioridad. En lo alto, el sendero se tuerce de golpe a la izquierda y, tras dejar atrás los árboles, conduce directo al borde del acantilado. Al verlo, se me revolvió el estómago.

—¡Dios mío!

Townsend echó un vistazo por encima de mi hombro. Casi parecía hacerle gracia.

—¿Es que le dan miedo las alturas?

—Siento un miedo perfectamente razonable a tropezar y precipitarme al vacío —repuse—. ¿No debería haber alguna barrera? No es muy seguro que digamos.

El inspector no respondió y siguió adelante con paso decidido, acercándose al borde del acantilado. Yo fui detrás de él, pegada a los matorrales de aulaga para no ver la cristalina superficie del agua que había abajo.

El agente de la policía científica —velludo y con la cara pálida, tal y como siempre parecen ser— no tenía muy buenas noticias.

—No hay sangre, ni armas, ni señales de que tuviera lugar ninguna pelea —declaró encogiéndose de hombros—. Tampoco restos de basura reciente. En cuanto a su cámara, está dañada. Y en ella no está la tarjeta SD.

—¿Su cámara?

Velludo se dirigió a mí.

—¿Puede creerlo? Instaló una cámara de esas que se activan con el movimiento como parte del proyecto en el que estaba trabajando.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—¿Para filmar a las personas que venían aquí arriba y ver qué hacían? A veces rondan por el lugar bichos raros, ya sabe, por la historia del sitio. O quizá quería filmar a un suicida en el acto...

—Hizo una mueca.

—¡Dios mío! Y ¿alguien ha destrozado su cámara? Eso parece... inoportuno.

El tipo asintió.

Townsend exhaló un suspiro y se cruzó de brazos.

—Cierto, aunque eso no significa necesariamente nada. Su equipo ha sido destrozado con anterioridad. El proyecto en el que trabajaba tenía sus detractores en el pueblo. De hecho, ni siquiera estoy seguro de que llegara a reemplazar la cámara después de la última vez. —El inspector se acercó un par de pasos al borde del acantilado y echó un vistazo. La cabeza comenzó a darme vueltas—. Pero hay otra, ¿no? Oculta en algún lugar de ahí abajo. ¿Alguien la ha visto?

—Sí, parece estar intacta. La llevaremos a la comisaría, pero...

—En ella no encontraremos nada.

Velludo volvió a encogerse de hombros.

—Puede que la veamos caer al agua, pero no nos mostrará qué sucedió aquí arriba.

Habían pasado más de veinticuatro horas desde entonces y no parecíamos estar más cerca de averiguar lo que realmente había sucedido allí arriba. El celular de Nel Abbott no había aparecido, lo cual resultaba extraño. Aunque quizá no tanto. Si había saltado, cabía la posibilidad de que antes se hubiera deshecho de él. O si, por el contrario, se había caído, podía ser que todavía estuviera en el agua, tal vez se hubiera hundido en el cieno o se lo hubiese llevado la corriente. Y si la empujaron, quienquiera que lo hubiera hecho podría haberse lo quitado antes, claro está, aunque, a juzgar por la falta de se-

ñales de que hubiera tenido lugar alguna refriega en lo alto del acantilado, no parecía probable que alguien se lo hubiera quitado por la fuerza.

Después de llevar a Jules (NO Julia, al parecer) al hospital para que realizara la identificación oficial del cadáver, me he perdido. A ella la he dejado en la Casa del Molino y, cuando creía que estaba dirigiéndome de vuelta a la comisaría, me he dado cuenta de que no era así: de algún modo, después de cruzar el puente debo de haber dado una vuelta en algún lugar y me he encontrado de nuevo con el río. En cualquier caso, cuando estaba consultando en el celular qué dirección se suponía que debía tomar, he visto a un grupo de chicas caminando por el puente. En un momento dado, Lena, una cabeza más alta que las demás, se ha separado de ellas.

He dejado el coche y he ido tras ella. Había algo que quería preguntarle, algo que su tía había mencionado, pero, antes de alcanzarla, ha comenzado a discutir con alguien, una mujer de unos cuarenta y pico años. En un momento dado, Lena la ha agarrado del brazo y la mujer lo ha apartado y se ha llevado las manos a la cara, como si tuviera miedo de que le pegara. Luego se han separado abruptamente y Lena se ha ido hacia la izquierda y la mujer se ha marchado colina arriba. Yo he seguido a Lena, pero ella se ha negado a decirme a qué se había debido todo eso. Ha insistido en que no había pasado nada malo, que no había sido ninguna discusión y que, de todos modos, tampoco era de mi incumbencia. Se ha mostrado bravucona, pero su rostro estaba cubierto de lágrimas. Yo me he ofrecido a llevarla a casa, pero ella me ha dicho que me fuera a la mierda.

De modo que eso he hecho. He conducido de vuelta a la comisaría y le he contado a Townsend mis impresiones sobre la identificación formal que Jules Abbott había hecho del cadáver.

En términos generales la identificación había sido extraña.

—No ha llorado —le he contado al jefe, y él ha hecho un leve movimiento con la cabeza como diciendo: «Bueno, eso es nor-

mal»—. No ha sido nada normal —he insistido—. Su *shock* no era en absoluto normal. Se ha comportado de un modo realmente raro.

Él se ha removido en el asiento. Estaba sentado detrás de un escritorio en una pequeña oficina que había al fondo de la comisaría, e incluso su cuerpo parecía demasiado grande para esa estancia, como si al levantarse fuera a golpearse la cabeza con el techo.

—¿En qué sentido?

—Es difícil de explicar. Era como si estuviera hablando sin hacer ningún sonido. Y no me refiero a sollozos silenciosos. Ha sido muy extraño. Movía los labios como si estuviera diciendo algo... O, mejor dicho, como si estuviera hablando con alguien. Manteniendo una conversación.

—Pero ¿no ha oído nada?

—Nada.

Townsend ha echado un vistazo a la pantalla de la *laptop* que tenía delante y luego ha vuelto a mirarme a mí.

—Y ¿eso ha sido todo? ¿No le ha contado nada? ¿Algo que pueda resultarnos útil?

—Ha preguntado por un brazalete. Al parecer, Nel tenía uno que pertenecía a su madre y que llevaba siempre puesto. O, al menos, lo llevaba la última vez que Jules vio a Nel, lo cual sucedió hace años.

Townsend ha asentido al tiempo que se rascaba la muñeca.

—No hemos encontrado ninguno entre sus pertenencias, lo he comprobado. Llevaba un anillo, pero ninguna joya más.

El inspector se ha quedado en silencio tanto rato que he pensado que tal vez la conversación había terminado. Estaba a punto de marcharme del despacho cuando de repente ha dicho:

—Debería preguntarle a Lena por el brazalete.

—Ésa era mi intención —he contestado—, pero ella no se ha mostrado especialmente interesada en hablar conmigo. —Y entonces le he contado lo de nuestro encuentro en el puente.

—Esa mujer —ha dicho él—. Descríbamela.

Y eso he hecho: cuarenta y pocos años, algo rellenita, pelo oscuro, con un suéter largo de color rojo a pesar del calor.

Townsend se ha quedado mirándome largo rato.

—¿Y bien? ¿Le suena? —he preguntado.

—Oh, sí —ha respondido él, mirándome como si fuera una niña particularmente tontita—. Es Louise Whittaker.

—¿Y ella es...?

Él ha fruncido el ceño.

—¿Es que no ha leído el expediente del caso?

—Pues la verdad es que no —he dicho yo. Me han entrado ganas de señalarle que, como local que era, ponerme al día de cualquier antecedente que pudiera ser relevante podía considerarse que era su trabajo.

Él ha exhalado un suspiro y ha comenzado a teclear algo en su computadora.

—Debería ponerse las pilas con todo esto. Écheles un vistazo a los archivos. —Ha pulsado la tecla «Enter» con especial fuerza, como si estuviera utilizando una máquina de escribir y no una iBook con pinta de ser cara—. Y también debería leer el manuscrito de Nel Abbott. —Ha levantado la mirada hacia mí y ha fruncido el ceño—. ¿El proyecto en el que estaba trabajando? Si no me equivoco, iba a ser una especie de libro ilustrado. Con fotografías y narraciones sobre Beckford.

—¿Una historia local?

Él ha exhalado un sonoro suspiro.

—Algo así. Su interpretación sobre los acontecimientos. De una selección de los mismos. Su..., digamos, visión de las cosas. Como le he comentado, no es algo que le hiciera especial ilusión a la gente local. En cualquier caso, tenemos copias de lo que había escrito hasta el momento. Uno de los agentes le conseguirá una. Pídasela a Callie Buchan, la encontrará en recepción. La cuestión es que uno de los casos sobre los que escribió fue el de Katie Whittaker, una chica que se suicidó el pasado junio. Katie era ami-

ga íntima de Lena Abbott, y Louise, su madre, había sido amiga de Nel. Al parecer, se distanciaron a causa del enfoque del trabajo de ésta. Y, más adelante, cuando murió Katie...

—Louise le echó la culpa —he dicho—. La consideraba responsable.

Él ha asentido.

—Sí, así es.

—Entonces debería ir a hablar con ella, con Louise.

—No —ha contestado él sin apartar los ojos de la pantalla—. Ya lo haré yo. La conozco. Llevé la investigación de la muerte de su hija.

Ha vuelto a quedarse callado durante largo rato. En ningún momento ha dicho que el encuentro hubiera terminado, de manera que al final he sido yo quien ha hablado.

—¿Alguna sospecha sobre la posibilidad de que hubiera alguien más involucrado en la muerte de Katie?

Él ha negado con la cabeza.

—Ninguna. No parecía haber ninguna razón clara, pero, como bien sabe, muchas veces no la hay. Al menos, no una que tenga sentido para aquellos que el suicida deja detrás. Sí escribió una nota de despedida. —Townsend se ha pasado una mano por los ojos—. Fue una auténtica tragedia.

—Entonces ¿este año han muerto dos mujeres en ese río? —he dicho—. ¿Dos mujeres que se conocían, que estaban relacionadas...? —El inspector no ha respondido, tampoco me ha mirado, y ni siquiera estoy segura de que me haya oído—. ¿Cuántas personas han muerto en el río? En total, quiero decir.

—¿Desde cuándo? —ha preguntado él, negando otra vez con la cabeza—. ¿Hasta dónde quiere que retrocedamos?

Lo dicho: absolutamente extraño.

Jules

Siempre te he tenido un poco de miedo. Tú lo sabías y disfrutabas de ello, disfrutabas del poder que te proporcionaba sobre mí. Por eso creo que, a pesar de las circunstancias, habrías disfrutado de lo de esta tarde.

Me han pedido que identificara tu cadáver. Lena se había ofrecido voluntaria, pero le han dicho que no, de modo que he tenido que aceptar yo. No había nadie más. Y, si bien no quería verte, sabía que debía hacerlo, porque eso sería mejor que imaginarte; los horrores que es capaz de concebir una mente son siempre mucho peores que la realidad. Y necesitaba verte porque ambas sabemos que no lo habría creído, que no habría sido capaz de convencerme de que habías muerto hasta que lo viera con mis propios ojos.

Yacías sobre una camilla en medio de una fría sala y una sábana de color verde pálido cubría tu cuerpo. Un hombre joven vestido con una bata nos ha saludado a mí y a la sargento con un movimiento de cabeza. Ella le ha devuelto el saludo. Cuando el tipo ha extendido la mano para apartar la sábana, no he podido evitar contener el aliento. No recuerdo haberme sentido así de asustada desde que era niña.

Estaba convencida de que te levantarías de un salto.

Pero no lo has hecho. Estabas inmóvil y hermosa. Tu rostro siempre fue muy expresivo —ya fuera por alegría o por malicia—, y todavía podían percibirse restos de ello; tú eras todavía

tú, todavía perfecta, y de repente he tomado conciencia: habías saltado.

¿Tú habías saltado?

¿Tú *habías saltado*?

Esas palabras sonaban mal en mi boca. Tú no saltarías. Nunca lo harías, ése no es el modo de hacerlo. Eso es lo que *tú* me dijiste. El acantilado no es lo bastante alto. Sólo hay cincuenta y cinco metros desde la cima hasta el agua, si alguien salta puede sobrevivir a la caída. De modo que, si alguien pretende hacerlo, dijiste, si realmente pretende hacerlo, ha de asegurarse. Debe hacerlo de cabeza. Si alguien realmente pretende hacerlo, no ha de saltar: ha de tirarse de cabeza.

Y, a no ser que realmente pretenda hacerlo, añadiste, ¿por qué saltar? No hay que ir de turista. A nadie le gustan los turistas.

Quien lo haga puede sobrevivir a la caída, pero eso no significa que vaya a hacerlo. Aquí estás tú, al fin y al cabo, y tú no te tiraste de cabeza. Lo hiciste de pie, y así estás ahora: tus piernas están rotas, tu espalda está rota, tú estás rota. ¿Qué significa esto, Nel? ¿Significa que de repente te entró miedo? (Algo nada habitual en ti.) ¿No pudiste soportar la idea de tirarte de cabeza y arruinar tu hermoso rostro? (Siempre fuiste muy vanidosa.) No le encuentro el sentido. No es normal en ti hacer lo que dijiste que no harías, ir en contra de ti misma.

(Lena dijo que aquí no hay ningún misterio, pero ¿qué sabrá ella?)

Te he tomado de la mano un momento para sentirla entre las mías, no sólo porque estuviera muy fría, sino también porque no reconocía su forma, su tacto. ¿Cuándo fue la última vez que lo hice? ¿Quizá cuando tomaste la mía en el funeral de mamá? Recuerdo haberme apartado de ti y haberme volteado hacia papá. Recuerdo la cara que pusiste. (¿Qué esperabas?) Mi corazón se volvió de madera y su latido se ralentizó hasta convertirse en un triste tamborileo.

Alguien ha dicho algo:

—Lo siento, pero no puede tocarla.

Podía oír el zumbido del fluorescente que había en el techo, iluminando tu piel, pálida y gris sobre el acero de la camilla. He colocado un pulgar encima de tu frente y luego lo he pasado por el costado de tu rostro.

—No la toque, por favor. —La sargento Morgan estaba justo detrás de mí. Podía oír su respiración, lenta y regular, por encima del zumbido de los fluorescentes.

—¿Dónde están sus cosas? —he preguntado—. La ropa que llevaba. Sus joyas.

—Se las devolverán más adelante —ha señalado la sargento Morgan—, después de que la policía científica las haya analizado.

—¿Había un brazalete? —he preguntado.

Ella ha negado con la cabeza.

—No lo sé, pero todo lo que llevaba se lo devolverán.

—Debería haber un brazalete —he dicho en voz baja con los ojos puestos en ti—. Un brazalete de plata con el cierre de ónix. Pertenecía a mamá y tenía grabadas sus iniciales: «SJA». Sarah Jane. Mamá lo llevaba siempre. Y luego tú. —La sargento se ha quedado mirándome—. Es decir, ella. Quiero decir que lo llevaba Nel.

He vuelto a bajar la mirada hacia ti, a tu delgada muñeca, al lugar en el que el cierre de ónix debería haber descansado sobre las venas azules. Quería volver a tocarte, sentir tu piel. Tenía la impresión de que podía despertarte. He susurrado tu nombre y he esperado que te estremecieras y que tus ojos se abrieran con un parpadeo y me siguieran por la sala. He pensado que tal vez debía besarte por si, como en *La Bella Durmiente*, eso conseguía despertarte, lo que me ha hecho sonreír porque tú habrías odiado la idea. A ti nunca te gustó el rol de princesa, nunca ejerciste de belleza pasiva a la espera de un príncipe, tú eras otra cosa. Tú siempre te ponías de parte de la oscuridad, de la perversa madrastra, del hada malvada, de la bruja.

En ese momento, he notado la mirada de la sargento y he apretado los labios para reprimir una sonrisa. Tenía los ojos secos y la garganta vacía, de modo que cuando te he susurrado no ha salido ningún sonido de mi boca:

—¿Qué has querido decirme?

Lena

Debería haber ido yo. Soy su familiar más cercano, su hija. La persona que la quería. Debería haber ido yo, pero no me lo han permitido. Me han dejado sola, sin nada que hacer salvo quedarme sentada en una casa vacía y fumar hasta que se me han terminado los cigarrillos. He ido a la tienda del pueblo a comprar más (la mujer gorda que atiende a veces me pide la identificación, pero yo sabía que hoy no lo haría), y entonces he visto a Tanya, a Ellie y a las otras. Venían en contradirección por la carretera.

Su visión me ha puesto enferma, de modo que me he limitado a agachar la cabeza, he dado media vuelta y he comenzado a caminar lo más rápido que he podido, pero ellas me han visto, me han llamado y han corrido más rápido para alcanzarme. No sabía lo que pensaban hacer. Cuando han llegado a mi lado, sin embargo, han empezado a abrazarme y a decir lo mucho que lo sentían, y Ellie ha tenido el descaro de derramar algunas lágrimas falsas. Yo he dejado que me rodearan, me abrazaran y me acariciaran el pelo. Lo cierto es que el contacto físico sentaba bien.

Hemos cruzado el puente. Ellas han propuesto ir a la casita de campo de los Ward a tomar algunas pastillas e ir a nadar.

—Sería como un velatorio. Una especie de celebración —ha afirmado Tanya.

Estúpida idiota. ¿De veras cree que hoy tengo ganas de drogarme e ir a nadar a ese río? He intentado pensar algo que responder, pero entonces he visto a Louise por casualidad y he podido alejarme de

ellas sin decir palabra, y no ha habido nada que pudieran hacer al respecto.

Al principio he pensado que no me había oído, pero cuando he llegado a su lado me he dado cuenta de que estaba llorando y no quería que la viera. La he tomado del brazo. No sé por qué, sólo pretendía evitar que se marchara, no se me antojaba que me dejara ahí con esas zorras mirando y fingiendo que se sentían tristes cuando en realidad estaban disfrutando de todo el maldito drama. Ella, sin embargo, ha tratado de liberarse jalando mis dedos uno a uno.

—Lo siento, Lena, ahora no puedo hablar contigo. No puedo hablar contigo —me ha dicho.

Yo he querido contestarle algo como: «Has perdido a tu hija y yo a mi madre. ¿No nos deja eso en condiciones de igualdad? ¿Es que no puedes perdonarme?».

Pero no lo he hecho, y entonces esa inútil mujer policía ha aparecido y ha intentado averiguar acerca de qué estábamos discutiendo, así que le he dicho adónde podía irse y he regresado a casa.

Pensaba que Julia ya estaría de vuelta para cuando yo llegara. ¿Cuánto tiempo se puede tardar en ir al depósito de cadáveres, esperar a que aparten una sábana y decir «Sí, es ella»? Dudo que Julia se haya sentado a su lado y la haya tomado de la mano para consolarla como habría hecho yo.

Debería haber ido yo, pero no me han dejado.

Me he tumbado en la cama en silencio. Ni siquiera puedo escuchar música porque ahora todo parece tener este nuevo significado que antes no percibía, y en estos momentos resulta demasiado doloroso para hacerle frente. No quiero estar llorando todo el rato, hace que me duela el pecho y la garganta, y lo peor es que nadie viene a ayudarme. Ya no hay nadie que pueda ayudarme. Así pues, he permanecido acostada en la cama fumando un cigarrillo tras otro hasta que he oído la puerta de entrada.

Ella no me ha llamado ni nada de eso, pero yo he oído cómo entraba en la cocina y se ponía a abrir y a cerrar armarios, rebus-

cando entre las cazuelas y los sartenes. Esperaba que viniera a mi habitación, pero al final me he aburrido y he empezado a sentirme mal por haber fumado tanto, y tenía mucha mucha hambre, de modo que he ido a la planta baja.

Ella estaba removiendo algo en la estufa y, cuando se ha dado la vuelta y me ha visto, se ha sobresaltado. Pero no ha sido como cuando alguien te da un susto y luego te ríes; la expresión de miedo ha seguido siendo perceptible en su rostro.

—¡Lena! —ha exclamado—. ¿Estás bien?

—¿La has visto? —le he preguntado.

Ella ha asentido y ha bajado la mirada al suelo.

—Parecía... ella misma.

—Eso es bueno —he dicho—. Me alegro. No me gusta pensar que ella...

—No. No. Y no lo estaba. Magullada, quiero decir. —Se ha dado la vuelta hacia la cocina—. ¿Te gustan los espaguetis a la boloñesa? —me ha preguntado a continuación—. Estoy preparando..., eso es lo que estoy haciendo.

Me gustan, pero no he querido decírselo, de modo que no he contestado. En vez de eso, le he preguntado:

—¿Por qué le has mentado a la policía?

Ella se ha volteado de golpe, y de la cuchara de madera que sostenía en la mano ha caído un poco de salsa roja en el suelo.

—¿Qué quieres decir, Lena? Yo no he mentado...

—Sí lo has hecho. Les has dicho que mi madre y tú no hablaban nunca, que no tenían contacto alguno desde hacía años...

—Y así es. —Su rostro y su cuello se han ruborizado, y las comisuras de la boca se han curvado hacia abajo como las de un payaso. Y entonces lo he visto, he percibido esa fealdad de la que hablaba mamá—. Nel y yo no tuvimos ningún contacto significativo desde...

—Te llamaba muy a menudo.

—No muy a menudo. Ocasionalmente. Y, en cualquier caso, no hablábamos.

—Sí, ya me dijo que te negabas a hablar con ella por más que lo intentara.

—Es un poco más complicado que eso, Lena.

—¿En qué sentido? —he respondido—. ¡Dilo! —Ella ha apartado la mirada—. Esto es culpa tuya, ¿sabes?

Ella ha dejado a un lado la cuchara y ha dado un par de pasos hacia mí con los brazos en la cintura y una expresión de preocupación en el rostro, como una profesora que está a punto de decirte lo decepcionada que está con tu actitud en clase.

—¿Qué quieres decir? —ha preguntado—. ¿Qué es culpa mía?

—Ella trató de ponerse en contacto contigo, quería hablar contigo, necesitaba...

—Nel no me necesitaba. Nunca lo hizo.

—¿Era infeliz! —he replicado yo—. ¿Es que ni siquiera te importa, carajo?

Ella ha retrocedido un paso y se ha limpiado la cara como si le hubiera escupido.

—¿Por qué era infeliz? Yo no... Nunca me dijo que fuera infeliz.

—Y ¿qué habrías hecho tú si te lo hubiera dicho? ¡Nada! No habrías hecho nada, como siempre. ¡Como cuando la abuela murió y tú te portaste fatal con ella, o cuando nos mudamos y ella te invitó a visitarnos, o cuando te pidió que vinieras para mi cumpleaños y ni siquiera contestaste! Simplemente la ignorabas, como si no existiera. A pesar de que sabías que ella no tenía a nadie más, a pesar...

—Te tenía a ti —ha dicho Julia—. Yo nunca sospeché que fuera infeliz. Yo...

—Pues lo era. Ya ni siquiera quería ir a nadar.

Ella se ha quedado muy quieta y ha volteado la cabeza hacia la ventana como si hubiera oído algo fuera.

—¿Qué? —ha preguntado, pero no estaba mirándome a mí. Era como si estuviera mirando a otra persona, o su reflejo—. ¿Qué has dicho?

—Que dejé de nadar. Siempre iba a una piscina o al río, todos

los días, era lo que más le gustaba, era una nadadora. Todos y cada uno de los días, incluso en invierno, cuando hace un frío del carajo y hay que romper el hielo de la superficie. Y, de repente, dejó de hacerlo. Sin más. Así de infeliz se sentía.

Julia se ha quedado callada un momento, ahí de pie, mirando por la ventana, como si hubiera visto a alguien.

—¿Sabes...? ¿Sabes si habría contrariado a alguien? ¿O si alguien estaba molestándola a ella, o...?

He negado con la cabeza.

—No. Me lo habría dicho. Me habría advertido.

—¿Seguro? —ha preguntado Julia—. Porque ya sabes que Nel..., tu madre... a veces podía ser algo difícil, ¿verdad? Es decir, sabía cómo sacar a la gente de sus casillas, cómo hacerla enojar.

—¡Eso es mentira! —he replicado, aunque a veces sí lo hacía, pero sólo con los imbéciles, sólo con aquellos que no la comprendían—. Tú no la conocías para nada, tú nunca la entendiste. No eres más que una zorra celosa. Lo eras de joven y todavía lo eres ahora. Dios mío, no sirve de nada hablar contigo.

Me he marchado de casa a pesar de que estaba muriéndome de hambre. Mejor morir de hambre que sentarse con ella a comer. Habría sido como una traición. No he dejado de pensar en mi madre ahí sentada, hablándole al teléfono sin que nadie contestara al otro lado de la línea. Maldita zorra. Una vez me enojé con mamá y le dije que por qué no lo dejaba por la paz y se olvidaba de ella.

—Está claro que no quiere saber nada de nosotras.

—Es mi hermana, mi única familia —me contestó.

—¿Y yo? —le pregunté entonces—. ¿Qué hay de mí? Yo también soy familia.

Ella se rio y repuso:

—Tú no eres familia. Tú eres *más* que eso. Eres parte de mí.

Una parte de mí ha muerto y ni siquiera me han dejado verla. No me han permitido tomarla de la mano, ni darle un beso de despedida, ni decirle cuánto lo siento.

Jules

No he ido detrás de Lena. Lo cierto es que no quería hacerlo. No sé lo que quería, de modo que me he quedado ahí de pie, en los escalones de la entrada, frotándome los brazos con las manos y dejando que mis ojos se acostumbraran poco a poco a la oscuridad reinante.

Sabía lo que no quería: no quería discutir con ella, no quería seguir escuchándola. ¿Culpa mía? ¿Cómo podía ser eso culpa mía? Nunca me dijiste que fueras infeliz. Si lo hubieras hecho, te habría escuchado. En mi cabeza, estabas risueña. Si me hubieras dicho que habías dejado de ir a nadar, Nel, habría sabido que algo iba mal. Nadar era esencial para tu cordura, eso fue lo que me dijiste; sin ello, te vendrías abajo. Nada te mantenía alejada del agua, del mismo modo que nada podía arrastrarme a mí a ella.

Salvo que algo lo hizo. Algo debió de hacerlo.

De repente he sentido un hambre voraz. Por alguna razón, de pronto tenía un tremendo apetito que saciar. He vuelto a entrar en la casa y me he servido un plato de espaguetis a la boloñesa, y a continuación otro, y luego un tercero. He comido y comido hasta que, asqueada conmigo misma, he subido al piso de arriba.

Me he arrodillado en el cuarto de baño con la luz apagada. Una costumbre que había abandonado hacía mucho, pero tan antigua que casi me ha resultado reconfortante. De rodillas en la oscuridad, he empezado a vomitar con los ojos llorosos y las venas de la cara a punto de estallar por la tensión. Cuando por fin he sentido

que ya no tenía nada más dentro, me he puesto de pie, he jalado la cadena y me he mojado la cara procurando no ver mi mirada en el espejo, sólo para terminar viéndola en el reflejo de la tina que tenía detrás.

Hace más de veinte años que no me sumerjo en el agua. Después de haber estado a punto de ahogarme, hubo varias semanas en las que incluso me resultaba difícil bañarme. Cuando comenzaba a oler mal, mi madre tenía que meterme a la fuerza en la tina.

He cerrado los ojos y he vuelto a echarme agua en la cara. De repente he oído que un coche aminoraba la velocidad en la calle y por un momento mi corazón ha empezado a latir con más fuerza, pero ha vuelto a calmarse cuando el coche ha acelerado de nuevo.

—No viene nadie —he dicho en voz alta—. No hay nada que temer.

Lena todavía no había regresado, pero no tenía ni idea de adónde podía ir a buscarla en este pueblo al mismo tiempo familiar y desconocido. Me he metido en la cama, pero no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía tu rostro azul y pálido y tus labios amoratados. En mi imaginación, éstos retrocedían hasta dejar a la vista las encías y, a pesar de que tenías la boca llena de sangre, no dejabas de sonreír.

—¡Ya basta, Nel! —he dicho otra vez en voz alta, como una loca—. ¡Basta de una vez!

He esperado tu respuesta, pero lo único que he oído ha sido el silencio; un silencio roto por el sonido del agua, el ruido de la casa moviéndose, rechinando y crujiendo por la corriente del río. A oscuras, he buscado a tientas el teléfono celular que descansaba sobre la mesita de noche y he llamado al buzón de voz. «No tiene ningún mensaje nuevo —me ha dicho una voz electrónica—, y tiene siete mensajes guardados.»

El más reciente lo recibí el martes, menos de una semana antes

de que murieras, a la una y media de la madrugada: «Julia, soy yo. Necesito que me llames. Por favor, Julia. Es importante. Necesito que me llames en cuanto puedas, ¿de acuerdo? Yo..., esto..., es importante. Bueno, adiós».

He pulsado el «1» para que el mensaje sonara de nuevo. Y luego he vuelto a hacerlo varias veces más. He escuchado tu voz, no sólo su ronquedad y ese leve pero irritante acento transatlántico. Te he escuchado a *tí*. ¿Qué estabas intentando decirme?

Me dejaste un mensaje en mitad de la noche y yo lo escuché a primera hora de la mañana, dándome la vuelta en la cama al ver el delator resplandor blanco del celular. Escuché tus primeras tres palabras: «Julia, soy yo», y colgué. Estaba cansada, me sentía alicaída y no quería oír tu voz. Escuché el resto más tarde. No me pareció extraño ni tampoco particularmente intrigante. Era una de esas cosas que solías hacer: dejarme mensajes crípticos para despertar mi interés. Lo habías hecho durante años y, cuando volvías a llamarme un mes o dos después, me daba cuenta de que no había ninguna crisis, ningún misterio, ningún gran acontecimiento. Sólo estabas tratando de llamar mi atención. Era un juego.

¿Verdad?

He vuelto a escuchar el mensaje una y otra vez y, ahora que lo hacía como es debido, no podía creer que no me hubiera percatado antes de la ligera falta de aliento de tu voz y de la inusitada suavidad de tu tono. Hablabas con palabras vacilantes, titubeantes.

Tenías miedo.

¿De qué tenías miedo? ¿De *quién* tenías miedo? ¿De la gente de este pueblo, esos que se paran y miran pero no ofrecen sus condolencias, esos que no traen comida ni envían flores? No parece que te extrañen mucho, Nel. ¿O tal vez tenías miedo de tu rara, fría y enojada hija, que no llora por ti e insiste en que te suicidaste, sin pruebas ni motivos?

Me he levantado de la cama y he ido a la habitación de al lado, la que últimamente ocupabas tú. De repente me he sentido como

una niña. De pequeña solía hacer eso, ir a la habitación contigua. Por aquel entonces nuestros padres todavía dormían en ella. Lo hacía las noches en las que tenía miedo, cuando había sufrido una pesadilla después de haber escuchado alguna de tus historias. Abría la puerta de un empujón y me metía.

La atmósfera de la habitación me ha parecido cargada y cálida, y la visión de tu cama sin hacer ha provocado que rompiera a llorar.

Me he sentado en el borde, he tomado tu almohada de lino gris pizarra con un ribete de color rojo sangre y la he abrazado con fuerza mientras recordaba con claridad aquel día en el que entramos las dos por el cumpleaños de mamá. Le habíamos preparado el desayuno porque estaba enferma y estábamos haciendo un esfuerzo para intentar llevarnos bien entre nosotras. Esas treguas nunca duraban mucho: tú te cansabas de tenerme a tu lado y no tardabas en dejar de prestarme atención, de modo que yo terminaba regresando junto a mamá, y entonces te quedabas mirándome con los ojos entornados, desdeñosa y dolida al mismo tiempo.

Yo no te comprendía, pero si por aquel entonces me parecías extraña, en la actualidad me resultabas completamente ajena. Ahora estoy sentada aquí, en tu hogar, entre tus cosas, y es la casa lo que me resulta reconocible, no tú. No te he reconocido desde que éramos adolescentes, desde que tú tenías diecisiete años y yo trece. Desde aquella noche en la que, como un hacha cayendo sobre un trozo de madera, las circunstancias provocaron una amplia y profunda fisura entre ambas.

Pero hasta seis años más tarde no volviste a dejar caer el hacha y nos separamos del todo. Acabábamos de enterrar a mamá, y tú y yo estábamos fumando en el jardín a pesar de ser una fría noche de noviembre. Yo estaba deshecha por el dolor, pero tú habías estado automedicándote desde el desayuno y tenías ganas de hablar. Estabas diciéndome algo sobre un viaje que querías hacer a Noruega, a Preikestolen, un acantilado de seiscientos metros sobre un fiordo,

y yo estaba intentando no escucharte porque sabía de qué iba la cosa y no quería oír nada al respecto. En un momento dado, alguien, un amigo de papá, se dirigió a nosotras:

—¿Están bien ahí fuera, chicas? —nos preguntó arrastrando ligeramente las palabras—. ¿Ahogando las penas?

—Ahogando, ahogando, ahogando... —repetiste. Tú también estabas borracha. Me miraste con los párpados caídos y una extraña luz en los ojos—. Juuulía —dijiste, arrastrando las letras de mi nombre—. ¿Alguna vez piensas en ello?

Pusiste una mano sobre mi brazo y yo lo aparté.

—¿Pensar en qué? —repuse al tiempo que me ponía de pie. Ya no quería estar más tiempo contigo, quería estar sola.

—En aquella noche. ¿Has... hablado alguna vez con alguien sobre ello?

Di un paso para alejarme de ti, pero me tomaste de la mano y la apretaste con fuerza.

—Vamos, Julia... Sé honesta. ¿No hubo alguna parte de ti a la que le gustó?

Después de aquello, dejé de hablarte. Y, según tu hija, en esto consiste que yo me portara fatal contigo. Tú y yo contamos las cosas de forma distinta, ¿verdad?

Dejé de hablar contigo, pero eso no impidió que tú siguieras llamándome. Me dejabas extraños mensajes en los que me hablabas de tu trabajo, de tu hija, de un premio que habías ganado o de un galardón que te habían concedido. Nunca decías dónde estabas o con quién, aunque a veces oía ruidos de fondo, música o tráfico; en alguna ocasión, voces. A veces borraba los mensajes y otras los guardaba. En ocasiones los escuchaba una y otra vez, tantas, que incluso varios años después podía recordar tus palabras exactas.

A veces eras críptica, otras parecías enojada; repetías viejos insultos, retomabas antiguas discusiones largo tiempo olvidadas, desenterrabas agravios pasados. ¡El impulso suicida! Una vez, en el

calor del momento, cansada de tus obsesiones mórbidas, te acusé de tener un impulso suicida y, bueno, ya nunca dejaste de echármelo en cara.

A veces tenías un día sensible y te ponías a hablar de nuestra madre, de nuestra infancia o de la felicidad que habíamos disfrutado y luego perdido. Otras estabas animada, feliz, hiperemocionada. «¡Ven a la Casa del Molino! —me rogabas—. ¡Ven, por favor! Te encantaré. Por favor, Julia, ya es hora de que dejemos todo eso atrás. No seas testaruda. Ya es hora.» Y entonces me enojaba: «¿Ya es hora?». ¿Por qué tenías que ser *tú* quien decidiera cuándo poner punto final a los problemas entre ambas?

Lo único que quería era que me dejaras en paz, olvidarme de Beckford, olvidarte a ti. Me construí una vida propia. Más pequeña que la tuya, claro está (¿cómo iba a ser de otro modo?), pero mía. Buenos amigos, relaciones, un pequeño departamento en un encantador suburbio del norte de Londres. Un empleo de trabajadora social que me proporcionaba una finalidad; un empleo que me consumía y me llenaba, a pesar del bajo sueldo y las largas horas.

Quería que me dejaras en paz, pero no lo hacías. A veces llamabas dos veces al año y, otras, dos al mes, perturbándome, desestabilizándome, desquiciándome. Tal y como siempre habías hecho. Era una versión adulta de los juegos a los que solías jugar de pequeña. Y, mientras tanto, yo no dejaba de esperar esa llamada a la que sí podría responder, la llamada en la que me explicarías por qué te habías comportado como lo hiciste cuando éramos jóvenes, la llamada en la que me dijeras cómo podías haberme hecho ese daño o por qué no habías hecho nada mientras me hacían daño. Una parte de mí quería tener una conversación contigo, pero no antes de que me dijeras que lo sentías, no antes de que suplicas mi perdón. Sin embargo, tu disculpa nunca llegó, y todavía estoy esperando.

He abierto el cajón superior de la mesita de noche. Había pos-

tales sin escribir —fotografías de lugares en los que habías estado, quizá—, condones, lubricante y un anticuado encendedor de plata con las iniciales «LS» grabadas en un lado. «LS.» ¿Un amante? He vuelto a mirar alrededor de la habitación y me he dado cuenta de que en esta casa no hay fotografías de hombres. Ni aquí arriba ni en la planta baja. Incluso los cuadros son prácticamente todos de mujeres. Y cuando me dejabas mensajes hablabas de tu trabajo, de la casa y de Lena, pero nunca mencionaste a ningún hombre. Los hombres jamás parecieron ser importantes para ti.

Aunque hubo uno, ¿verdad? Hace mucho tiempo hubo un chico que sí fue importante para ti. Cuando eras adolescente, solías escaparte de casa por las noches, descendías por la ventana del cuarto de lavado hasta la orilla del río y, llenándote de lodo hasta los tobillos, rodeabas la casa y subías hasta llegar a la carretera, donde estaba esperándote él. Robbie.

Pensar en Robbie, en ti y en él, ha sido como recorrer a toda velocidad el puente peraltado: mareante. Robbie era alto, corpulento y rubio, con una perpetua mueca burlona en los labios. Tenía un modo de mirar a las chicas que las desarmaba por completo. Robbie Cannon. El macho alfa, el líder, con ese olor a lince y a sexo, brutal y malvado. Tú decías que lo querías, aunque a mí nunca me pareció amor. Tú y él estaban o bien uno encima del otro o bien insultándose, no había término medio. Entre ustedes jamás había paz. No recuerdo muchas risas. Pero sí tengo el recuerdo claro de verlos a ambos tumbados en la orilla de la poza, con las extremidades entrelazadas, los pies en el agua, él encima de ti, hundiendo tus hombros en la arena.

Algo en esa imagen me ha sacudido, me ha hecho sentir algo que no había sentido desde hacía mucho. Vergüenza. La sucia y secreta vergüenza del *voyeur*, mezclada con algo más, algo que no he podido ni he querido identificar. He intentado apartar la imagen de mí, pero he recordado que ésa no fue la única ocasión que lo vi contigo.

De repente me he sentido incómoda, así que me he levantado de tu cama y he comenzado a deambular por la habitación, mirando las fotografías. Están por todas partes. Por supuesto. En la cómoda he encontrado algunas enmarcadas en las que sales tú, bronceada y sonriendo, en Tokio y Buenos Aires, de vacaciones esquiando y en playas, con tu hija en brazos. En las paredes, reproducciones enmarcadas de portadas de revistas que fotografiaste tú, una historia en *The New York Times*, los premios que recibiste. Aquí están: todas las pruebas de tu éxito, las pruebas de que me superaste en todo. Trabajo, belleza, hijos, vida. Y ahora has vuelto a superarme. Incluso en esto ganas.

Una fotografía ha hecho que me detuviera de golpe. En ella aparecen tú y Lena. Ésta ya no era un bebé, sino una niña pequeña de unos cinco o seis años, o quizá mayor, nunca sé determinar la edad de los niños. Está sonriendo, mostrando sus pequeños dientes blancos, y hay algo raro en ella, algo que ha hecho que se me erizara el vello; algo en sus ojos, en la expresión de su rostro, le da la apariencia de un depredador.

La reaparición de un antiguo miedo ha hecho que empezara a sentir el pulso en el cuello. Me he acostado en la cama y he intentado no escuchar el agua, pero incluso con las ventanas cerradas y estando en el piso de arriba, su sonido era ineludible. Podía notar cómo hacía presión contra las paredes y se filtraba por las grietas del enladrillado, anegándolo todo. Podía saborearla, turbia y sucia en mi boca, humedeciendo mi piel.

En algún lugar de la casa me ha parecido oír que alguien reía, y sonaba exactamente como tú.

AGOSTO DE 1993

Jules

Mamá me compró un traje de baño nuevo, uno anticuado con un estampado de cuadros azules y blancos. Se suponía que tenía un aire a lo años cincuenta, algo así como el tipo de traje de baño que podría haber llevado Marilyn. Yo estaba gorda y pálida y no me parecía precisamente a Norma Jean, pero me lo puse de todos modos porque mamá se había tomado muchas molestias para encontrarlo. No era fácil encontrar un traje de baño para mí.

Me puse unos *shorts* azules y una camiseta blanca extralarga encima del traje de baño. Cuando Nel bajó para almorzar con sus pantalones de mezclilla cortados y un bikini anudado al cuello, me miró y dijo:

—¿Acaso vas a venir al río esta tarde? —en un tono que dejaba claro que no quería que lo hiciera, y luego vio a mamá y añadió—: Yo no pienso cuidarla, ¿de acuerdo? Voy allí para estar con mis amigos.

—Sé buena, Nel —le dijo mamá.

Para entonces, mamá estaba en remisión, y tan frágil que una brisa un poco fuerte podía tumbarla. Su piel aceitunada se había amarilleado como el papel viejo, y Nel y yo teníamos estrictas instrucciones de nuestro padre de que debíamos Llevarnos Bien.

Parte de Llevarnos Bien consistía en Hacer Cosas Juntas, de modo que, sí, iría al río. Todo el mundo lo hacía. En realidad, era lo único que se podía hacer. Beckford no era como la playa, no ha-

bía parque de atracciones, ni salón de juegos recreativos, ni siquiera una pista de minigolf. Estaba el agua: eso era todo.

Pasadas unas pocas semanas del verano, una vez que las rutinas se habían establecido, una vez que todo el mundo había averiguado a qué lugar pertenecía y con quién encajaba, una vez que los foráneos y los locales habían tenido tiempo de relacionarse y se habían entablado amistades y enemistades, la gente comenzaba a juntarse en grupos a lo largo de la orilla del río. Los más jóvenes solían ir a nadar al sur de la Casa del Molino, donde la corriente era más lenta y se podía pescar. Los chicos malos acudían a la casita de campo de los Ward, donde tomaban drogas, mantenían relaciones sexuales y jugaban con tablas de ouija para intentar contactar con espíritus enojados. (Nel me contó que, si una se fijaba bien, todavía podía encontrar restos de la sangre de Robert Ward en las paredes.) La mayoría de la gente, sin embargo, se juntaba en la Poza de las Ahogadas. Ahí los chicos saltaban de las rocas, las chicas tomaban el sol, se oía música y se hacían asados. Alguien siempre traía cervezas.

Yo habría preferido quedarme en casa, bajo techo, lejos del sol. Habría preferido tumbarme en la cama a leer, o jugar a las cartas con mamá, pero no quería que ella se preocupara por mí, pues tenía cosas más importantes por las que hacerlo. Deseaba demostrarle que podía ser sociable, que podía hacer amigos. Que podía encajar.

Sabía que Nel no querría que fuera. En lo que a ella respectaba, cuanto más tiempo pasara yo en casa, mejor, pues menos probable sería que me vieran sus amigos; yo era el ser amorfo que la avergonzaba: *Julia*, la niña gorda, fea y rarita. No estaba cómoda en mi compañía, y siempre caminaba unos pocos pasos por delante de mí o diez por detrás; su incomodidad cuando yo estaba cerca era suficientemente obvia para llamar la atención. Una vez que las dos salimos de la tienda del pueblo juntas, oí que uno de los chicos locales decía:

—Debe de ser adoptada. Es imposible que esa zorra gorda sea la hermana de Nel Abbott. —Luego se rieron y yo busqué consuelo en la mirada de mi hermana, pero lo único que encontré fue vergüenza.

Aquel día fui al río sola. Llevé una bolsa con una toalla y un libro, una lata de Coca-Cola *light* y dos barritas de chocolate Snickers, por si me entraba hambre entre el almuerzo y la cena. Me dolían el estómago y la espalda. Quería dar media vuelta y regresar a la privacidad de mi pequeña, fresca y oscura habitación, donde podría estar sola. Sin que me viera nadie.

Los amigos de Nel llegaron justo después de mí. Habían colonizado la playa, esa orilla arenosa con forma de media luna. Era el mejor lugar para sentarse, pues estaba inclinada y podías estar acostada con los pies en el agua. En ella había tres chicas, dos locales y una llamada Jenny que era de Edimburgo y tenía una preciosa piel marfileña y el pelo oscuro cortado por encima de los hombros. Aunque era escocesa, no tenía ningún acento y los chicos se morían por ligársela porque corría el rumor de que todavía era virgen.

Todos los chicos salvo Robbie, claro está, pues él sólo tenía ojos para Nel. Se habían conocido dos años antes, cuando él tenía diecisiete y ella quince, y ahora su relación veraniega era estable, si bien tenían permitido salir con otras personas el resto del año, porque no era realista esperar que él fuera fiel cuando ella no estaba cerca. Robbie medía uno ochenta y cinco, era guapo y popular, jugaba mucho al rugby y su familia tenía dinero.

Cuando Nel había estado con Robbie, a veces regresaba a casa con moretones en las muñecas o en lo alto del brazo. Cuando le preguntaba cómo se los había hecho, ella se reía y me decía que cómo creía yo. Robbie me provocaba una extraña sensación en el estómago y no podía evitar quedarme mirándolo fijamente cada vez que estaba cerca. Trataba de no hacerlo, pero no podía evitarlo. En un momento dado, se dio cuenta y comenzó a mirarme fija-

mente él a mí. Él y Nel bromeaban al respecto y, a veces, al fijar la vista en mí, él se relamía y se reía.

Los chicos también estaban en la poza, pero en el otro lado. Nadaban, trepaban por las rocas, se empujaban al agua, reían y soltaban groserías y se llamaban maricas unos a otros. Así parecía ser siempre: las chicas se sentaban a esperar y los chicos hacían tonterías hasta que se aburrían e iban a hacer cosas con ellas (que a veces se resistían y otras, no). Todas las chicas salvo Nel, que no tenía miedo de tirarse de cabeza al agua y mojarse el pelo, que disfrutaba de la dureza y la agresividad de los juegos de los chicos, que se las arreglaba para ser al mismo tiempo uno más de ellos y el máximo objeto de su deseo.

Yo no me junté con los amigos de Nel, claro está. Extendí mi toalla bajo los árboles y me acomodé encima sola. A cierta distancia de mí había otro grupo de chicas más jóvenes, más o menos de mi edad, y reconocí a una de ellas de veranos anteriores. Ella me dirigió una sonrisa y yo se la devolví. Cuando la saludé con la mano, sin embargo, apartó la mirada.

Hacía calor y me entraron ganas de ir al agua. Podía imaginar exactamente cómo sería sentirla en la piel, suave y limpia, así como el chapoteo del cieno bajo mis pies o la cálida luz anaranjada en mis párpados al flotar boca arriba. Me quité la camiseta, pero aquello no fue suficiente para mitigar el calor. Me di cuenta de que Jenny me miraba, arrugaba la nariz y luego bajaba los ojos porque sabía que había visto su expresión de asco.

Les di la espalda, me acosté de lado y abrí mi libro. Estaba leyendo *El secreto*. Me moría por tener un grupo de amigos como el del libro, tan estrechamente unido, cerrado y brillante. Quería tener a alguien a quien seguir, alguien que me protegiera, alguien destacable por su cerebro, no por sus largas piernas. También sabía, sin embargo, que, si había personas así por los alrededores o en Londres, no querrían ser amigas mías. Yo no era idiota, pero tampoco brillante.

Nel sí.

Ella vino al río a media tarde. Oí cómo llamaba a sus amigos y los chicos la llamaban a ella desde lo alto del acantilado, sentados en el borde, balanceando las piernas y fumando cigarrillos. Eché un vistazo por encima del hombro y vi cómo se quedaba en traje de baño y se metía poco a poco en el agua, dejando que ésta salpicara su cuerpo y disfrutando de la atención que despertaba.

Los chicos descendieron el acantilado a través de la arboleda. Yo me recosté boca abajo y mantuve la cabeza agachada y los ojos fijos en la página que estaba leyendo, a pesar de que veía borrosas las letras. Deseé no haber ido, deseé que nadie reparara en mí, pero no había nada que pudiera hacer sin llamar la atención, literalmente nada. Mi corpulencia blanca y carente de forma no pasaba desapercibida en ninguna parte.

Los chicos tenían una pelota de fútbol y comenzaron a jugar con ella. Podía oír cómo se la pedían entre sí, el chapoteo de la pelota al caer en el agua o las risas de las chicas al ser salpicadas. Y, de repente, noté el doloroso impacto de la pelota en el muslo. Todos se echaron a reír. Robbie levantó la mano y vino corriendo hacia mí para recogerla.

—Lo siento, lo siento —dijo al acercarse a mí con una amplia sonrisa—. Lo siento, Julia, no quería darte.

Recogió la pelota y vi cómo miraba la marca roja y embarrada en mi carne, pálida y marmórea como la grasa fría de un animal. Alguien dijo algo sobre una gran diana, sí, algo como que era más fácil darle a mi trasero que meterlo por la puerta de un granero.

Volví a mi libro. Al poco, la pelota alcanzó un árbol que estaba a sólo unos metros.

—Lo siento —exclamó alguien.

Yo los ignoré, pero volvió a suceder. Y luego otra vez. Me di la vuelta. Estaban apuntándome a mí. Prácticas de tiro. Las chicas se morían de risa, y las carcajadas de Nel eran las más altas de todas.

Me incorporé e intenté decirles que pararan.

—Sí, está bien. Muy divertido. Ahora ya pueden parar. ¡Vamos! ¡Ya basta! —exclamé, pero otro le dio una patada a la pelota y ésta salió disparada hacia mí.

Extendí los brazos para protegerme la cara y el balón me golpeó en la carne. Fue un impacto fuerte y doloroso. Noté que las lágrimas acudían a mis ojos y me puse de pie. Las otras chicas, las más jóvenes, también estaban mirando. Una de ellas se había llevado una mano a la boca.

—¡Ya basta! —gritó—. Le han hecho daño. Está sangrando.

Yo bajé la mirada. Tenía sangre en la pierna. Un hilo recorría el interior del muslo en dirección a la rodilla. No era eso, lo supe de inmediato, no me habían hecho daño. Los calambres en el estómago, el dolor de espalda..., y durante toda la semana me había sentido más abatida de lo habitual. Estaba sangrando, y no un poco, sino de forma abundante: tenía los *shorts* empapados. Todos estaban observándome fijamente. Las chicas dejaron de reír y comenzaron a mirarse entre sí con la boca abierta, a medio camino entre el espanto y la risa. Advertí que Nel también me estaba observando y entonces apartó la vista. Casi noté cómo se encogía. Se sentía abochornada. Avergonzada de mí. Me apresuré a ponerme la camiseta, me coloqué la toalla alrededor de la cintura y me marché cojeando torpemente por el sendero. Mientras me alejaba, pude oír cómo los chicos volvían a reírse.

Esa noche, fui a nadar. Tarde. Mucho, mucho más tarde. Antes de eso, estuve bebiendo. Mi primera experiencia con el alcohol. Y también pasaron otras cosas. Robbie vino a buscarme y se disculpó por la forma en la que él y sus amigos se habían comportado. Me dijo cuánto lo sentía, y luego colocó un brazo alrededor de mis hombros y añadió que no tenía por qué sentirme avergonzada.

De todos modos, más tarde fui a la Poza de las Ahogadas, y Nel me sacó a rastras del agua. Me llevó a la orilla, me puso de pie y me dio una fuerte bofetada.

—Maldita zorra gorda y estúpida..., ¿se puede saber qué estabas haciendo? ¿Qué demonios estás intentando hacer?

2015

MIÉRCOLES, 12 DE AGOSTO

Patrick

La casita de campo de los Ward no era propiedad de los Ward desde hacía casi cien años, y tampoco de Patrick. En realidad, ya no parecía ser propiedad de nadie. Patrick suponía que probablemente pertenecía al ayuntamiento local, si bien nadie la había reclamado. En cualquier caso, él tenía una llave, de modo que se sentía algo dueño de la misma. Pagaba las pequeñas facturas de electricidad y de gas, y unos pocos años antes él mismo había puesto una puerta con cerrojo después de que unos vándalos echaran abajo la vieja. Ahora sólo él y su hijo Sean tenían llaves, de modo que el lugar estuviera limpio y ordenado.

Sólo que a veces no echaba el cerrojo y, en realidad, ya nunca estaba seguro de si lo había echado o no. Ese último año había comenzado a sentir cada vez más momentos de confusión en los que lo acometía un pánico tan atroz que se negaba a enfrentarlo. A veces olvidaba palabras o nombres y le llevaba un largo rato recordarlos. Viejos recuerdos ferozmente vivaces y perturbadoramente ruidosos volvían a salir a la superficie y rompían la paz de sus pensamientos, veía sombras moviéndose con el rabillo del ojo.

Patrick iba río arriba cada día, ya formaba parte de su rutina: se levantaba temprano, recorría casi cinco kilómetros por la ribera hasta la casita de los Ward y a veces se quedaba ahí pescando durante una o dos horas. Eso lo hacía menos en los últimos tiempos. No era sólo que además estuviera cansado o que le dolieran las piernas, sino que carecía de la voluntad necesaria. Había dejado de

obtener placer de cosas que antes se lo proporcionaban. Pero todavía le gustaba ir a comprobar cómo estaba todo y, cuando no le dolían las piernas, hacía el camino de ida y vuelta en un par de horas. Esta mañana, sin embargo, se ha despertado con la pantorrilla izquierda hinchada y adolorida, y la sorda palpitación que sentía en la vena era persistente como un reloj. Así pues, ha decidido ir en coche.

Se ha levantado de la cama, se ha bañado, se ha vestido y, de repente, ha recordado con cierta irritación que tenía el coche en el taller. Se había olvidado por completo de recogerlo el día anterior. Mascullando para sí, ha cruzado cojeando el patio para preguntarle a su nuera si podía prestarle el suyo.

La esposa de Sean, Helen, estaba en la cocina limpiando el suelo. En época de clases, a esas horas ya habría salido de casa: es la directora de la escuela y siempre se asegura de estar sentada en su oficina a las siete y media cada mañana. Pero ni siquiera durante las vacaciones escolares es de las que se quedan en la cama hasta tarde. No forma parte de su naturaleza ser ociosa.

—Te has levantado temprano —ha dicho Patrick al entrar en la cocina, y ella ha sonreído.

A causa de las arrugas de sus ojos y las mechas grises que salpicaban su corto pelo castaño, Helen parecía mayor de los treinta y seis años que tiene. Mayor y más cansada de lo que debería, ha pensado Patrick.

—No podía dormir —ha respondido ella.

—¡Oh, lo siento, querida!

Helen se ha encogido de hombros.

—¿Qué se le va a hacer? —Ha dejado el trapeador en el cubo y lo ha apoyado en la pared—. ¿Quieres que te prepare una taza de café, papá? —Así era como lo llamaba últimamente. Al principio, a Patrick ese trato afectuoso le había resultado extraño, pero ahora le gustaba; el tono de su voz al pronunciar la palabra lo enternecía. Él le ha contestado que se llevaría algo de café en un

termo y le ha explicado que quería ir río arriba—. No te acercaras a la poza, ¿verdad? —le ha preguntado ella—. ¿Sólo yo creo...?

Él ha negado con la cabeza.

—No. Claro que no. —Se ha quedado callado—. ¿Cómo lleva Sean el asunto?

Ella se ha encogido de hombros de nuevo.

—Ya sabes. No habla mucho del tema.

Sean y Helen vivían en la casa que antaño Patrick había compartido con su esposa. Cuando ésta murió, Sean y Patrick vivieron juntos en ella. Mucho después, tras el matrimonio de Sean, reformaron el viejo granero que había al otro lado del patio y Patrick se mudó allí. Sean protestó argumentando que él y Helen eran quienes debían hacerlo, pero Patrick no les hizo caso. Quería que estuvieran en su antigua casa, le gustaba la sensación de continuidad, la idea de que los tres formaran su propia pequeña comunidad, una que era parte del pueblo, pero también un grupo aparte.

Cuando ha llegado a la casita de los Ward, Patrick se ha dado cuenta de inmediato de que alguien había estado allí. Las cortinas estaban corridas y habían dejado la puerta de entrada ligeramente entreabierta. En el interior, ha encontrado la cama sin hacer. En el suelo había vasos vacíos con restos de vino y un condón flotaba en el escusado. En un cenicero había colillas de cigarrillos de tabaco de liar. Ha tomado una y la ha oído en busca del olor de la marihuana, pero sólo ha percibido el de la ceniza. También había otras cosas, restos de ropa y baratijas: un calcetín azul, un collar de cuentas. Lo ha recogido todo y lo ha metido en una bolsa de plástico. Ha quitado las sábanas de la cama, ha lavado los vasos en el fregadero, ha tirado las colillas en el bote de la basura y ha cerrado con cuidado la puerta tras de sí. Lo ha llevado todo al coche y

ha dejado las sábanas en el asiento trasero, la basura en la cajuela y las baratijas en la guantera.

Ha cerrado el coche con llave y se ha dirigido hacia la orilla del río, encendiéndose un cigarrillo de camino. La pierna le dolía y, al inhalar, ha notado la tensión en el pecho y el humo caliente en el fondo de la garganta. Ha tosido imaginando que podía sentir el escozor acre en sus cansados y ennegrecidos pulmones. De pronto, se ha sentido muy triste. Esos estados de ánimo lo acometían de vez en cuando y lo torturaban con una fuerza tal que de repente se encontraba a sí mismo deseando que todo llegara a su fin. Todo. Ha echado un vistazo al río y se ha sorbido la nariz. Nunca ha sido uno de esos que ceden a la tentación de rendirse y se sumergen en el agua para que todo desaparezca, pero es lo suficientemente honesto para admitir que a veces incluso él siente el atractivo del olvido.

Para cuando ha regresado a casa, ya era media mañana y el sol estaba en lo alto del cielo. En el patio, Patrick ha divisado a la gata callejera a la que Helen había estado dando de comer. Se movía perezosamente en dirección a la mata de romero que había debajo de la ventana de la cocina. Ha advertido que tenía el lomo un tanto arqueado y el vientre hinchado. Estaba preñada. Tendría que hacer algo al respecto.

JUEVES, 13 DE AGOSTO

Erin

Los vecinos de mierda que tengo en el departamento de mierda que he alquilado temporalmente en Newcastle estaban teniendo la madre de todas las discusiones a las cuatro de la madrugada, de modo que he decidido levantarme e ir a correr. Cuando ya estaba vestida y preparada, he pensado: «¿Por qué salir a correr aquí cuando puedo hacerlo allí?». Así que he conducido hasta Beckford, me he estacionado delante de la iglesia y me he dirigido al sendero del río.

Al principio ha sido duro. Tras dejar atrás la poza, hay que subir la colina y luego bajar la pendiente por el otro lado, pero después de eso el terreno se vuelve mucho más llano y es ideal para correr: fresco —a esa hora todavía no aprieta el calor del verano—, tranquilo, pintoresco y sin ciclistas, a años luz del trayecto que hacía junto al Regent's Canal de Londres, esquivando bicis y turistas todo el rato.

Unos pocos kilómetros río arriba, el valle se ensanchaba y se extendía hasta la colina verde de enfrente, en la que se podían distinguir las ovejas pastando. He corrido por un terreno llano con pequeños guijarros, árido salvo por unos pocos tramos con hierba y la omnipresente aulaga. Avanzaba rápido y con la cabeza agachada hasta que, cuando llevaba más o menos un kilómetro y medio, he llegado a una pequeña casita de campo un tanto apartada de la orilla del río y con un grupo de abedules en la parte trasera.

He aminorado la marcha para recobrar el aliento y me he dirigido al edificio a echar un vistazo. Era un lugar solitario, en apa-

riencia desocupado, pero no abandonado. Había cortinas, parcialmente corridas, y las ventanas estaban limpias. He echado un vistazo dentro y he visto una pequeña estancia amueblada con dos sillones verdes y una mesita entre ambos. He intentado abrir la puerta, pero estaba cerrada, de modo que me he sentado a la sombra del escalón de la entrada y le he dado un trago a la botella de agua que llevaba encima. Estirando los músculos de las piernas y flexionando los tobillos, he esperado que mis pulsaciones y mi respiración se normalizaran. En la base del marco de la puerta, he visto que alguien había grabado un mensaje: «Annie *la loca* estuvo aquí», y una pequeña calavera al lado.

Unos cuervos peleaban en los árboles que había detrás de la casita, pero aparte de eso y del ocasional balido de alguna oveja, el valle estaba en calma y la paz era absoluta. Me considero a mí misma una chica de ciudad de la cabeza a los pies, pero este sitio —a pesar de lo raro que es— termina por enamorarte.

El inspector Townsend ha convocado la reunión informativa para poco después de las nueve. No éramos muchos: un par de agentes uniformados que han estado ayudando con los interrogatorios a los vecinos, la joven agente Callie, Velludo, el de la policía científica y yo. Townsend estuvo presente en la autopsia realizada por el forense y nos ha puesto al día, si bien la mayoría de los datos eran de esperar. Nel murió a causa de las heridas sufridas en la caída. No había agua en los pulmones (no se ahogó, sino que murió al impactar con el agua). Y no tenía heridas que no pudieran ser explicadas por la caída (ni arañazos ni moretones que parecieran fuera de lugar o que sugirieran que alguien más había estado implicado). También tenía una cantidad importante de alcohol en la sangre (equivalente a unos tres o cuatro vasos).

Callie nos ha puesto al día sobre los interrogatorios a los vecinos, aunque tampoco había muchas cosas que contar. Sabemos que Nel estuvo en el pub brevemente el domingo por la tarde y que se marchó del mismo sobre las siete. También que estuvo en la

Casa del Molino al menos hasta las diez y media, hora a la que Lena se fue a la cama. Nadie la había visto después de eso. Tampoco nadie la había visto involucrada en ningún altercado los últimos días, aunque está ampliamente aceptado que no caía muy bien. A los locales no les gustaba la actitud de esa forastera que se comportaba como si tuviera derecho a instalarse en su pueblo para contar su historia. ¿Quién se había creído que era?

Velludo había estado revisando la cuenta de correo electrónico de Nel. Al parecer, ésta había abierto una dedicada en exclusiva a su proyecto para que la gente le enviara sus historias. En general, sólo había recibido insultos.

—Lo cierto es que tampoco se trata de cosas peores de lo que muchas mujeres tienen que soportar en internet en circunstancias normales —ha dicho encogiéndose de hombros con aire de disculpa, como si él fuera responsable de todos los idiotas misóginos que abundan en el ciberespacio—. Seguiremos investigando los correos, claro, pero...

El resto del testimonio de Velludo, sin embargo, ha resultado ser bastante interesante. Para empezar, ha demostrado que Julia Abbott nos había mentido: el teléfono de Nel seguía desaparecido, pero el registro telefónico de las llamadas que había realizado indicaba que, si bien no usaba a menudo el celular, sí había hecho once llamadas al teléfono de su hermana en los últimos tres meses. La mayoría habían durado menos de un minuto, a veces, dos o tres; ninguna de las llamadas era, pues, particularmente larga, pero tampoco había colgado de inmediato.

Velludo también había conseguido determinar la hora de la muerte. La cámara escondida entre las rocas de la orilla —la que no había sufrido daños— había registrado algo. Nada gráfico ni revelador, sólo un movimiento borroso en la oscuridad seguido de un chapoteo. Según esa imagen, las 2:31 de la madrugada era la hora a la que Nel había caído al agua.

Pero Velludo se ha guardado lo mejor para el final.

—Hemos conseguido obtener una huella del estuche de la otra cámara, la que está dañada —ha dicho—. No coincide con la de nadie que tengamos registrado, pero tal vez podríamos pedirles a los habitantes del pueblo que fueran pasándose por la comisaría para que pudieran descartarse a sí mismos.

Townsend ha asentido despacio.

—Sé que esa cámara ya había sufrido algunos daños en el pasado —ha proseguido Velludo encogiéndose de hombros—, de modo que es probable que no obtengamos nada concluyente, pero...

—Aun así, a ver qué averigua. Lo dejo en sus manos —ha dicho Townsend, mirándome a mí—. Yo hablaré con Julia Abbott sobre esas llamadas. —Luego se ha puesto de pie y ha cruzado los brazos y bajado la barbilla—. He de informarles que esta mañana he recibido una llamada de la comisaría provincial. —Ha suspirado profundamente y los demás hemos intercambiado miradas. Sabíamos lo que venía a continuación—. Teniendo en cuenta los resultados de la autopsia y la ausencia de pruebas físicas sobre la posibilidad de que hubiera algún tipo de altercado en ese acantilado, estamos obligados a no «malgastar recursos» —ha pronunciado esas palabras dibujando unas comillas con los dedos en el aire— investigando lo que casi con seguridad sea un suicidio o una muerte accidental. Soy consciente de que todavía queda mucho trabajo por hacer, pero tendremos que hacerlo con rapidez y eficacia. No vamos a poder dedicarle mucho tiempo a esto.

No ha sido exactamente una sorpresa. He pensado en la conversación que tuve con él el día en que me incluyeron en el caso: «Lo más seguro es que se haya tirado». Todo eran precipitaciones, pues; bien de acantilados, bien a la hora de extraer conclusiones. Algo previsible, teniendo en cuenta la historia del lugar.

Aun así, no me gustaba. No me gustaba nada que se hubieran encontrado dos mujeres en el agua en el transcurso de unos pocos meses y que encima se conocieran entre sí. Estaban conectadas, tanto geográfica como personalmente. Por ejemplo, a través de

Lena, que era la mejor amiga de una y la hija de la otra. Ella había sido la última persona que había visto a su madre viva y era la primera en insistir en que todo eso —no sólo la muerte de su madre, sino también el misterio que la rodeaba— era lo que «ella había querido». Qué comentario más extraño para una adolescente.

Se lo he comentado al inspector al salir de la comisaría y él me ha mirado de forma amenazante.

—Sólo Dios sabe qué debe de estar pasando por la cabeza de esa chica —ha dicho—. Estará intentando encontrarle algún sentido. Estará... —Se ha interrumpido de golpe.

Una mujer venía en nuestra dirección diciendo algo para sí. En realidad, más que caminar parecía que fuera arrastrando los pies. Vestía un abrigo negro a pesar del calor y llevaba el pelo gris con mechas de color púrpura y las uñas pintadas con esmalte oscuro. Parecía una gótica entrada en años.

—Buenos días, Nickie —ha dicho Townsend.

La mujer ha levantado la vista hacia él y luego me ha mirado a mí entornando unos ojos enmarcados por unas prominentes cejas.

—*Mmpf* —ha murmurado, presumiblemente a modo de saludo—. ¿Has averiguado algo?

—¿Averiguado algo sobre qué, Nickie?

—¡Sobre quién lo ha hecho! —ha farfullado la mujer—. ¡Sobre quién la empujó!

—¿Quién la empujó? —he repetido yo—. ¿Se refiere a Danielle Abbott? ¿Acaso tiene información que pueda sernos de utilidad, señora...?

Ella me ha fulminado con la mirada y luego se ha dirigido a Townsend.

—¿Quién demonios es ésta? —le ha preguntado al inspector señalándome con el pulgar.

—Es la sargento Morgan —ha dicho él con serenidad—. ¿Hay algo que quieras contarnos sobre la otra noche, Nickie?

Ella ha vuelto a murmurar algo.

—No vi nada —ha respondido entre gruñidos—. E incluso si lo hubiera hecho, ustedes tampoco me escucharían, ¿verdad?

Luego ha seguido adelante calle abajo, arrastrando los pies y sin dejar de murmurar.

—¿De qué se trata todo esto? —le he preguntado al inspector—. ¿Es alguien con quien debamos hablar de forma oficial?

—Yo no me tomaría muy en serio a Nickie Sage —ha contestado él negando con la cabeza—. No es alguien precisamente fiable.

—¿Y eso?

—Dice que es médium, que puede hablar con los muertos. Tuvimos algunos problemas con ella en el pasado, fraude y cosas así. También asegura descender de una mujer que fue asesinada aquí por unos cazadores de brujas —ha añadido con sequedad—. Está loca de atar.

Jules

Estaba en la cocina cuando ha sonado el timbre de la puerta. He mirado por la ventana y he visto al inspector ese, Townsend, de pie en los escalones de la entrada, con la mirada levantada hacia las ventanas. Lena ha llegado al vestíbulo antes que yo, ha abierto y ha dicho: —Hola, Sean.

Townsend ha entrado en la casa rozando el delgado cuerpo de Lena y mirando (es imposible que no lo haya hecho) los pantalones de mezclilla cortados y la camiseta de la lengua de los Rolling Stones que llevaba. Luego ha extendido la mano hacia mí y yo se la he estrechado. Tenía la palma seca, pero he percibido un brillo poco saludable en su piel, y bajo sus ojos eran visibles unas oscuras ojeras. Lena se le ha quedado mirando con los párpados entornados, se ha llevado los dedos a la boca y ha comenzado a morderse las uñas.

Yo lo he guiado a la cocina y Lena ha venido detrás de nosotros. El inspector y yo nos hemos sentado a la mesa y ella se ha apoyado en la barra. Ha cruzado un tobillo sobre el otro. Luego ha cambiado la pierna sobre la que había apoyado el peso del cuerpo y ha vuelto a cruzarlos.

Townsend no la ha mirado. Ha tosido y se ha frotado la muñeca con la palma de la otra mano.

—La autopsia ya ha terminado —ha dicho en un tono de voz bajo. Ha mirado a Lena y luego a mí—. Nel murió a causa del impacto de la caída. No hay ninguna indicación de que nadie más estuviera implicado. Hemos encontrado algo de alcohol en su

sangre... —ha bajado todavía más el volumen de su voz—, suficiente para mermar sus capacidades y que su paso fuera inestable.

Lena ha hecho un ruido. Un largo y estremecedor suspiro. El inspector ha bajado la mirada a las manos, que había cruzado ante sí en la mesa.

—Pero... Nel caminaba por ese acantilado con el paso seguro de una cabra —he dicho—. Y podía beberse unos pocos vasos de vino sin que le afectaran. De hecho, podría haberse terminado una botella y...

Él ha asentido.

—Tal vez. Pero esa noche, allí arriba...

—No fue un accidente —ha dicho Lena bruscamente.

—No se suicidó —he replicado yo.

Ella me ha mirado con los ojos entornados y una mueca en los labios.

—¿Y *tú* qué sabes? —me ha preguntado, y luego se ha dirigido al inspector—. ¿Sabes que Julia te mintió? Les dijo que no tenía ningún contacto con mi madre, pero mamá intentó llamarla no sé ni cuántas veces. Ella nunca contestaba, ella nunca le devolvió las llamadas y ella nunca... —Se ha quedado callada, mirándome—. Ella es... ¿Se puede saber por qué estás aquí? No quiero que estés aquí.

Luego se ha marchado de la cocina cerrando la puerta con un fuerte golpe. Un instante después también se ha oído un portazo en su habitación.

El inspector Townsend y yo hemos permanecido un momento sentados en silencio. He esperado que me preguntara por las llamadas, pero no ha dicho nada; tenía los ojos cerrados y su rostro continuaba inexpresivo.

—¿No le extraña lo convencida que está de que Nel lo hizo a propósito? —he dicho yo al fin.

Él ha volteado a verme con la cabeza ligeramente ladeada, pero ha seguido sin decir nada.

—¿No tienen ningún sospechoso en la investigación? Es decir..., no parece que a nadie le importe que haya muerto.

—¿Y a usted sí? —ha dicho él con serenidad.

—¿Qué clase de pregunta es ésta? —He notado que mi rostro comenzaba a sonrojarse. Sabía lo que venía a continuación.

—Señorita Abbott —ha dicho—. Julia.

—Jules. Me llamo Jules. —Estaba retrasando lo inevitable.

—Jules —ha repetido, y se ha aclarado la garganta—. Tal y como Lena acaba de mencionar, aunque usted nos dijo que no había tenido ningún contacto con su hermana en años, los registros telefónicos del celular de Nel nos han revelado que, sólo en los últimos tres meses, ella hizo once llamadas a su teléfono. —Yo he apartado la mirada con el rostro sonrojado por la vergüenza—. Once llamadas. ¿Por qué nos mintió?

(«Siempre está mintiendo —has murmurado en un tono amenazante—. Siempre. Siempre contando cuentos.»)

—No les *mentí* —he replicado—. Nunca hablé con ella. Es lo que ha dicho Lena: ella me dejaba mensajes, pero yo nunca respondía, de modo que no les mentí —he repetido, si bien incluso a mí misma me ha parecido una explicación débil, poco convincente—. Mire, no puede pedirme que se lo explique, porque es imposible que un desconocido pueda comprenderlo. Nel y yo teníamos problemas desde hacía años, pero eso no tiene nada que ver con su muerte.

—¿Cómo puede saberlo? —ha preguntado Townsend—. Si no hablaba con ella, ¿cómo puede saber con qué tiene que ver su muerte?

—Yo sólo... Tome —he dicho, ofreciéndole mi celular—. Tómelo. Escuche usted mismo sus mensajes.

Me temblaban las manos y, cuando el inspector ha extendido un brazo para agarrar mi teléfono, he visto que las suyas también. Ha escuchado tu último mensaje.

—¿Por qué no le devolvía las llamadas? —me ha preguntado entonces con algo parecido a la decepción en el rostro—. Parecía alterada, ¿no cree?

—No, yo... No lo sé. Parecía... Nel. Unas veces estaba feliz, otras triste, algunas enojada, en más de una ocasión había bebido más de la cuenta... Todo eso no quería decir nada. Usted no la conocía.

—¿Guarda los mensajes de las otras llamadas que le hizo? —me ha preguntado entonces, endureciendo ligeramente el tono.

No los guardaba. No todos. Pero él ha escuchado los que sí tenía, aferrándose con tal fuerza al celular que los nudillos se le han puesto blancos. Cuando ha terminado, me ha devuelto el aparato.

—No los borre. Puede que necesitemos volver a escucharlos. —Se ha puesto de pie empujando la silla hacia atrás y yo lo he seguido al vestíbulo.

En la puerta, se ha dirigido hacia mí.

—He de decir que me resulta extraño que no le contestara —ha declarado—. Que no intentara averiguar por qué necesitaba hablar con usted con esa urgencia.

—Pensaba que sólo quería llamar la atención —he dicho yo en voz baja, y él se ha dado la vuelta.

Hasta que ha cerrado la puerta no lo he recordado. Inmediatamente, he salido corriendo detrás de él.

—¡Inspector Townsend! —he exclamado—. Había un brazalete. El brazalete de mi madre. Nel siempre lo llevaba. ¿Lo han encontrado?

Él se ha volteado hacia mí y ha negado con la cabeza.

—No hemos encontrado nada. Lena le contó a la agente Morgan que, a pesar de llevarlo a menudo, no se lo ponía todos los días. —Y, bajando la cabeza, ha añadido—: Aunque, claro, supongo que usted no podía saber eso.

Luego, tras echar un último vistazo a la casa, se ha metido en su coche y ha recorrido poco a poco el camino de entrada de reversa.

Jules

Así que, de algún modo, esto ha terminado siendo culpa mía. Eres increíble, Nel. Ya no estás aquí, probablemente has sido asesinada, y todo el mundo me señala a mí. ¡Si yo ni siquiera estaba aquí! De repente, me he sentido de mal humor, reducida a mi yo adolescente. Me han entrado ganas de gritarles. ¿Cómo puede ser esto culpa mía?

Cuando el inspector se ha marchado, he vuelto a entrar en la casa y, una vez dentro, he visto mi imagen en el espejo del vestíbulo y me ha sorprendido verte a ti devolviéndome la mirada (más vieja y no tan guapa, pero seguías siendo tú). He sentido una punzada en el pecho y, al llegar a la cocina, he comenzado a llorar. Si te fallé, necesito saber cómo. Puede que no te quisiera, pero no puedo haberte tenido abandonada de este modo, haberte proscrito así. Quiero saber si alguien te hizo daño y por qué; quiero que lo pague. Quiero poner fin a todo esto para que quizá tú puedas dejar de susurrarme al oído «No salté, no salté, no salté». Te creo, ¿de acuerdo? Y —susúrralo— quiero saber que estoy a salvo. Quiero saber que nadie va a venir por mí. Quiero saber que la niña que estoy a punto de proteger bajo mi ala es sólo eso, una niña inocente, no otra cosa. No algo peligroso.

No he dejado de pensar en el modo en el que Lena miraba al inspector Townsend y en el tono de su voz cuando lo ha llamado por su nombre de pila (¿su nombre de pila?). Me he preguntado si lo que les ha dicho sobre el brazalete era cierto. A mí me ha

sonado falso, pues todavía recuerdo cómo te apresuraste a reclamarlo, a hacerlo tuyo. Es posible que sólo insistieras en quedártelo porque sabías cuánto lo quería yo. Cuando lo encontraste entre las cosas de mamá y te lo pusiste en la muñeca, me quejé con papá (sí, contando cuentos otra vez) y pregunté por qué tenías que quedártelo tú. «¿Por qué no? —replicaste—. Soy la mayor.» Y, cuando se hubo marchado, sonreíste mientras lo admirabas en tu muñeca. «Me sienta bien —dijiste—. ¿No te parece que me sienta bien? —Y, pellizcándome la grasa del brazo, añadiste—: Dudo que a ti te cupiera en ese brazo tan gordo.»

Me he secado las lágrimas de los ojos. Solías meterte conmigo de esa forma; la crueldad siempre se te dio bien. Algunas burlas —sobre mi tamaño, o lo lenta o aburrida que era— podía ignorarlas. Otras —«Vamos, Julia... Sé honesta. ¿No hubo alguna parte de ti a la que le gustó?»— eran espinas que se me clavaban profundamente en la piel y que ya no podía retirar a no ser que quisiera volver a abrir las heridas. La última, que me susurraste al oído el día que enterramos a nuestra madre, hizo que me entraran ganas de estrangularte con mis propias manos. Y, si me hacías eso a *mí*, si eras capaz de hacerme sentir así, ¿a quién más pudiste despertarle instintos homicidas?

He bajado a las entrañas de la casa, a tu estudio, y me he puesto a revisar tus papeles. He comenzado con las cosas mundanas. En los archiveros de madera colocados contra la pared he encontrado carpetas con tu expediente médico y el de Lena, así como el certificado de nacimiento de ella, en el que, por cierto, no aparece el nombre del padre. Sabía que ése sería el caso, por supuesto; ése era uno de tus misterios, uno de los secretos que guardabas con más celo. Ahora bien, ¿que ni siquiera Lena lo sepa? (He de preguntarme, con crueldad, si acaso tampoco tú lo sabías.)

Había también informes escolares de la escuela Montessori de Park Slope, en Brooklyn, y de la escuela y del instituto local de Bec-

kford. También las escrituras de la casa, un seguro de vida (del cual Lena es la beneficiaria) y extractos de cuentas bancarias y de fondos de inversión. Las típicas cosas de una vida relativamente ordenada, sin secretos escondidos ni verdades ocultas.

En los cajones más bajos he encontrado los archivos relativos al «proyecto»: cajas repletas de copias preliminares de fotografías y páginas de notas. Algunas estaban mecanografiadas; otras, escritas en tinta azul o verde con tu letra de trazo delgado e inseguro, y llenas de palabras tachadas y que habías vuelto a escribir en mayúsculas y subrayadas, como los desvaríos de un teórico de la conspiración. Una loca. A diferencia de los otros archivos, los administrativos, ninguno de éstos estaba en orden, era todo un completo caos, estaba todo mezclado. Como si alguien lo hubiera revuelto en busca de algo. De repente he sentido un cosquilleo en la piel y se me ha secado la boca. La policía había registrado tus cosas, claro. Tenían tu computadora, pero aun así también debieron de querer ver esto. Puede que buscaran una nota.

He echado un vistazo a la primera caja de fotografías. La mayoría eran de la poza, de las rocas, de la pequeña playa arenosa... En algunas habías escrito cosas en los márgenes, códigos que no podía descifrar. También había fotos de Beckford: de sus calles y sus casas (las bonitas de piedra, pero también las feas). Una de éstas la habías fotografiado una y otra vez. Se trataba de una sencilla casa eduardiana adosada con las cortinas sucias medio corridas. Había imágenes del centro del pueblo, del puente, del pub, de la iglesia, del cementerio... Y de la tumba de Libby Seeton.

Pobre Libby. De pequeña, estabas obsesionada con ella. Yo odiaba esa historia triste y cruel, pero tú siempre querías escucharla una y otra vez. Querías escuchar cómo Libby, todavía niña, era sumergida en el agua acusada de brujería. «¿Por qué?», pregunté yo en una ocasión, y mamá me explicó que «ella y su tía tenían conocimientos sobre hierbas y plantas. Sabían cómo

hacer medicina». A mí eso me pareció una razón estúpida, pero las historias de los adultos estaban llenas de crueldades estúpidas: niños pequeños rechazados en la puerta de una escuela porque su piel era de un color equivocado o gente golpeada o asesinada por venerar al dios equivocado. Más adelante me contaste que lo de Libby no se había debido a la medicina, sino a que sedujo (me explicaste la palabra) a un hombre mayor y lo persuadió para que abandonara a su esposa y a su hijo. Eso no hizo que disminuyera la fascinación que sentías por ella; para ti era una prueba de su poder.

Una vez, cuando tenías seis o siete años, insististe en ponerte una de las antiguas faldas de mamá para ir a la poza; la arrastraste por todo el camino de tierra, aunque la llevabas por debajo de la barbilla. Trepaste por las rocas y saltaste al agua mientras yo jugaba en la playa. Te pusiste a hacer de Libby: «¡Mira, mamá! ¡Mira! ¿Crees que me hundiré o me mantendré a flote?».

Todavía puedo ver cómo lo haces, puedo recordar la emoción en tu rostro y puedo sentir la suave mano de mamá en la mía, así como la cálida arena en las plantas de los pies mientras te observábamos. Aunque esto no tiene ningún sentido: si tú tenías seis o siete años, yo debía de tener dos o tres. Es imposible que pueda recordarlo, ¿no?

Me acordé del encendedor con las iniciales grabadas que encontré en el cajón de tu mesita de noche. «LS.» ¿Es por Libby? ¿De verdad, Nel? ¿Tan obsesionada estabas con una chica muerta hace trescientos años que hiciste que grabaran sus iniciales en una de tus pertenencias? Quizá no. Quizá no estabas obsesionada. Quizá simplemente te gustaba la idea de ser capaz de sostenerla en tu palma.

He vuelto a mirar las carpetas en busca de más cosas sobre Libby. He revisado páginas impresas con texto y fotos, impresiones de viejos artículos de periódico, recortes de revistas... Aquí y allá, he ido encontrándome con tus poco delicados garabatos en

el borde de las páginas, que por lo general son ilegibles, rara vez descifrables. Algunos nombres los había oído y otros no: Libby y Mary, Anne y Katie y Ginny y Lauren, y, ahí, en lo alto de la página dedicada a Lauren, habías escrito con tinta negra: «Beckford no es un lugar propicio para suicidarse. Beckford es un lugar propicio para librarse de mujeres conflictivas».

La Poza de las Ahogadas

Libby, 1679

Ayer dijeron mañana, de modo que ha llegado el momento. Ella sabe que no tardarán. Acudirán a buscarla para llevarla al agua y sumergirla. Ella quiere que suceda, lo desea, se muere de ganas. Está cansada de sentirse tan sucia, del escozor en la piel. Sabe que en realidad eso no hará nada por sus llagas, ahora pútridas y malolientes. Necesitaría sauco, o tal vez caléndula. No está segura de qué sería mejor, o de si no será ya demasiado tarde. La tía May lo sabría, pero ya no está aquí, la colgaron de la horca hace ocho meses.

A Libby le gusta el agua, adora el río a pesar de que le da miedo la parte más honda. Ahora estará suficientemente fría para congelarla, pero al menos conseguirá deshacerse de los insectos que tiene en la piel. Cuando la arrestaron, le afeitaron la cabeza, pero el pelo le ha crecido un poco y ahora tiene bichos reptando por todas partes y metiéndose por cualquier sitio. Puede notarlos en las orejas, en las comisuras de los ojos y entre las piernas. Se rasca hasta hacerse sangre. Le sentará bien deshacerse de ellos, así como del olor a sangre y a sí misma.

Llegan por la mañana. Dos hombres, jóvenes, bruscos y malhablados. Ha sentido sus puños con anterioridad. Esta vez, no. Tienen cuidado porque han oído lo que ha dicho el hombre, el que la vio en el bosque con el diablo entre sus piernas abiertas. Se ríen y la abofetean, pero también le tienen miedo y, en cualquier caso, está ya muy desmejorada.

Ella se pregunta si él estará presente y qué pensará. Tiempo atrás la encontraba hermosa, pero ahora se le están pudriendo los dientes y tiene la piel cubierta de moretones como si ya estuviera medio muerta.

La llevan a Beckford, donde el río gira bruscamente rodeando el acantilado y luego la corriente se ralentiza y el agua se vuelve más profunda. Ahí es donde la sumergirán.

Es otoño y sopla un viento frío, pero el sol brilla con fuerza y se siente avergonzada de que la desnuden a plena luz del día delante de todos los hombres y las mujeres del pueblo. Le parece oír sus gritos ahogados de horror o sorpresa ante lo que se ha convertido Libby Seeton.

Está atada con cuerdas lo bastante gruesas y bastas para provocarle nuevas heridas y más sangre en las muñecas. Sólo los brazos. Las piernas, no. Luego le atan una cuerda alrededor de la cintura para que, si se hunde, puedan sacarla otra vez.

Cuando la llevan a la orilla del río, ella se voltea y lo busca con la mirada. Los niños gritan al pensar que se ha volteado para maldecirlos, y los hombres la empujan al agua. El frío la deja sin aliento. Uno de los hombres tiene una pértiga y se la clava en la espalda, empujándola más y más adentro, hasta que no puede mantenerse de pie. Se adentra en el río hasta que todo su cuerpo queda sumergido bajo el agua.

Se hunde.

El frío es tan intenso que se olvida de dónde está. Abre la boca para dejar escapar un grito sofocado, pero sólo consigue tragar agua negra. Comienza a ahogarse y forcejea y agita las piernas, pero está desorientada y no encuentra el lecho del río bajo sus pies.

La cuerda tira con fuerza, clavándosele en la cintura, desgarrándole la piel.

Cuando la sacan a la orilla, está llorando.

—¡Otra vez!

Alguien pide una segunda ordalía.

—¡Se ha hundido! —exclama una voz de mujer—. No es ninguna bruja, no es más que una niña.

—¡Otra vez! ¡Otra vez!

Los hombres vuelven a atarla para la segunda ordalía. Ahora, de otra forma: el pulgar de la mano izquierda al dedo gordo del pie derecho; el de la derecha, al del izquierdo. La cuerda alrededor de la cintura. Esta vez son ellos quienes la meten en el agua.

—¡Por favor! —comienza a suplicar ella, pues no sabe cuánto tiempo más va a poder soportar la negrura y el frío.

Quiere regresar a una casa que ya no existe, a una época en la que ella y su tía se sentaban delante de la chimenea y se contaban historias la una a la otra. Quiere estar en la cama de su casita de campo, quiere volver a ser niña y a disfrutar del olor a leña quemada y de la fragancia de las rosas y la dulce calidez de la piel de su tía.

—¡Por favor!

Se hunde. Para cuando la sacan del agua por segunda vez, tiene los labios amoratados y su aliento ya se ha extinguido por completo.

LUNES, 17 DE AGOSTO

Nickie

Nickie se ha sentado en su sillón junto a la ventana para ver cómo salía el sol y se levantaba la neblina matutina de las colinas. Apenas ha dormido en toda la noche por culpa del calor y del parloteo de su hermana en su oído. A Nickie no le gusta el calor. Es una criatura hecha para climas más fríos: la familia de su padre provenía de las Hébridas, eran de linaje vikingo. Y, por parte de madre, procedían del este de Escocia y se trasladaron al sur empujados por las cazas de brujas. Puede que la gente de Beckford no se lo creyera y se burlara de ella y la menospreciara, pero Nickie sabía que descendía de brujas. Podía trazar una línea directa hasta sus antepasados, de Sage a Seeton.

Tras bañarse, desayunar y vestirse de respetuoso negro, Nickie ha ido primero a la poza. Una larga y lenta caminata a lo largo del sendero. Ha agradecido la sombra que le proporcionaban los robles y las hayas. Aun así, el sudor se le metía en los ojos y se le acumulaba en la parte baja de la columna. Cuando ha llegado a la pequeña playa del lado sur, se ha quitado las sandalias y se ha metido hasta los tobillos. Luego se ha inclinado y, con las manos, se ha mojado un poco la cara, el cuello y la parte superior de los brazos. Tiempo atrás, habría subido a lo alto del acantilado para presentar sus respetos a aquellas que habían caído y a aquellas que habían saltado y a aquellas a las que habían empujado, pero sus piernas ya no se lo permitían, de modo que, si quería decirles algo a las nadadoras, tendría que hacerlo desde allí abajo.

Nickie se encontraba en ese mismo lugar la primera vez que sus ojos se posaron en Nel Abbott. Sucedió dos años antes y ella estaba haciendo eso mismo, remojándose para refrescarse, cuando de repente divisó a una mujer en lo alto del acantilado. Vio cómo caminaba adelante y atrás. Una vez. Y luego otra. A la tercera, Nickie sintió un cosquilleo en las palmas de las manos. «Algo turbio», pensó. Vio cómo la mujer se agachaba hasta ponerse de rodillas y luego, cual serpiente reptando sobre su vientre, se arrastraba hasta llegar al mismo borde y se quedaba con los brazos colgando.

—¡Eh! —exclamó Nickie con el corazón en la boca.

La mujer bajó la mirada y, para su sorpresa, sonrió y la saludó con la mano.

Después de eso, comenzó a verla a menudo. Nel pasaba mucho tiempo en la poza, tomando fotografías, dibujando, escribiendo cosas. A cualquier hora del día o de la noche, hiciera el tiempo que hiciera. Desde su ventana, Nickie la veía cruzar el pueblo en dirección a la poza en mitad de la noche, bajo una ventisca o cuando llovía con la suficiente fuerza como para calarla a una hasta los huesos.

A veces, Nickie se la cruzaba en el sendero y Nel no pestañeaba. Ni siquiera se daba cuenta de que tenía compañía, así de absor-ta estaba en la tarea que tenía entre manos. A Nickie le gustaba eso. Admiraba la concentración de la mujer, la manera en que su trabajo la consumía. También le gustaba la devoción que sentía por el río. Hubo un tiempo en que a Nickie le gustaba meterse en el agua en las calurosas mañanas de verano, si bien esos días ya habían quedado atrás. Nel, en cambio, nadaba al amanecer y al anochecer, en verano o en invierno. Sin embargo, ahora que lo pensaba, hacía días que no la veía nadando; al menos, un par de semanas. O quizá más. Ha intentado recordar cuándo fue la última vez, pero no ha podido, en parte por culpa del incesante parloteo de su hermana al oído, que le nubla el juicio.

Desearía que se callara.

Todo el mundo pensaba que Nickie era la oveja negra de la familia, pero en realidad ésa era su hermana Jean. A lo largo de su infancia, todos decían que Jeannie era la buena y elogiaban que hiciera lo que le mandaban. Al cumplir los diecisiete, sin embargo, no se le ocurrió otra cosa que hacerse policía. ¡Policía! Su padre era minero, por el amor de Dios. Una traición, eso fue lo que dijo su madre, que era una traición a toda la familia, a toda la comunidad. Sus padres dejaron de dirigirle la palabra, y se suponía que Nickie también debía cortar toda relación con ella. Pero no fue capaz. Jeannie era su hermanita.

Era una bocona. Ése era su problema: no sabía cuándo callarse. Después de dejar la policía y antes de marcharse de Beckford, Jean le contó una historia que le puso los pelos de punta y, desde entonces, Nickie había estado mordiéndose la lengua, escupiendo al suelo y murmurando invocaciones de protección cada vez que Patrick Townsend se cruzaba en su camino.

Hasta el momento, había funcionado. Estaba protegida. Jeannie, en cambio, no. Después de ese asunto con Patrick y su esposa y todos los problemas que hubo después, Jeannie se trasladó a Edimburgo y se casó con un hombre inútil. Juntos, se pasaron los siguientes quince años bebiendo alcohol hasta morir. De vez en cuando, sin embargo, Nickie todavía la veía y hablaba con ella. Últimamente, con más frecuencia. Jeannie había vuelto a ser la misma cotorra de antes. Ruidosa y conflictiva. Insistente.

Esas últimas noches, desde que Nel se ahogó, Jeannie había estado parloteando más que nunca. A Jeannie le habría caído bien Nel, habría visto algo de sí misma en ella. A Nickie también le caía bien. Le gustaban sus conversaciones, le gustaba el hecho de que la escuchara cuando hablaba. Escuchaba sus historias, pero no hizo caso de sus advertencias. Al igual que Jeannie, Nel tampoco sabía cuándo debía mantener la boca cerrada.

La cosa es que, a veces, digamos después de una lluvia torrencial, el río crece y la corriente remueve la tierra y saca a la luz cosas

perdidas: los huesos de un cordero, la bota de agua de un niño, un reloj de oro cubierto de cieno, un par de lentes con una cadenita de plata. Un brazalete con el cierre roto. Un cuchillo, un anzuelo, un plomo. Latas y carritos de supermercado. Escombros. Objetos con importancia y otros que carecen de ella. Y eso está bien, así son las cosas, así es el río. El río puede viajar al pasado, sacarlo todo a la luz de nuevo y regurgitarlo en las orillas a plena vista de todo el mundo. La gente, en cambio, no puede. Las mujeres no pueden. Cuando una comienza a hacer preguntas y a poner pequeños anuncios en tiendas y pubs, cuando una comienza a tomar fotografías y a hablar con los periódicos y a hacer preguntas sobre brujas, mujeres y almas perdidas, no está buscando respuestas, sino problemas.

Nickie lo sabía bien.

Tras secarse los pies, ha vuelto a ponerse las sandalias y ha empezado a recorrer lentamente el sendero, los escalones y el puente de vuelta al pueblo. Para entonces ya eran pasadas las diez, casi la hora. Ha ido a la tienda, se ha comprado una lata de Coca-Cola y se ha sentado en la banca que hay enfrente del cementerio. No pensaba entrar —la iglesia no era un lugar para ella—, pero quería verlos. Quería ver a los dolientes, a los mirones, a los desvergonzados hipócritas.

Se ha acomodado en la banca y ha cerrado los ojos. Le ha parecido que lo hacía sólo por un momento, pero cuando ha vuelto a abrirlos, la gente ya estaba llegando. Ha visto a la joven policía, la nueva, dándose aires y mirando a un lado y a otro como una suricata. Ella también era una espectadora. Nickie ha visto a la gente del pub: el propietario, la esposa de éste y la joven que trabajaba detrás de la barra. Y a un par de profesores de la escuela, el gordo desaliñado y el guapo, con los lentes de sol puestos. También ha visto a los Whittaker, a los tres, que parecían estar profundamente afectados: el padre, encorvado por el dolor, y el chico aterrorizado de su propia sombra. Sólo la madre iba con la cabeza alta. Y a un

grupito de chicas jóvenes que iban graznando como gansos. Tras éstas caminaba un hombre, un feo rostro del pasado. Nickie lo conocía, pero no ha conseguido recordar de dónde. La ha distraído el coche de color azul oscuro que ha aparecido de repente y se ha metido en el estacionamiento provocándole un cosquilleo en la piel y la sensación de una corriente de aire fresco en la nuca. La primera en bajar del vehículo ha sido la mujer, Helen Townsend, tan anodina como un pájaro café, que lo ha hecho por la puerta trasera. Su marido ha descendido del asiento del conductor, y del lado del copiloto lo ha hecho el padre de éste, Patrick, con la espalda erguida como un sargento mayor. Patrick Townsend: hombre de familia, pilar de la comunidad, expolicía. Escoria. Nickie ha escupido en el suelo y ha recitado una invocación. Ha notado que el viejo volteaba a verla, y entonces Jeannie le ha susurrado al oído: «Aparta la mirada, Nic».

Nickie los ha contado al entrar y ha vuelto a hacerlo cuando han salido media hora después. En la puerta se ha formado un pequeño tumulto de gente empujándose y dándose codazos, y entonces ha sucedido algo entre el profesor guapo y Lena Abbott. Han intercambiado una palabra fugaz. Nickie lo ha visto y se ha dado cuenta de que la mujer policía también lo veía. Sean Townsend, muy por encima del resto, revoloteaba alrededor de la gente para mantener el orden. Sin embargo, hay algo en lo que no ha puesto atención. Como uno de esos trucos en los que uno aparta la vista de la bola un momento y de repente todo el juego cambia.

Helen

Helen se ha sentado a la mesa de la cocina y ha llorado sin hacer ruido, sacudiendo ligeramente los hombros con las manos cruzadas en el regazo. Sean ha malinterpretado por completo la situación.

—No tienes por qué ir —ha dicho apoyando con cuidado una mano en su hombro—. No hay razón para que lo hagas.

—Sí tiene que ir —ha intervenido Patrick—. Tiene que hacerlo, y tú también. Todos tenemos que ir. Somos parte de esta comunidad.

Helen ha asentido y luego se ha secado las lágrimas de los ojos con la parte inferior de las palmas de las manos.

—Claro que voy a ir —ha dicho, aclarándose la garganta—. Claro que voy a hacerlo.

No se sentía apesadumbrada por el funeral, sino porque esa mañana Patrick había ahogado a la gata en el río. Estaba preñada, le había dicho, y no podían permitir que se les llenara la casa de gatos. Serían una molestia. Tenía razón, claro, pero eso no quitaba que la hubiera hecho sentir mal. Por salvaje que fuera la gata, Helen había comenzado a considerarla una mascota. Le gustaba verla cada mañana cruzando el patio, olisqueando la puerta de entrada a la espera de algo de comer, matando perezosamente las abejas que revoloteaban por la mata de romero... Pensar en ella ha hecho que las lágrimas volvieran a acudir a sus ojos.

—No tenías por qué *ahogarla*. Podría haberla llevado al veterinario para que la sacrificara —ha señalado después de que Sean subiera al piso de arriba.

Patrick ha negado con la cabeza.

—No hacía falta —ha dicho con brusquedad—. Así ha sido mejor. Todo ha terminado muy rápido.

Pero Helen ha visto en sus antebrazos los profundos arañazos que atestiguaban la violencia con que la gata se había resistido. «Me alegro —ha pensado—. Espero que te haya hecho mucho daño.» Luego se ha sentido mal, porque, por supuesto, él no lo ha hecho para ser cruel.

—Será mejor que te cure eso —ha dicho entonces, señalando las marcas que Patrick tenía en los brazos.

Él ha negado con la cabeza.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Las heridas podrían infectarse. Y vas a mancharte la camisa de sangre.

De modo que lo ha sentado a la mesa de la cocina, le ha limpiado las heridas, les ha aplicado antiséptico y luego ha puesto curitas en los peores cortes. Mientras tanto, él no ha dejado de mirarle el rostro y ella ha imaginado que debía de sentirse algo arrepentido porque, cuando ha terminado, le ha besado la mano y ha dicho:

—Buena chica. Eres una buena chica.

Entonces ella se ha puesto de pie y se ha acercado al fregadero y, apoyando las manos en la barra, se ha quedado mirando por la ventana los adoquines bañados por el sol y se ha mordido el labio.

Patrick ha suspirado y, bajando el tono hasta convertirlo casi en un murmullo, ha señalado:

—Mira, querida, sé que esto es difícil para ti. Lo sé. Pero tenemos que ir todos juntos como la familia que somos, ¿verdad? Tenemos que apoyar a Sean. Esto no tiene nada que ver con que

sintamos pena por ella. Tan sólo supone dejar todo ese asunto atrás.

Helen no podría decir si han sido las palabras que él ha pronunciado o sentir su aliento en la nuca cuando lo ha hecho, pero se le ha erizado el vello de todo el cuerpo.

—Patrick —ha dicho dirigiéndose a él—. *Papá*. Necesito hablar contigo sobre el coche, sobre...

Justo en ese momento, Sean ha comenzado a descender ruidosamente la escalera, bajando los escalones de dos en dos.

—¿Sobre qué?

—Da igual —ha dicho ella, y él ha fruncido el ceño. Ella ha negado con la cabeza—. No importa.

Ha subido al piso de arriba y se ha lavado la cara y se ha puesto el pantalón de color gris oscuro que suele reservar para las reuniones del comité escolar. Luego se ha pasado un cepillo por el pelo intentando no ver su imagen en el espejo. No quería admitir ni siquiera para sí que tenía miedo; no quería hacer frente a aquello a lo que tenía miedo. Había hallado algunas cosas en la guantera del coche, cosas a las que no encontraba explicación, y tampoco estaba segura de querer una. Lo había tomado todo y —estúpida e infantilmente— lo había escondido bajo la cama.

—¿Estás lista? —le ha preguntado Sean desde la planta baja.

Ella ha respirado hondo, obligándose a mirar su reflejo, su pálido y límpido rostro y sus ojos claros como el cristal gris.

—Estoy lista —ha contestado para sí.

Helen se ha sentado en el asiento trasero del coche de Sean, y Patrick en el del copiloto, junto a su hijo. Nadie ha dicho nada, pero por el modo en que su marido no dejaba de tocarse la muñeca de un brazo con la palma de la mano del otro, ella ha notado que estaba nervioso. Debía de sentirse afligido, claro. Todo eso —esas

muertes en el río— despertaba dolorosos recuerdos para él y para su padre.

Al cruzar el primer puente, Helen ha bajado la mirada hacia las aguas verdosas y ha intentado no pensar en ella luchando por su vida. La gata. Estaba pensando en la gata.

He tenido una discusión con mamá antes de salir de casa para ir al funeral. Al ir a la planta baja, me la he encontrado en el recibidor pintándose los labios frente al espejo. Llevaba puesta una blusa roja. «No puedes llevar eso a un funeral —le he dicho—, es una falta de respeto.» Ella se ha limitado a soltar una risita y luego ha ido a la cocina y ha continuado haciendo sus cosas como si yo no le hubiera dicho nada. Pero yo no pensaba dejarlo pasar. No nos conviene llamar todavía más la atención. Lo más seguro es que la policía esté presente (la policía siempre acude a los funerales de las personas que mueren de forma sospechosa). Ya era suficientemente malo que yo les hubiera mentido, y que mamá también lo hubiera hecho. ¿Qué iban a pensar cuando la vieran aparecer vestida como si fuera a una fiesta?

La he seguido a la cocina. Ella me ha preguntado si quería una taza de té y le he contestado que no. Luego le he dicho que no creía que debiera ir al funeral. «¿Por qué no?», ha respondido ella. «Ni siquiera te caía bien —le he dicho—. Todo el mundo sabe que no te caía bien.» Ella me ha mirado con una sonrisita irónica en los labios y ha replicado: «¿Ah, sí? ¿Lo saben?». «Yo voy porque soy amigo de Lena», he añadido entonces, a lo que ella ha replicado: «No, no lo eres». En ese momento, papá ha bajado y ha intervenido: «No digas eso, Lou. Claro que lo es». Luego le ha dicho algo a mamá en voz muy baja para que yo no pudiera oírlo y ella ha asentido y ha subido al cuarto.

Papá me ha preparado una taza de té que yo no quería pero que me he tomado de todos modos.

—¿Crees que la policía estará en el funeral? —he preguntado, aunque sabía la respuesta.

—Supongo que sí. El señor Townsend conocía a Nel, ¿no? Y, en fin, supongo que un buen número de gente del pueblo querrá presentar sus respetos, tanto si la conocían como si no. Sé... sé que es una situación complicada, pero creo que es importante que intentemos hacer un esfuerzo común, ¿no te parece? —Yo no he dicho nada—. Y supongo que tú querrás ver a Lena para decirle lo mucho que lo sientes, ¿verdad? Imagina cómo debe de estar sintiéndose, la pobrecilla.

He continuado sin decir nada. Él ha extendido la mano para pasármela por la cabeza y despeinarme, pero yo lo he esquivado.

—Papá —he dicho entonces—, ¿recuerdas que la policía nos hizo preguntas sobre la noche del domingo? ¿Sobre dónde estábamos y todo eso?

Él ha afirmado con la cabeza y, al hacerlo, me he dado cuenta de que echaba un vistazo detrás de mí para comprobar que mamá no estaba escuchándonos.

—Les explicaste que no habías oído nada inusual, ¿no? —ha preguntado, y yo he asentido—. Les dijiste la verdad.

No estoy seguro de si ha dicho «Les dijiste la verdad» en tono interrogativo o afirmativo.

Yo quería decir algo, quería hacerlo en voz alta. Quería decir «¿Y si...? ¿Y si hizo algo malo?», para que papá pudiera decirme lo ridículo que estaba siendo, para que pudiera gritarme: «¡¿Cómo puedes siquiera pensar eso?!».

—Mamá fue a la tienda —he dicho al final.

Él me ha mirado como si fuera idiota.

—Sí, ya lo sé. Esa mañana fue a comprar leche. Josh... ¡Oh! ¡Ya estás aquí! —ha exclamado mirando por encima de mi hombro—. Mírala. Así está mejor, ¿no te parece?

Se había cambiado la blusa roja por una negra.

Estaba mejor, pero yo todavía temía lo que pudiera pasar. Temía que dijera algo o que se riera en mitad de la ceremonia, algo así. En ese momento tenía en el rostro una expresión que encontraba realmente molesta. No era que diera la impresión de estar feliz ni nada de eso, sino más bien... Era algo parecido a la forma en la que mira a papá cuando le gana una discusión, como cuando le dice: «Te dije que sería más rápido ir por la A68». Era como si hubiera demostrado que tenía la razón sobre algo y no pudiera quitarse esa expresión ganadora de la cara.

Cuando hemos llegado a la iglesia todavía había mucha gente en la puerta, y eso me ha hecho sentir un poco mejor. He visto al señor Townsend y creo que él me ha visto a mí, pero no ha venido a decirme nada. Estaba ahí de pie, mirando a su alrededor, hasta que, de repente, se ha quedado quieto observando cómo Lena y su tía cruzaban el puente. Lena tenía un aspecto realmente adulto, distinto del que suele tener. Pero estaba igual de guapa. Ha pasado por nuestro lado y, al verme, me ha sonreído con tristeza. Me han dado ganas de acercarme a ella y darle un abrazo, pero mamá estaba aferrada a mi mano con tal fuerza que no he podido.

No tendría que haberme preocupado por que mamá pudiera reírse. En cuanto hemos entrado en la iglesia, ha comenzado a llorar. Sollozaba con tanta fuerza que la gente volteaba para mirarnos. No tengo claro si eso ha mejorado o empeorado las cosas.

Lena

Esta mañana me sentía feliz. Tras apartar las sábanas, me he quedado un momento acostada en la cama. El calor del día comenzaba a sentirse y sabía que iba a ser un día hermoso. Casi me ha parecido oír cantar a mamá. Entonces, me he levantado.

En la parte trasera de la puerta de mi dormitorio colgaba el vestido que pensaba llevar. Era de mamá, de Lanvin. Ni en un millón de años me habría dejado ponérmelo, pero no creo que hoy le hubiera importado. No había sido lavado en seco desde la última vez que lo había llevado ella, de modo que todavía tenía su olor. Cuando me lo he puesto, ha sido como sentir su piel contra la mía.

Me he lavado y secado el pelo y luego me lo he recogido. Normalmente lo llevo suelto, pero a mamá le gustaba que me lo recogiera. «*Supersofis*», decía en ese tono que adoptaba cuando quería que pusiera los ojos en blanco. Me he sentido tentada de ir a su habitación por su brazalete —sabía que estaría guardado ahí—, pero no he podido hacerlo.

No he sido capaz de entrar allí desde que murió. La última vez que estuve dentro fue el domingo por la tarde. Estaba aburrida y triste por Katie, por tanto entré en su habitación en busca de algo de hierba. No encontré nada en la mesita de noche, así que miré en los bolsillos del abrigo que colgaba en su armario, pues a veces guardaba cosas en ellos. No esperaba que llegara a casa tan pronto. Cuando me sorprendió, no parecía enojada, sino más bien triste.

—No puedes regañarme —le dije—. Estoy buscando drogas *en*

tu habitación, de modo que no puedes enojarte conmigo. Eso te convertiría en una absoluta hipócrita.

—No —repuso ella—. Eso me convertiría en una persona adulta.

—Es lo mismo —dije yo, y ella se rio.

—Sí, es posible, pero el hecho es que yo puedo fumar hierba y beber alcohol y tú no. Y ¿por qué demonios estás intentando drogarte tú sola un domingo por la tarde? Es un poco triste, ¿no? —Y luego añadió—: ¿Por qué no vas a nadar o algo así? Llama a alguna amiga.

Y entonces perdí los estribos con ella porque sonó como si estuviera diciendo lo mismo que Tanya, Ellie y todas esas zorras decían de mí: que soy triste, que soy una perdedora, que no tengo amigos ahora que la única persona a la que le caía bien se había suicidado.

—¿Cuál maldita amiga? No tengo ninguna, ¿recuerdas? ¿No te acuerdas de lo que le pasó a mi mejor amiga?! —le dije a gritos.

Ella se quedó muy callada y alzó las manos tal y como hace —hacía— cuando no quería enredarse en una discusión conmigo. Pero yo no lo dejé pasar, no quería hacerlo. Seguí gritándole y diciéndole que nunca estaba en casa, que me dejaba sola a todas horas, que era tan distante conmigo que parecía que ni siquiera quisiera que estuviera cerca de ella. Ella negó con la cabeza y repuso:

—Eso no es cierto, no es cierto —y luego añadió—: Lamento si últimamente he estado distraída, pero hay algunas cosas que no puedo explicarte. Hay algo que tengo que hacer, y no puedo explicarte lo difícil que es.

Yo le contesté con frialdad:

—No necesitas hacer nada, mamá. Me prometiste que mantendrías la boca cerrada, así que no tienes que hacer nada. Por el amor de Dios, ¿no has hecho ya suficiente?

—Lenie —dijo ella—. Lenie, por favor. No lo sabes todo. Soy tu madre, tienes que confiar en mí.

Entonces le dije algunas estupideces acerca de que nunca se había comportado como una auténtica madre y de qué clase de madre tiene droga en casa y trae hombres por las noches. También que, si hubiera sido al revés, si hubiera sido yo quien se encontrara en una situación como la de Katie, Louise habría sabido qué hacer, habría sido la madre que su hija necesitaba y habría hecho algo, habría ayudado. Y eran todo sandeces, claro está, porque era yo quien no quería que mamá dijera nada y ella me lo recordó, y luego señaló que, en cualquier caso, había intentado ayudar. Entonces comencé a gritarle y a decirle que era todo culpa suya y que si le contaba algo a alguien me marcharía y ya nunca volvería a hablar con ella. Se lo repetí una y otra vez: «Ya has hecho suficiente daño». La última cosa que le dije fue que era culpa suya que Katie estuviera muerta.

Jules

El día de tu funeral ha hecho calor. Los rayos del sol centelleaban en la superficie del agua y la luz era demasiado brillante y el aire demasiado denso a causa de la humedad. Lena y yo hemos ido caminando a la iglesia. Ella iba unos pasos por delante de mí, y la distancia entre nosotras ha ido haciéndose mayor a medida que íbamos avanzando. No se me da bien caminar con tacones; para Lena, en cambio, parece algo natural. Estaba muy elegante y muy guapa, y se veía mucho mayor de los quince años que tiene. Llevaba un vestido negro de crepé con escote ventana. Hemos hecho el trayecto en silencio mientras el río serpenteaba a nuestro lado, cenagoso, hosco y silencioso. El aire cálido olía a putrefacción.

Al dar la vuelta en la esquina en dirección al puente, he sentido temor por la gente que pudiera estar en la iglesia. Temía que no apareciera absolutamente nadie y que Lena y yo nos viéramos obligadas a sentarnos solas, sin nada entre nosotras salvo tu presencia.

He mantenido la cabeza agachada y los ojos puestos en la carretera, concentrada en poner un pie delante del otro, tratando de no tropezar en el asfalto desigual. La blusa que llevaba (negra y sintética, con un lazo en el cuello, completamente inadecuada para el tiempo que hacía) se me pegaba a la parte baja de la espalda. Además, han empezado a llorarme los ojos. «No importa que se me corra el rímel —me he dicho—. La gente pensará que he estado llorando.»

Lena no ha llorado. O, al menos, no lo ha hecho delante de mí. A veces me parece oír sus sollozos por la noche, pero por las maña-

nas baja a desayunar con los ojos despejados y una actitud despreocupada. Entra y sale de la casa sin decir una palabra. La oigo hablar en voz baja en su dormitorio, pero a mí me ignora: se encoge cuando me ve aparecer, gruñe ante mis preguntas, rehúye mi atención... No quiere saber nada de mí. (Recuerdo cuando tú viniste a mi habitación después de que muriera mamá. Querías hablar y yo te eché. ¿Es esto lo mismo? ¿Está haciendo lo mismo que yo? No lo sé.)

Cuando nos acercábamos al cementerio, he notado a una mujer que estaba sentada en una banca al otro lado de la carretera. Al verme, me ha sonreído dejando a la vista sus dientes podridos. Me ha parecido oír que alguien se reía, pero sólo eras tú en mi cabeza.

Algunas de las mujeres sobre las que has escrito están enterradas en este lugar, algunas de tus mujeres *conflictivas*. ¿Lo eran todas realmente? Libby sí, claro está. A los catorce años sedujo a un hombre de treinta y cuatro años y lo persuadió para que abandonara a su querida esposa y a su hijo pequeño. Ayudada por su tía, la bruja May Seeton, y los numerosos demonios que conjuraron, Libby engatusó al pobre e inocente Matthew para realizar una serie de actos antinaturales. Ciertamente conflictiva. De Mary Marsh se decía que practicaba abortos. Y Anne Ward era una asesina. Pero ¿qué hay de ti, Nel? ¿Qué hiciste tú? ¿A quién le estabas causando problemas?

Libby está enterrada en el cementerio. Tú sabías dónde. Ella y las demás. Me enseñaste las lápidas, rascaste el moho para que pudiéramos leer las palabras que había escritas en ellas. Guardaste un poco —de moho, quiero decir— y te metiste en mi habitación y pusiste un poco bajo mi almohada. Luego me dijiste que lo había hecho Libby. Por las noches caminaba por la orilla del río, me contaste; si una aguzaba el oído, podía oírla llamando a su tía, a May, para que fuera a rescatarla. Pero May nunca aparecía: no podía. No está en el cementerio. Después de obtener su confesión, la colgaron en la plaza del pueblo; su cadáver está enterrado en el

bosque, a las afueras, y con clavos en las piernas para que no pueda volver a levantarse nunca jamás.

Al llegar a la parte más alta del puente, Lena ha girado hacia mí sólo por un segundo. Su expresión —de impaciencia, puede también que con un asomo de pena— se parecía tanto a la tuya que he sentido un estremecimiento. He tenido que apretar con fuerza los puños y morderme el labio: «¡No puedo sentir miedo! ¡No es más que una niña!».

Me dolían mucho los pies. Sentía el escozor del sudor en el nacimiento del pelo. Quería arrancarme la blusa. Quería arrancarme la piel. Cuando hemos llegado a la iglesia, he visto que había una pequeña multitud reunida en el estacionamiento que hay enfrente. Al vernos, han girado todos hacia nosotras y han contemplado cómo nos acercábamos. Me he preguntado qué sentiría si me arrojará por encima de los muros de piedra: sería aterrador, sí, pero sólo durante un momento. Me hundiría en el lodo y dejaría que el agua me rodeara por completo; sería un auténtico alivio poder refrescarse, así como dejar de sentir las miradas de la gente.

Una vez dentro, Lena y yo nos hemos sentado una al lado de la otra (a muy poca distancia) en la banca de la primera fila. La iglesia estaba llena. En algún lugar a nuestra espalda, una mujer no paraba de sollozar desconsoladamente. El pastor ha hablado sobre tu vida, ha enumerado tus logros y ha destacado la devoción que sentías por tu hija. A mí me ha mencionado de pasada. Fui yo quien le dio la información, así que supongo que no puedo quejarme de que el discurso haya sonado superficial. Yo podría haber dicho algo, quizá debería haberlo hecho, pero no se me ha ocurrido cómo podría hablar de ti sin traicionar algo; a ti, o a mí misma, o a la verdad.

El servicio ha terminado de forma abrupta y, antes de que pudiera darme cuenta, Lena ya estaba de pie. He ido detrás de ella por el pasillo central. Por algún motivo, la atención que nos dedicaba la gente resultaba más bien amenazante y para nada alentadora. He

intentado no mirar los rostros que se habían girado hacia nosotras, pero no he podido evitar hacerlo: la mujer que sollozaba con la cara arrugada y roja, Sean Townsend mirándome directamente a los ojos, un joven con la cabeza inclinada, un adolescente riéndose tras su puño. Un hombre violento. Me he detenido de golpe y la mujer que había detrás de mí ha tropezado con mi talón.

—Lo siento, lo siento —ha murmurado ella mientras me rodeaba.

Yo no me he movido, no he respirado, no podía tragar saliva, mis entrañas se han revuelto. Era él.

Más viejo, sí, y más feo —estaba muy demacrado—, pero resultaba inconfundible. Un hombre violento. Me he quedado un momento a la espera de que se volteara hacia mí y me viera. He pensado que, si lo hacía, pasaría una de estas dos cosas: me echaría a llorar o me abalanzaría sobre él. He esperado, pero no lo ha hecho. Él estaba mirando a Lena, observándola con atención. Mis entrañas revueltas se han helado de golpe.

He seguido avanzando a ciegas, abriéndome paso entre la gente a empujones. Él permanecía a un lado con los ojos todavía puestos en Lena. Estaba observando cómo se quitaba los zapatos. Los hombres miran a las chicas con el aspecto de Lena de muchas formas: con deseo, con apetito, con aversión... Yo no podía ver sus ojos, pero no hacía falta. Sabía lo que había en ellos.

Me he dirigido hacia él con un nudo formándose en mi garganta. La gente se fijaba en mí con pena o confusión. No me importaba. Tenía que llegar a su lado... Y, entonces, se ha dado la vuelta de golpe y se ha marchado. He visto cómo recorría el pasillo rápidamente y salía de la iglesia en dirección al estacionamiento. Yo me he quedado inmóvil, sintiendo cómo el aire llegaba de golpe a mis pulmones y el golpe de adrenalina me aturdí la cabeza. Él se ha metido en un coche verde de gran tamaño y ha desaparecido.

—¿Jules? ¿Está bien? —La sargento Morgan ha aparecido a mi lado y me ha apoyado una mano en el brazo.

—¿Ha visto a ese hombre? —le he preguntado—. ¿Lo ha visto?

—¿Qué hombre? —ha dicho ella mirando a su alrededor—.

¿Quién?

—Es un hombre violento —he dicho.

Ella se ha mostrado alarmada.

—¿Dónde, Jules? ¿Alguien le ha hecho..., le ha dicho algo?

—No, yo... no.

—¿Qué hombre, Jules? ¿De quién está hablando?

Las algas me han hecho un nudo en la lengua y se me ha llenado la boca de lodo. «Lo recuerdo. Sé de lo que es capaz», quería decirle.

—¿A quién ha visto? —me ha preguntado ella.

—A Robbie. —Finalmente he pronunciado su nombre—. A Robbie Cannon.

AGOSTO DE 1993

Jules

Me había olvidado. Antes del partido de fútbol, sucedió otra cosa. Yo estaba sentada en mi toalla, leyendo mi libro. Todavía no había nadie más a mi alrededor y entonces llegaste tú. Con Robbie. Como yo estaba debajo de los árboles, no me viste. Te metiste corriendo en el agua y él fue detrás de ti. Estuvieron nadando, salpicándose y besándose. En un momento dado, él te tomó la mano y te llevó al borde del agua, se echó encima de ti, empujó tus hombros, arqueó la espalda y levantó la mirada. Me sorprendió observándolos. Y sonrió.

Luego, por la tarde, regresé sola a casa. Me quité el traje de baño con el estampado de cuadros y los *shorts* azules y lo dejé todo remojándose en el lavabo. Luego me preparé un baño y me metí pensando que «nunca me libraría de ello, de toda esa horrible piel».

«Una chica corpulenta. Un hipopótamo. Con unas piernas capaces de arrancar un 747 a golpe de pedal. Podría jugar en la primera línea de la selección inglesa de rugby.»

Era demasiado grande para los espacios que habitaba, siempre los desbordaba. Ocupaba demasiado espacio. Me sumergí en el agua y el nivel ascendió. Eureka.

De vuelta en mi habitación, me metí en la cama y me quedé un rato ahí tumbada, regodeándome en mi tristeza y sintiendo una autocompasión mezclada con culpa porque mi madre yacía en la cama de la habitación contigua, muriéndose de cáncer de mama, y

yo sólo podía pensar en que no quería seguir así, no quería vivir de este modo.

Me quedé dormida.

Me despertó mi padre. Tenía que llevar a mi madre al hospital para hacerle más pruebas e iban a pasar la noche en la ciudad porque empezarían temprano. Habían dejado algo de cena en el horno, me dijo.

Nel estaba en casa. Lo sabía porque podía oír música en la habitación de al lado. Al cabo de un rato, la música se detuvo y lo que oí fueron voces, primero bajas y luego más altas, y también otros ruidos: gemidos, gruñidos, una brusca inhalación de aire. Me levanté de la cama, me vestí y salí al pasillo. La luz estaba encendida, y la puerta del dormitorio de Nel, ligeramente entreabierta. La habitación estaba a oscuras, pero podía oírla a ella. Estaba diciendo algo. Estaba pronunciando su nombre.

Sin apenas atreverme a respirar, me acerqué a la puerta. A través de la rendija, pude distinguir las siluetas de sus cuerpos moviéndose en la oscuridad. Era incapaz de apartar la mirada. Los estuve observando hasta que él dejó escapar un fuerte gruñido animal. Luego comenzó a reírse y supe que habían terminado.

En la planta baja, todas las luces estaban encendidas. Fui de habitación en habitación apagándolas todas y luego me dirigí a la cocina y abrí el refrigerador. Me quedé mirando lo que contenía y, con el rabillo del ojo, divisé una botella de vodka abierta y medio llena que había sobre la barra. Copié lo que le había visto hacer a Nel: me serví medio vaso de jugo de naranja y terminé de llenarlo con vodka. Luego me preparé para el desagradable sabor amargo que había experimentado al probar vino y cerveza, pero al darle un trago descubrí que era dulce y en absoluto amargo.

Me acabé la bebida y luego me serví otra. Disfrutaba de la sensación física que me proporcionaba: la calidez se extendía por mi estómago y mi pecho, haciendo que aumentara la temperatura de

mi torrente sanguíneo, que mi cuerpo se relajara y que la desdicha que había sentido esa tarde se disipara.

Fui a la sala y contemplé el río por la ventana, esa lustrosa serpiente negra que reptaba por debajo de la casa. Me resultó sorprendente cómo, de pronto, me di cuenta de que mi problema no era ni mucho menos insalvable. Tuve un repentino momento de claridad. No tenía que arreglar mi cuerpo, éste podía fluir. Como el río. Puede que no resultara tan difícil, después de todo. ¿Acaso no podía matarme de hambre y moverme más (en secreto, cuando nadie me viera)? Transformarme, pasar de gusano a mariposa, convertirme en una persona distinta, irreconocible, de tal forma que la chica fea y ensangrentada quedara en el olvido. Me renovarí.

Volví a la cocina para servirme otro vodka.

En ese instante oí unos pasos en el piso de arriba que recorrían el pasillo y luego descendían la escalera. Yo regresé a la sala, apagué la lámpara y, sentándome sobre los pies, me agazapé en la oscuridad del asiento de la ventana.

Lo oí entrar en la cocina y abrir el refrigerador. No, el congelador: oí cómo tomaba hielo de la bandeja y se servía algo líquido. Luego lo vi pasar de nuevo, pero de repente se detuvo y dio un paso atrás.

—¿Julia? ¿Eres tú?

Yo no dije nada. Contuve la respiración. No quería ver a nadie —y, desde luego, no quería verlo a él—, pero Robbie ya estaba buscando a tientas el interruptor y, cuando las luces se encendieron, lo vi ahí de pie, vestido tan sólo con unos calzoncillos. Tenía la piel intensamente bronceada, los hombros anchos y un torso que se estrechaba al llegar a la cintura. La línea de vello del abdomen descendía hasta desaparecer por debajo del bóxer. Me sonrió.

—¿Estás bien? —preguntó. Al acercarse, pude ver que tenía los ojos un poco vidriosos y que su sonrisa parecía más estúpida y perezosa de lo habitual—. ¿Por qué estás sentada aquí, en la oscu-

ridad? —Vio entonces mi vaso de vodka y su sonrisa se hizo más amplia—. Ya me parecía a mí que quedaba poco vodka...

Se aproximó, chocó su vaso con el mío y luego se sentó a mi lado, pegando su muslo a mi pie. Yo me aparté, bajé los pies al suelo y me dispuse a levantarme, pero él apoyó una mano en mi brazo.

—Eh, espera —dijo—. No te vayas. Quiero hablar contigo. Quería pedirte perdón por lo de esta tarde.

—No pasa nada —repuse, pero noté cómo mi rostro se sonrojaba. No lo miré.

—No, lo siento. Esos chicos se han comportado como unos imbéciles. Lo siento mucho, de verdad.

Yo asentí.

—No es nada de lo que avergonzarse.

Yo me encogí. Todo mi cuerpo ardía de vergüenza. Una pequeña y estúpida parte de mí había confiado en que no lo hubieran visto o que no se hubieran dado cuenta de lo que era.

Él me dio un apretón en el brazo y me miró con los ojos entornados.

—Tienes un bonito rostro, Julia, ¿lo sabías? —Se rio—. Lo digo en serio, lo tienes. —Me soltó el brazo y me rodeó los hombros con el suyo.

—¿Dónde está Nel? —dije.

—Durmiendo —contestó. Le dio un sorbo a su bebida e hizo un chasquido con los labios—. Creo que la he agotado. —Acercó mi cuerpo al suyo—. ¿Has besado a un chico alguna vez, Julia? —me preguntó—. ¿Quieres besarme?

Volteó mi cara hacia la suya y pegó sus labios a los míos. Noté su lengua adentrándose en mi boca, caliente y babosa. Pensé que iba a sentir náuseas, pero lo dejé hacerlo sólo para ver cómo era. Cuando me aparté, él me sonrió.

—¿Te ha gustado? —me preguntó.

Su cálido aliento olía a humo rancio y a alcohol. Volvió a besar-

me y yo le correspondí tratando de sentir lo que fuera que se suponía que debería sentir. Su mano se deslizó entonces por dentro de la cintura de los pantalones de mi pijama. Profundamente avergonzada, intenté apartarme en cuanto sus dedos empezaron a recorrer la grasa de mi barriga en dirección a las bragas.

—¡No! —creí gritar, pero en realidad fue poco más que un susurro.

—No pasa nada —dijo él—. No te preocupes. No me importa un poco de sangre.

Al terminar, se enojó conmigo porque yo no dejaba de llorar.

—¡Oh, vamos! ¡No te ha dolido tanto! No llores. Ya, Julia, deja de llorar. ¿No te ha gustado? Ha estado bien, ¿verdad? Estabas muy mojada. Vamos, Julia. Bebe un poco más. Ten. Toma un trago. ¡Por el amor de Dios, deja de llorar! Pensaba que estarías agradecida.

2015

Sean

He llevado a Helen y a mi padre a casa, pero cuando hemos llegado a la puerta, he vacilado en cruzar el umbral. Ocasionalmente acuden a mi mente extraños pensamientos y me cuesta deshacerme de ellos. Me he quedado delante de casa mientras mi esposa y mi padre me miraban con expectación desde dentro. Les he dicho que comieran sin mí, que tenía que ir a la comisaría.

Soy un cobarde. Le debo a mi padre más que esto. Hoy más que nunca, debería estar con él. Helen lo ayudará, claro está, pero ni siquiera ella puede comprender cómo debe de estar sintiéndose, la profundidad de su sufrimiento. Y, sin embargo, no puedo sentarme con él, no puedo mirarlo a los ojos. Por alguna razón, ni él ni yo podemos mirarnos a los ojos cuando es nuestra madre quien ocupa nuestros pensamientos.

He vuelto a tomar el coche, pero no he ido a la comisaría, sino de vuelta al cementerio. Mi madre fue incinerada, no está enterrada ahí. Mi padre llevó sus cenizas a un «lugar especial». Nunca me ha contado exactamente adónde, aunque me prometió que algún día me llevaría allí. No llegó a hacerlo. Antes solía preguntarle por ello, pero, como le molestaba, al cabo de un tiempo lo dejé pasar.

La iglesia y el cementerio estaban desiertos y no se veía a nadie salvo a la vieja Nickie Sage, que se alejaba despacio con paso renqueante. Tras estacionar el coche, he tomado el sendero que rodea el muro de piedra en dirección a los árboles que hay detrás de la iglesia. Cuando he alcanzado a Nickie, estaba apoyada en la pared

con una mano y resollaba de forma ruidosa. Se ha volteado de golpe. Tenía la cara roja y sudaba profusamente.

—¿Qué quieres? —me ha preguntado respirando todavía con dificultad—. ¿Por qué me sigues?

Yo he sonreído.

—No estoy siguiéndote. Te he visto desde el coche y he pensado que podría acercarme a saludarte. ¿Estás bien?

—Estoy bien, estoy bien. —No lo parecía. Ha apoyado el cuerpo en la pared y ha levantado la mirada al cielo—. Pronto caerá una tormenta.

Yo he asentido.

—Huele a lluvia.

Ella ha echado la cabeza hacia atrás.

—¿Has terminado ya con lo de Nel Abbott? ¿Has dado carpetazo al asunto? ¿La has relegado a la historia?

—El caso todavía no está cerrado —he dicho.

—Todavía no. Aunque lo estará pronto, ¿verdad? —ha replicado, y luego ha mascullado algo más en voz baja.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo tienes todo bien atado, ¿no? —Ha volteado la cabeza hacia mí y me ha clavado el dedo índice en el pecho—. Sabes que esto no ha sido como lo de la última vez, ¿verdad? Esto no ha sido como lo de Katie Whittaker. Esto ha sido como lo de tu madre.

Yo he retrocedido un paso.

—¿Qué se supone que significa eso? —le he preguntado—. Si sabes algo, deberías contármelo. ¿Es así? ¿Sabes algo sobre la muerte de Nel Abbott?

Ella ha apartado la mirada y ha vuelto a mascullar algo. Sus palabras eran ininteligibles.

Se me ha acelerado la respiración y he sentido cómo mi cuerpo comenzaba a acalorarse.

—No menciones a mi madre de ese modo. Y hoy menos todavía. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué tipo de persona hace algo así?

Ella ha desestimado mi comentario agitando una mano en el aire.

—Oh, nunca escuchan, ustedes nunca escuchan —dijo, y luego empezó a alejarse por el sendero sin dejar de hablar y extendiendo de vez en cuando el brazo para no perder el equilibrio.

Yo estaba enojado con ella, pero, más que eso, me sentía desconcertado y casi herido. Nos conocíamos desde hacía años y siempre había sido educado con ella. Nickie había cometido algunos deslices, sí, pero no me parecía una mala persona y, desde luego, nunca la habría considerado alguien cruel.

He emprendido el camino de regreso al coche, pero antes de llegar he cambiado de idea y he decidido ir a comprar una botella de Talisker. A mi padre le gusta, aunque no bebe mucho. He pensado que luego podríamos tomar una copa juntos en compensación por lo de antes, por haberme marchado de ese modo. He intentado visualizar la escena: los dos sentados a la mesa de la cocina, con la botella entre ambos y los vasos en alto para brindar. Me he preguntado por qué —por quién— brindaríamos. La mera idea me ha puesto nervioso y entonces ha comenzado a temblarme la mano. He abierto la botella.

El olor del whisky y el calor del alcohol en el pecho me han traído a la mente recuerdos de fiebres infantiles y sueños angustiosos de los que me despertaba con mi madre sentada en el borde de la cama, apartándome el pelo húmedo de la frente o aplicándome Vick VapoRub en el pecho. Ha habido épocas en mi vida en las que apenas he pensado en ella, pero últimamente ha estado ocupando mis pensamientos más y más, y nunca tanto como en estos últimos días. Se me aparece su rostro; algunas veces está sonriendo, otras no. En ocasiones extiende los brazos hacia mí.

La tormenta de verano ha empezado sin que me diera cuenta. O tal vez he cabeceado. Sólo sé que, de repente, la carretera se asemejaba a un río y los truenos parecían sacudir el coche. He arrancado el motor, pero me he percatado de que la botella de whisky que tenía en el regazo estaba sólo dos tercios llena, de modo que he vuelto a apagarlo. Bajo el estruendo de la lluvia tormentosa podía oír mi respiración y, por un momento, me ha parecido oír también la de otra persona. Estaba convencido de que, si me daba la vuelta, vería a alguien ahí, en el asiento trasero del coche. Por un instante, he estado tan seguro de esa ridícula idea que no me he atrevido a moverme.

He decidido entonces que un paseo bajo la lluvia me ayudaría a despejarme. He abierto la puerta del vehículo y, tras comprobar a mi pesar el asiento de atrás, he salido. Me he quedado instantáneamente mojado y cegado por la lluvia. Un rayo bifurcado ha atravesado el aire y en ese segundo he visto a Julia, empapada, medio caminando, medio corriendo en dirección al puente. He subido de nuevo al coche y le he hecho señales con las luces. Ella se ha detenido. He vuelto a hacerle señales y, con paso indeciso, ella ha comenzado a caminar en mi dirección. Se ha detenido a pocos metros del vehículo. Yo he bajado la ventanilla y la he llamado.

Ella ha abierto la puerta y ha entrado. Todavía llevaba la ropa del funeral, aunque ahora estaba empapada y se le había pegado a su pequeño cuerpo. Sí se había cambiado los zapatos. He advertido asimismo que se le habían corrido las medias y podía ver un pequeño círculo de carne pálida en la rodilla. Me ha sorprendido porque hasta entonces la había visto siempre con el cuerpo completamente cubierto: mangas largas y cuellos altos, sin un centímetro de piel a la vista. Inalcanzable.

—¿Qué está haciendo aquí? —le he preguntado.

Ella ha bajado la mirada a la botella que descansaba sobre mi regazo, pero no ha hecho ningún comentario. En vez de eso, ha extendido las manos, ha atraído mi rostro hacia el suyo y me ha be-

sado. Ha sido extraño y excitante. He notado el sabor de la sangre en su lengua y, por un segundo, he sucumbido al beso antes de apartarme con violencia de ella.

—Lo siento —ha dicho secándose los labios y bajando la mirada—. Lo siento mucho. No tengo ni idea de por qué lo he hecho.

—No —he respondido—. Tampoco yo.

E, incongruentemente, ambos nos hemos echado a reír. Al principio, con nerviosismo, y luego con ganas, como si el beso hubiera sido el chiste más gracioso del mundo. Cuando hemos parado, ambos hemos tenido que secarnos las lágrimas de la cara.

—¿Qué estás haciendo aquí, Julia?

—Jules —me ha corregido ella—. Estaba buscando a Lena. No estoy segura de dónde está... —La he notado distinta, menos cerrada—. Estoy un poco asustada —ha dicho, y luego se ha reído de nuevo como si ahora estuviera avergonzada—. Estoy muy asustada.

—¿Asustada de qué?

Se ha aclarado la garganta y se ha apartado el pelo mojado de la cara.

—¿De qué tienes miedo?

Ella ha respirado hondo.

—Yo no... Sé que esto te sonará extraño, pero había un hombre en el funeral, un hombre que he reconocido. Era novio de Nel.

—¿Ah, sí?

—Quiero decir..., no recientemente. Hace siglos. Cuando eran adolescentes. No tengo ni idea de si más adelante volvieron a verse. —Han aparecido dos manchas de color en sus mejillas—. Nunca lo mencionó en ninguno de sus mensajes telefónicos, pero estaba en el funeral, y creo... No puedo explicar por qué, pero creo que podría haberle hecho algo.

—¿Hecho algo? ¿Estás diciendo que crees que podría estar implicado en su muerte?

Ella me ha mirado con expresión implorante.

—No puedo asegurarlo, claro está, pero tienes que investigarlo, tienes que averiguar dónde estaba cuando murió mi hermana.

Se me ha erizado el vello de la nuca y la adrenalina se ha abierto paso a través del alcohol.

—¿Cómo se llama ese hombre? ¿De quién estás hablando?

—Robbie Cannon.

Me he quedado en blanco un momento y luego he regresado.

—¿Cannon? ¿Un tipo del pueblo? La familia tenía concesionarias de coches, con mucho dinero. ¿Ése?

—Sí. Ése. ¿Lo conoces?

—No lo conozco, pero lo recuerdo.

—¿Lo recuerdas...?

—De la escuela. Iba un año arriba del mío. Bueno con los deportes. Y tenía suerte con las chicas. No muy inteligente.

Jules ha inclinado la cabeza hasta que la barbilla casi ha tocado su pecho.

—No sabía que tú hubieras ido a la escuela local —ha dicho entonces.

—Sí —he respondido—. Siempre he vivido aquí. Tú no me recordarás, pero yo a ti sí. Y a tu hermana, claro.

—¡Oh! —ha dicho ella, y, de repente, la expresión de su rostro se ha cerrado sobre sí misma como si diera un portazo, y ha colocado una mano en la manija de la puerta dispuesta a marcharse.

—Un momento —he pedido—. ¿Qué te hace pensar que Cannon le hizo algo a tu hermana? ¿Ha dicho o hecho algo? ¿Alguna vez fue violento con ella?

Jules ha negado con la cabeza y ha apartado la mirada.

—Sólo sé que es peligroso. No es una buena persona. Y lo he visto... mirando a Lena.

—¿Mirándola?

—Sí, mirándola. —Ha girado la cabeza hacia mí y ha clavado sus ojos en los míos—. No me ha gustado el modo en que la ha mirado.

—Está bien —he dicho—. Yo, esto... Veré lo que puedo hacer.

—Gracias.

Ella se ha girado para abrir la puerta, pero le he apoyado una mano en el brazo.

—Yo te llevaré.

De nuevo ha echado un vistazo a la botella, pero no ha dicho nada.

—De acuerdo.

Hemos tardado apenas un par de minutos en llegar a la Casa del Molino y ninguno de los dos ha hablado hasta el momento en que Jules ha abierto la puerta del coche. Yo no debería haber comentado nada, pero quería hacerlo.

—Te pareces mucho a ella, ¿sabes?

Ella se ha quedado estupefacta y ha mostrado su sorpresa con una estentórea carcajada entrecortada.

—No me parezco en nada a ella. —Se ha secado una lágrima de la mejilla—. Soy la anti-Nel.

—No estoy de acuerdo —he contestado, pero ella ya se había marchado.

No recuerdo haber conducido hasta casa.

La Poza de las Ahogadas

Lauren, 1983

Para el treinta y dos cumpleaños de Lauren, que iba a tener lugar al cabo de una semana, irían a Craster. Sólo ella y Sean, porque Patrick tenía que trabajar.

—Es mi lugar favorito de todo el mundo —le dijo a su hijo—. Hay un castillo, y una hermosa playa, y a veces se pueden ver focas en las rocas. Y después de la playa y el castillo, iremos a un ahumadero y comeremos arenques con pan moreno. El paraíso.

Sean arrugó la nariz.

—Creo que preferiría ir a Londres, a ver la Torre y a tomar helado —anunció.

Su madre se rio y le dijo que de acuerdo, que quizá podrían hacer eso.

Al final, no hicieron ninguna de las dos cosas.

Era noviembre, los días eran cada vez más cortos y desapacibles, y Lauren estaba distraída. Era consciente de que estaba actuando de forma distinta de la habitual, pero era incapaz de dejar de hacerlo. Así, por ejemplo, se encontraba a sí misma sentada a la mesa de la cocina desayunando con su familia y, de repente, sentía cómo el rubor se extendía por su piel y el rostro comenzaba a arderle y tenía que apartar la mirada para que nadie se diera cuenta. También apartaba la cara cuando su marido iba a darle un beso; el movimiento de su cabeza era casi involuntario, escapaba a su control, de tal modo que

los labios de Patrick apenas llegaban a rozarle la mejilla o la comisura de los labios.

Tres días antes de su cumpleaños, hubo una tormenta. Estuvo formándose durante toda la jornada: empezó a soplar un fortísimo viento por el valle y el agua de la poza se agitó furiosamente. Por la noche, la tormenta al final estalló y el río amenazó con desbordar sus márgenes y sobre sus aguas cayeron numerosos árboles. Llovía a cántaros y todo el mundo pareció quedar sumergido bajo agua.

El marido y el hijo de Lauren dormían como bebés, pero ella estaba despierta. En el estudio de la planta baja, se sentó al escritorio de su marido con una botella del whisky escocés favorito de éste. Se bebió un vaso y arrancó una página de un cuaderno. Se bebió otro vaso, y luego otro, y la página seguía en blanco. Ni siquiera podía decidir qué clase de tratamiento utilizar: «querido» parecía despectivo, y «queridísimo», una mentira. Tras casi haberse terminado la botella y sin haber llegado a escribir nada en la página, salió a la calle, bajo la tormenta.

Con la sangre espesa a causa del alcohol, el dolor y la ira, se dirigió hacia la poza. El pueblo estaba vacío y todas las persianas cerradas. Sin que nadie la viera o la molestara, subió por el enlodado y resbaladizo sendero que conducía al acantilado. Una vez allí, esperó. Esperó que acudiera alguien. Rezó para que, de algún modo, el hombre del que se había enamorado se hubiera dado cuenta milagrosamente; que, de algún modo, hubiera advertido su desesperación y fuera allí a salvarla de sí misma. Pero la voz que oyó llamando su nombre con temerosa desesperanza no era la que quería oír.

De modo que, al final, se acercó al precipicio y, con los ojos abiertos como platos, se arrojó al vacío.

Era imposible que Lauren pudiera haberlo visto; era imposible que supiera que su hijo estaba allí abajo, oculto entre los árboles.

Era imposible que supiera que, tras despertarse a causa de los gritos de su padre y el portazo en la entrada, se había levantado, había descendido corriendo la escalera y había salido a la calle bajo la tor-

menta con los pies descalzos y las delgadas extremidades cubiertas únicamente por el fino algodón de su pijama.

Sean vio que su padre subía al coche y llamó a su madre a gritos. Patrick se volteó y le gritó que entrara de nuevo en casa. Luego corrió hacia él y, al llegar a su lado, lo agarró con fuerza por el brazo y lo jaló para obligarlo a entrar en la casa, pero el chico le suplicó: «Por favor, por favor, no me dejes aquí».

Patrick cedió. Lo tomó en brazos, lo llevó al coche y lo acomodó en el asiento trasero. Sean permaneció allí encogido de miedo y sin comprender qué estaba sucediendo. Cerró los ojos con fuerza. Cuando llegaron al río, su padre se estacionó en el puente y le dijo: «Espera. Espera aquí». Pero estaba oscuro y las gotas de lluvia que caían sobre el techo del coche sonaban como si fueran balas, y Sean no podía evitar la sensación de que había alguien más en el vehículo con él, e incluso le parecía oír su respiración irregular. Así pues, salió del coche y se echó a correr. Al bajar los escalones de piedra, tropezó y cayó al sendero enlodado. Tras ponerse de pie, siguió corriendo, dando tumbos en la oscuridad y bajo la lluvia en dirección a la poza.

Más adelante, en la escuela, circuló una historia: que él era el chico que había visto a su madre suicidarse saltando al vacío. No era cierto. Él no vio nada. Cuando llegó a la poza, su padre ya estaba allí, sacándola del agua. Él no sabía qué hacer, de modo que retrocedió y se sentó debajo de los árboles, con la espalda apoyada en un robusto tronco para que nadie pudiera sorprenderlo por detrás.

Le pareció que permanecía allí mucho tiempo. Al rememorallo, se preguntaba si no se habría quedado dormido, aunque con la oscuridad, el ruido y el miedo no parecía muy probable. Lo que sí recordaba era que en un momento dado se le acercó una mujer: Jeannie, de la comisaría. Tenía una manta y una linterna y lo condujo de vuelta al puente. Una vez allí, le ofreció té dulce y esperaron a su padre.

Luego, Jeannie lo llevó a su casa en coche y le preparó un pan tostado con queso.

Pero era imposible que Lauren hubiera podido saber nada de eso.

Erin

Tras el funeral, he visto que mucha gente que había acudido al servicio se abría paso para ir a decirle unas pocas palabras al padre de Sean Townsend, un hombre al que me habían presentado muy brevemente como Patrick Townsend. La gente le estrechaba la mano y se quitaba el sombrero al saludarlo mientras él permanecía allí como un general en un desfile, con la espalda erguida y una expresión impasible.

—Menudo idiota, ¿eh? —le he dicho al agente uniformado que estaba a mi lado.

El poli se ha volteado y me ha mirado como si yo acabara de salir de debajo de una piedra.

—Muestre algo de respeto —ha replicado en voz baja, y me ha dado la espalda.

—¿Cómo dice? —he contestado yo con los ojos puestos en su nuca.

—Es un oficial altamente condecorado —ha dicho el poli—. Y viudo. Su esposa murió aquí, en el río. —Se ha dirigido otra vez hacia mí y, sin manifestar la menor deferencia hacia mi rango, ha soltado—: De modo que debería mostrar algo de respeto.

Me he sentido como una maldita idiota. Aunque, ¿cómo iba a saber yo que el Sean del relato de Nel Abbott era el Sean de la comisaría? No conocía los nombres de sus padres. Carajo. Nadie me lo había dicho, y cuando leí la obra de Nel Abbott tampoco presté tanta atención a los detalles de un suicidio que tuvo lugar hace más

de tres décadas. Teniendo en cuenta las circunstancias, no parecía ser algo demasiado apremiante.

En serio: ¿cómo puede alguien de por aquí llevar la cuenta de los cadáveres? Es como la serie de televisión *Los asesinatos de Midsomer*, sólo que con accidentes y suicidios y grotescos ahogamientos misóginos en vez de gente cayendo en una fosa séptica o golpeándose entre sí en la cabeza.

Después del trabajo, he vuelto a la ciudad. Unos cuantos pensaban ir al pub, pero gracias a mi metedura de pata con lo de Patrick Townsend, mi condición de forastera me pesaba más que antes. Y, de todos modos, el caso no había terminado, ¿verdad? No había nada que celebrar.

Me he sentido aliviada, como cuando una finalmente averigua en qué película ha visto a un actor antes o algo difuso ha estado molestándola y de repente todo se vuelve claro. La extrañeza del inspector —los ojos vidriosos, las manos temblorosas, su ensimismamiento— ahora tiene sentido. Lo tiene si se conoce su historia. Su familia ha sufrido casi exactamente lo mismo que están sufriendo ahora Jules y Lena; el mismo horror, el mismo *shock*. Los mismos interrogantes.

He vuelto a leer el capítulo que escribió Nel Abbott sobre Lauren Townsend. Tampoco es que cuente muchas cosas. Era una esposa infeliz enamorada de otro hombre. Nel habla de su enajenamiento, de su aire ausente. Puede que estuviera deprimida. En el fondo, ¿quién sabe? Tampoco es la palabra de Dios, sólo se trata de la versión de Nel Abbott de su historia. En mi opinión, es necesaria una extraña vanidad para ser capaz de tomar la tragedia de otra persona y escribirla como si te perteneciera.

Al releerla, no he comprendido cómo Sean pudo quedarse allí. Aunque no la viera caer, él estaba allí. ¿Qué carajos le hace eso a uno? También es verdad que debía de ser pequeño. ¿Seis o siete años? Los niños pueden bloquear los traumas como ése. El padre, en cambio, no. Y pasea por el río a diario, lo he visto. Imagínatelo.

Imagina pasear cada día por el lugar en el que has perdido a alguien. Yo soy incapaz, no podría hacerlo. Aunque supongo que yo nunca he perdido de verdad a nadie. ¿Cómo voy a saber lo que supone sentir un dolor como ése?